MIGUEL F. SCIACCA

EL OSCURECIMIENTO DE LA INTELIGENCIA



BIBLIOTECA HISPÁNICA DE FILOSOFÍA

EL OSCURECIMIENTO DE LA INTELIGENCIA

BIBLIOTECA HISPÁNICA DE FILOSOFÍA

DIRIGIDA POR ÁNGEL GONZÁLEZ ÁLVAREZ

153.9
S 0 4 ...
CT-1

MIGUEL F. SCIACCA

EL OSCURECIMIENTO DE LA INTELIGENCIA

VERSIÓN ESPAÑOLA DE
JUAN J. RUIZ CUEVAS



EDITORIAL GREDOS, S. A.

UNIVERSIDAD NACIONAL
BIBLIOTECA CENTRAL
166018
BOGOTA, COLOMBIA
S/S 137964

© MIGUEL F. SCIACCA, 1973.

EDITORIAL GREDOS, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, para la versión española.

Título original: *L'OSCURAMENTO DELL'INTELLIGENZA.*

Depósito Legal: M. 33001-1973

ISBN 84-249-2209-3. Rústica.
ISBN 84-249-2210-7. Tela.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1973. — 3955.

ADVERTENCIA PREVIA

La primera parte del volumen es la reelaboración de las lecciones del III curso desarrollado en Stresa, del 25 al 30 de agosto de 1969, desde la «Cátedra Rosmini» del «Centro Internacional de Estudios Rosminianos»; la segunda, que debiera haber sido dada, se le ahorró a mi paciente auditorio por la premura de tiempo, pero el acabamiento y la unidad del libro me obligan a brindarla a los lectores.

No es de ahora el hecho de que el tema desarrollado en estas páginas me ronde en la cabeza y me la haga dar vueltas. Entre los años 50 y 55 pensaba escribir un libro titulado *Europa sin europeos*; un gran paquete de notas sigue todavía en el cajón de mi mesa, pero ni siquiera lo he abierto en esta ocasión: un poco de humorismo, no obstante los tiempos, me ha impedido presentarme como el precursor de mí mismo. Pero hay otro motivo: el libro actual tiene un enfoque diverso del que entonces me proponía llevar a cabo, más bien es un volver a meditar mi perspectiva filosófica y, dentro de ciertos límites, desarrolla temas nuevos o implícitos; en efecto, después de no pocas perplejidades, referentes sobre todo a la segunda parte, me he decidido a presentarlo como el sexto del *corpus* de la «Filosofía de la integridad».

El volumen —como por lo demás los últimos publicados por mí: *Filosofía y antifilosofía*; *Los arietes contra la vertical*; *La Iglesia y la civilización moderna*— es, a propósito, provocador: pretende despertar, inquietar, irritar incluso. Por esto, se puede prestar a fáciles críticas, extemporáneas y superficiales. No es que me haga ilusiones, pero me permito advertir a quienes eventualmente me censuren, que el filósofo va a la raíz de un problema, de una perspectiva, de un movimiento cultural; no se detiene en este o aquel particular, aunque sea digno de consideración; procede concentrándose en lo esencial y concluye con la aceptación o el rechazo. Sólo en un segundo tiempo lo recupera «atravesando» la perspectiva o el movimiento criticados, matiza el juicio y elabora una nueva síntesis. «A las mentes ya universalizadas por la metafísica», escribe Vico en la *Autobiografía*, «no les resulta fácil el estudio de los ingenios menudos»; a éstos les resulta imposible pensar metafísicamente o en profundidad hasta tocar la raíz. Primero es preciso perder todo y a sí mismos para después reencontrarlo todo y a sí mismos metafísicamente fundados: «en metafísica», observa aún Vico en la I Respuesta al «Giornale de'letterati d'Italia», «ha aprovechado aquel que, en la meditación de esta ciencia, se haya perdido a sí mismo». Lo sé, los ingenios menudos o analíticos, a la caza de cosas particulares verificables, no corren este peligro porque no tienen nada que perder; yo no podía dejar de correrlo a costa del crucifícalo.

Por esto, incluso para ahorrar una inútil fatiga a los otros y a mí el fastidio de una crítica gratuita en demasía, le ruego a quien tiene los ojos llenos de carne que no se tome la pena de abrir el volumen; quien, después de una rápida ojeada, esté convencido de que yo doy un juicio negativo y cortante sobre este o aquel movimiento cultural sin saber captar sus aportaciones positivas, hará bien con

cerrarlo pronto. En las páginas que siguen no se devalúa ni se niega nada excepto el nihilismo, que es propio de la «estupidez», con el fin de transponer en el plano de la «inteligencia» todos los elementos positivos para el desarrollo y el perfeccionamiento del hombre en su integralidad.

Por tanto, no podía dejar de ir a la raíz, de lanzarme al sondeo del fundamento, y la cultura occidentalista lo ha perdido, en cuanto que ha perdido el ser; pero, precisamente, esta abierta y a veces cruel denuncia del Occidentalismo puede permitir, repito, una recuperación en una nueva civilización de cuanto ha producido de positivo el mismo Occidentalismo. El libro ha de leerse con esta clave y así espero que lo leerá algún superviviente lector aún no «integrado». Por lo demás, no puedo menos de augurarme su quiebra —el colmo para un autor, y espero que el desdichado editor no lea estas líneas—; de otro modo, si desafortunadamente tiene éxito de crítica y de venta, mi tesis recibirá un clamoroso mentís.

Aún puedo añadir: no se pierde el ser sin pagar el tremendo impuesto del nihilismo; no se provoca el oscurecimiento de la inteligencia sin cumplir la condena a la estupidez; no se embota la conciencia moral sin caer en la corrupción: el Occidentalismo es el castigo que todos nos merecemos por haber perdido la inteligencia del ser y con ella los valores del Occidente, como el Helenismo fue el castigo por la pérdida de la Hélade y el Romanismo el consiguiente a la pérdida de la Romanidad. Pero tanto el Helenismo como el Romanismo dejaron lo que habían producido en herencia a una cultura nueva, que lo recuperó redescubriendo la Hélade y la Romanidad en otro plano, captando su positividad, arrollada ella misma y corrompida por lo negativo de aquellas civilizaciones en disolución; el Occidentalismo dejará al trabajo de una cultura nueva, la que nacerá

de su disolución y redescubrirá al Occidente, sus productos, que sólo en ella podrán ser positivos y que hoy, en cambio —sólo con decirlo se encoge el corazón—, en el oscurecimiento de la inteligencia resultan negativos.

Esta compleja problemática hace que el libro sea un libro atormentado e incluso amargo, pero el tormento es uno de los signos del pensamiento, sobre todo de aquella forma suya que es la filosofía: tormento de ir contra corriente; de someter a crítica no sólo los lugares comunes, sino incluso los aspectos de una civilización a la que, no obstante, todos pertenecemos y de la que somos hijos; de reducirla a proporciones o desenmascarar ídolos a los que incluso nos habíamos aficionado. De aquí el «pro» y el «contra» que van y vienen por toda la escritura, que puede dar la impresión de un discurso demoledor o contradictorio, pero que no es ni lo uno ni lo otro. Es más, en el fondo, es positivo, ya que pretende liberar del peso de lo negativo, condición indispensable al renacimiento. Se propone también indicar, teniendo en cuenta el Concilio Vaticano II, una ontología que sea el fundamento de la revalorización de las realidades terrestres —que sin este fundamento nada son— en la integralidad del hombre, cuyo fin son las realidades celestes.

M. F. Sciacca

Génova, Pascua de 1970.

Hoc autem scito, quod in novissimis diebus instabunt tempora periculosa: erunt homines seipsos amantes, cupidi, elati, superbi, blasphemi, parentibus non obedientes, ingrati, scelesti, sine affectione, sine pace, criminatores, incontinentes, immites, sine benignitate, proditores, protervi, tumidi, et voluptatum amatores magis quam Dei: habentes speciem quidem pietatis, virtutem autem eius abnegantes. Et hos devita: ex his enim sunt, qui penetrant domos, et captivas ducunt mulierculas oneratas peccatis, quae ducuntur variis desideriis; semper discentes, et numquam ad scientiam veritatis pervenientes. Quemadmodum autem Iannes et Mambres restiterunt Moysi: ita et hi resistunt veritati, homines corrupti mente, reprobi circa fidem, sed ultra non proficient: insipientia enim eorum manifesta erit omnibus, sicut et illorum fuit.

(S. Pablo, *II ad Timotheum*, c. 3, 1-9).

PRIMERA PARTE

INTELIGENCIA Y ESTUPIDEZ

Capítulo I

LA INTELIGENCIA Y EL LÍMITE

1. «LA INVISIBLE MEDIDA DE LA SABIDURÍA»

«Lo más difícil de todo es practicar la invisible medida de la sabiduría, que es la única que tiene en sí los límites de todas las cosas»; saberlas medir es, para Solón, la justicia.

«Invisible», la medida de la sabiduría no es «cosa» de los sentidos, obtenible o inducible de las sensaciones, de la llamada y mal dicha «experiencia»: es una dimensión interior, pertenece al mundo del pensamiento. Pero se hace «visible» a través de quien, pensante, es también «practicante» de ella, ardua empresa, ya que cuanto más alto es un valor, más difícil es su realización. Sólo la sabiduría tiene en sí el límite de todas las cosas, y, en efecto, es sabiduría actuarlo todo y asentir que se actúe «cumplidamente», en sus límites; pero ella, que contiene los límites de toda cosa, no está contenida por ninguna ni por todas, las trasciende; por tanto, su plena actuación o el cumplimiento de sí misma, que no consiste en la suma de todos los actos sabios, no es de orden mundano o histórico, no es una «práctica» al nivel del tiempo que corre. Por esto, también ella tiene el límite interno a sí misma; último acto sabio, de «cumplida» sabiduría, es el reconocerlo. Sabiduría es «claridad» respecto a

Dios, a nosotros mismos, a los otros, a las cosas; y el sabio, escribe Trotzendort, «habla claro y el lenguaje claro indica que las cosas dichas han sido entendidas»; por el mismo sabio, ante todo, a fin de que no enloquezca.

La sabiduría es el aspecto «práctico» de la *inteligencia, cuyo signo es el límite.* En efecto, la inteligencia contiene los límites de todo ente y de sí misma: «marca» a todo ente y a sí misma. Nuestra sabiduría se consolida a medida que nosotros adquirimos la inteligencia de nuestros límites de seres finitos, de nuestra no-autosuficiencia juntamente con la conciencia serenadora de nuestra suficiencia dentro de los límites mismos: se aviva la confianza en lo que sabiamente obramos y se enciende la esperanza en nuestro cumplimiento, imposible por sólo nosotros. Al límite del límite-signo de la inteligencia, el «misterio» se hace «evidente» como tal sin hacer caer en lo «obvio», como les sucede a los espíritus perezosos o superficialmente «irónicos», nuestros límites y los de todo otro ente finito; más aún, en el momento en que la evidencia, por una toma de conciencia cada vez más fuerte de nuestro límite, lo aproxima alejándolo, nos da, junto con la de su sacralidad e inescrutabilidad, la inteligencia de la sacralidad de nuestro ser y de todo ser: la clara sabiduría nos hace conquistar la «sencillez». En la medida de la inteligencia —que se extiende al sentimiento, al conocimiento y a la voluntad— está presente lo religioso, un nexo de «vínculos» con nuestros semejantes, las cosas, Dios: inteligencia es también *pietas,* y no hay sabiduría sin piedad.

2. DIALECTICIDAD DE LA INTELIGENCIA Y SENTIDO DEL LÍMITE

El cielo de la mañana hace nacer la tierra al sol. La inteligencia hacer nacer a sí misma y lo creado al Ser: por su

solidez, da una seguridad que encanta las montañas; por la fe a la que se abre, las mueve y hace avanzar. Sólo ella constituye el *homo erectus,* libre, que se opone, escribe Zamiatin, al hombre de rodillas, a gatas, encorvado; forma al hombre «platónico» que mira a lo alto, lejano hasta perder la vista, que es el único modo para que sus ojos, no cegados en lo «particular», «vean» lo «concreto». Por esto, la inteligencia jamás se concilia, ni puede hacerlo sin renegar de sí misma, con cualquier realidad única, compacta, maciza, pesada: de los «hechos» o de los «datos» y de las «nociones» ilimitadas «en torno» a ellos; de la «fuerza mayor», de la «razón de estado», de la «razón de partido», de la «razón social», de la «razón de masas», razones todas ellas ininteligentes porque están más allá del signo, del límite. La inteligencia siempre es crítica, rebelde, «herética» hacia lo que, sobrepasando el signo, tiende a oprimirla, a oscurecerla. Reacciona estallando en cadena, inagotable: un libro u otra obra inteligente es una explosión perenne, aunque a veces se vea obligado a dormir durante siglos. ¿Qué demonio hace a la inteligencia insatisfecha e inquieta, rebelde y opositora, erecta y por tanto libre?

No podría contener los límites de todo ente y ser su medida, si no estuviera constituida por la única medida capaz de medir el ser de todo ente, *la del ser.* Decir inteligencia es decir intuición intelectiva del ser, principio fundante y verdad primera; su objeto interior en la forma en que puede serle presente, como Idea, pero porque lo es en esta forma, en su extensión infinita, independiente de éste o aquel ente, su especificación, de la razón y del juicio en cuanto tales: inteligencia es «interioridad objetiva» [1]. De

[1] Para un tratado más amplio de este tema y de otros a que apuntaré en seguida, remito a mis volúmenes: *Interioridad objetiva; El hombre, este «desequilibrado», Acto y ser, Muerte e inmortalidad,*

ello se sigue que ella es por esencia *dialéctica:* como inteligencia de un ser finito, pero cuyo objeto interiormente intuido es el ser infinito, es a la vez finita e infinita. Cada pensante es un ser finito *en relación* ontológica con lo infinito como Idea; en cuanto tal, está en relación con el mundo y con el Infinito subsistente: la inteligencia está constituida «encadenada» al mundo y a la vez «desencadenada» respecto a su superación hasta el Ser. Por esto, siempre insatisfecha e indomable, se «opone»; oponiéndose, el hombre se construye y construye en este mundo, cumple su misión terrena y a la vez cósmica para un fin no-terreno y ultracósmico. El *principio dialéctico* es propio de la inteligencia y hace del hombre un ente pensante.

Ningún ente finito puede tener conciencia de su finitud si no *sabe* que es finito: sólo el hombre, u otro ente pensante, tiene conciencia de ello; pero si estuviera constituido por la sola dimensión de lo finito, no lo sabría igualmente; es más, en este caso, no sería ni siquiera pensante, faltándole el ser, el objeto interior que lo hace tal: el ente finito pensante tiene conciencia de su finitud en cuanto que está constituido por el ser como Idea, el que le da la conciencia de su límite y, a la vez, lo hace inteligente o continente de los límites de todo ente. El ser como Idea es el «fundamento ontológico», el «principio» del saber, como lo es de cualquier actividad del hombre.

Se sigue que el sentido del límite no es dado al hombre sólo *negativamente*, por el «no-ser» él esto o aquello, por lo que le falta —como si, teniéndolo, pudiera llegar a ser «más» que hombre y estando privado de ello fuera «menos» que su ser, pretensión ésta de ser «otro ente» y, por esto, «tentación» de rechazo de sí mismo o hacia lo bajo (por

---

La libertad y el tiempo, todos ellos publicados en Luis Miracle, S. A., Barcelona.

debajo de su ser) o hacia lo alto (por encima)—, sino que le es dado, ante todo, *positivamente* por lo que es, y es un ente pensante finito constituido por la dimensión infinita del ser, objeto, como Idea, de la inteligencia. Por tanto, el no ser el hombre absolutamente no es una carencia intrínseca a su ser, una «mengua» tal que lo lance, por soberbia o rabia, por debajo de sí mismo; sólo significa que no es Dios y que es por Dios, pero es todo el ser que le compete; por esto, ante todo le compete a su ser, que no es el ser de Dios, ser *en relación* a Dios. Pero decir que al hombre o a otro ente le falta ser el principio de sí mismo, es decir ser absolutamente, es decir que no le falta nada; en efecto, como ser finito no puede ser absolutamente y, si lo fuera, sería Dios, dejaría de ser lo que es. Del mismo modo no tiene sentido decir que al hombre le falta la inmortalidad en la tierra o la libertad absoluta, etc., en cuanto no son de la competencia de su ser; si las poseyese, sería otro ser. En pocas palabras: el límite es el constitutivo ontológico de todo ser y, como tal, no es ni una deficiencia ni una imperfección. Por tanto, no hay mal en lo que todo ente es en sus límites, pero es mal la corrupción de su ser o de su «bondad»; y es corrupción del hombre la ruptura del vínculo dialéctico consigo mismo, con las cosas, sus semejantes y Dios, es decir, el desconocimiento del ser y de su orden: el mal es desviación respecto del ser, el rechazo o violación del límite, que es el signo de la inteligencia. Justamente Plotino —que, sin embargo, substancializa al no-ser identificándolo con la materia— define el mal como lo que «carece de medida».

El principio dialéctico también se puede formular así: la inteligencia del ente finito está ontológicamente constituida en su límite y más allá de todo límite de lo real en el sentido de que, por el ser en su extensión infinita que es su objeto, tiene en sí los límites de todos los entes finitos.

En cuanto tal, en su objetividad es la invisible ley de la medida: del sentir, que es tal y no *cupiditas*, cuando no hace transbordo a la insaciabilidad; de la razón, que es verdadera y «humana» cuando no sobrepasa en el juicio los justos límites; de la voluntad, que es buena cuando reconoce lo que la razón, luz el ser, conoce. Sabiduría es vivir y existir según inteligencia o según el orden del ser, es decir sentir, conocer y querer a sí mismos y a todo ente *en los* y *con los* límites que les son propios, cumplidamente; que es querer y promover su *perfección*.

Pero si la inteligencia tiene en sí, medida el ser, los límites de todo ente, es *determinada* «a termine», pero *no limitada* por ningún ente ni por todos, es decir, todo ente es un término suyo pero no su límite, ni su fin último. De aquí su incumplimiento irreparable, de donde procede la inquietud ontológica, que es la sabiduría propiamente suya —la rebelión de sentirse «satisfecha» por y en el mundo y en él «encerrada»—: cumplida en el orden de los entes finitos e incumplida en el del ser infinito, es impulsada desde dentro a su cumplimiento en el Logos, paz de la mente, en el Amor, paz de la voluntad, es decir, en la Sabiduría, propia de Dios, el Ser infinito subsistente. El principio dialéctico constitutivo de la inteligencia pone al hombre en relación con su cumplimiento, lo vincula a Dios, principio del vínculo; pero la conciencia de que también su inteligencia está «en relación», repetimos, no le es dada solamente por «no ser» Dios —esto podría ser no inteligencia del límite, sino oscurecimiento de la inteligencia misma por la tentación de ser él otra cosa distinta de lo que es, corrupción por soberbia que incita a la anulación—, sino por «ser» el hombre una criatura pensante constituida de modo que, permaneciendo el ser que es y por esto siempre finito, pueda ser «elevada» al Ser, su cumplimiento porque su bienaventuranza.

3. «PROPIO» Y «ANÁLOGO»; LO «DIVINO» EN EL HOMBRE COMO LO ANÁLOGO DE LO INFINITO EN SENTIDO PROPIO

Sólo Dios en sentido «propio» es infinito; en efecto, no hay nada de lo que Él no sea el principio; es el Autor de todo «otro» ser, que es por participación: es lo perfectísimo. Lo infinito es un atributo constitutivo del *Esse subsistens* y se predica propiamente sólo de Él, ya que sólo Dios es infinito en la potencia y según la esencia, no es por participación respecto de otro[2], es el Absoluto. En el mundo sólo el ser como Idea o en su extensión infinita, dado por Dios al hombre como constitutivo objetivo de su inteligencia, es lo *análogo* —en «proporción»— de lo infinito que es *propio* de Dios. En efecto, no es análogo el «infinito» espacial, que es sólo «indefinido» o cantidad a la que siempre se le puede añadir o quitar, ni lo es la «división al infinito», etc.; tampoco el infinito temporal entendido como sucesión; lo es el ser como Idea, lo «divino» en el hombre, como dice Rosmini, lo único propiamente análogo de lo Infinito en sentido propio. En efecto, el añadir o quitar a la Idea ésta o aquella determinación o todas no la aumenta o disminuye ni en el sentido del espacio y del tiempo, ni respecto a todo lo real. Hay, pues, una «semejanza» de relaciones entre lo «divino» infinito y Dios infinito, sin embargo diversos, uno «otro» de lo otro. En lo que es lo único infinito análogo, el ser como Idea, es la dimensión ontológica «propia» del hombre, que así tiene en sí el límite limitante de toda cosa en relación

---

2 «Si autem aliquid sic haberet infinitam virtutem essendi ut non participaret esse ab alio, tunc esset solum infinitum: et tale est Deus» (Santo Tomás, *Comm. sup. De causis*, prop. 4).

a sí mismo y, a la vez, limitante de sí mismo en relación a Dios: lo vincula a lo real como ser *en el* mundo y lo destaca de él como ser *para* Dios al que se halla ontológicamente vinculado como a lo Otro distinto de él, distancia inconmensurable entre lo infinito en sentido análogo y lo Infinito en sentido propio, alteridad que asegura la indestructibilidad de *su* ser y, a la vez, le provoca la atracción a su fin [3].

---

[3] Lo análogo es tal sólo respecto a lo propio. El lenguaje de la poesía, de la filosofía y de la mística es «propio» y por esto a ellas se añade propiamente el uso de lo análogo: propio, en el sentido de que se expresan con «propiedad» de lenguaje y en el de que su lenguaje es «personal», creado por el filósofo, por el poeta, por el místico; por consiguiente, es «propiedad del autor», y no tolera sustituciones ni correcciones (Platón, Dante, San Juan de la Cruz no las admiten), sino sólo recreaciones, repensamientos, ahondamientos, que a su vez tendrán un lenguaje propio. El lenguaje de las ciencias es «exacto», «preciso», no «propio», aunque digamos que la exactitud es propia de las ciencias, etc.; por esto no es personal y en este sentido es impropio, impersonal y sujeto a continuas «correcciones», sustituciones, integraciones, etc.: muere, y vive solamente si tiene también mérito poético, filosófico, etc. La no propiedad del lenguaje científico hace «equívoco» el uso de la analogía al menos en el sentido ontológico y metafísico, y explica el poco relieve filosófico, poético y místico que las ciencias tienen para el filósofo, el poeta y el místico verdaderamente tales, para la «inteligencia» en el sentido propio y ontológico, sin que esto excluya que se pueda pensar, poetizar, etc., dentro de esta o de aquella ciencia. Pero hacer esto no significa confundir o «reducir» aquel «pensar» que es el filosofar a una ciencia, cualquiera que sea; por el contrario, es signar con la inteligencia el límite de toda ciencia, signo que no comporta devaluación o negación de su positividad. Advertimos de paso que, siendo el lenguaje propio propiedad del autor, la Revelación o el Logos encarnado es lenguaje «personal» de Dios y su «propiedad», absolutamente inmodificable, aunque susceptible de meditación infinita, siendo infinita e insondable su Verdad, el misterio. Sería una gran cosa que los teólogos se acordaran siempre de ello, es decir, que nunca se olvidaran que ellos, pequeñísimos hombres, se encuentran en presencia de la Palabra divina.

4. INHERENCÍA DEL LÍMITE ONTOLÓGICO POR LO QUE EL SER-HOMBRE ES SER «CADA UNO»

El límite ontológico es inherente a todo el ser del hombre: es propio de él como existente finito pensante o «principio de la subjetividad» sensitivo-intelectivo-volitivo a la vez —en efecto, cada pensante es *este* ser y no puede ser otro—; y es propio de la dimensión infinita del ser o del «principio de la objetividad», que efectivamente el hombre no se da de suyo, ni por sí mismo, autocumpliéndose, puede llevar a cumplimiento [4]. Por lo tanto, el límite ontológico es inherente a los dos principios constitutivos de aquella «síntesis ontológica originaria» que es cada hombre, del sujeto-persona en su integralidad de *este* espíritu unido a *este* cuerpo, por lo que la relación de «suidad» es recíproca —el cuerpo es *suyo* o del espíritu, pero también el espíritu es *suyo* o del cuerpo— y es, a la vez, relación de «meidad»: el cuerpo que *es* mío, el espíritu que *es* mío, meidad inherente al ser, inherencia por la que el ser es un «cada uno». Pero no en el sentido de «único» ni de «separado» de los otros, a los que es «semejante»: «el cada uno», distinto de todos, es propio de sí mismo o su «propiedad personal» respecto a todo; «singular» y no «particular», ya que la persona no es cosa ni tiene partes; no «extraordinario», ya que ontológicamente

[4] La inteligencia no es limitada porque el hombre todavía no conoce lo cognoscible —que es el límite en el sentido trivial de quien cree que su superación es cuestión de tiempo y de progreso, es decir, que el hombre conocerá lo ignoto, tendrá el conocimiento de la totalidad de lo cognoscible—, sino que lo es ontológicamente. La pérdida de este límite es el oscurecimiento de la luz por la que es inteligencia, su mixtificación.

ninguna persona «está por encima» de otra y ninguna, sino contra el orden del ser que es su corrupción, puede ponerse fuera de la medida.

El existente es *con* y *por* su límite ontológico: no puede ser ontológicamente diverso de lo que es; *no es* por y para sí, *es* por y para otro; *el no poder ser por y para sí es su nada, el ser por y para otro es su ser no por ni para sí.* El ser él por y para otro no es alienación —no renuncia o abdica de algo que le pertenezca como ente finito que por y para sí no es—, sino alteridad ontológica que elimina de raíz la alienación haciéndolo entrar, digámoslo así, en posesión del don de su ser (es por otro), libre de donarlo (es para otro) al donador para ulterior donación. El existente es *ex nihilo* por el acto creativo de Dios, de donde su dependencia creatural originaria y final del Ser, inherente a la totalidad de su ser, eterna desde el momento que Dios lo hace ser: *«esse autem non habet creatura nisi ab alio; sibi autem relicta, in se considerata nihil est»* [5].

Pero precisamente el límite ontológico le garantiza a todo ente finito, además de la autonomía en el interior de su suficiencia, la identidad respecto de sí mismo que lo pone a seguro, si el ente es el hombre, de la contradicción, siempre inminente como tentación de querer ser otro ser, como le garantiza la indestructibilidad frente a la muerte. La dependencia metafísica respecto del Creador por necesidad ontológica hace que la criatura-hombre sea autónoma, por un lado, porque es infinitamente *menos* que Dios sin que nada le falte como criatura y, por otro, porque es infinitamente *más* que toda cosa y que la totalidad de las cosas: un «más» cualitativo que le es dado por la inteligencia del ser, con la que Dios la instituye persona y funda la dignidad

[5] Santo Tomás, *De aeternitate mundi contra murmurantes.*

de la persona sobre todo lo creado. Dios crea al hombre y lo «nombra»: el vínculo creatural es «llamada»; el hombre por sí solo no puede darse esta dignidad: le viene de la relación con Dios querida por Dios mismo «nombrándolo». El rechazo del vínculo de creación-llamada es el salto en la oscuridad por la pérdida de la medida que es el *signo*; oscurecida la inteligencia por el prevalecer de la tentación de sobrepasar el límite, el hombre no ve que es infinitamente «menos» respecto a Dios sin ganar un «más» ultracualificante, más bien pierde el ser infinitamente «más» respecto de las cosas, se reifica. San Bernardo define profundamente la aceptación del límite ontológico: «*totius... fabricae spiritualis fundamentum*»; también «*corporalis*», añadimos nosotros, es decir, del hombre en su integralidad.

Pero la aceptación del límite ontológico impulsa al hombre a *osarlo todo* dentro del límite; hace de él la *presencia* en todo el ser real; le abre el inmenso campo del «experimentar», de intentar probar conocer para adquirir pericia o la verdad de ésta o aquella cosa poniendo y aclarando dudas, disipando ignorancia; le da la verdad de sí mismo y de sus semejantes. Y cuanto más el objeto de la reflexión acomete los problemas esenciales y los valores más altos, más empeñativa es la jugada, más autorizado está el hombre por su mismo límite a osar: el infinito de la Idea lo encadena a todo porque de todo es solicitado a buscar la verdad y de todo lo desencadena para encadenarlo al Ser; ésta es su libertad. Es necesario que cada hombre galope dentro del límite para que el signo de la inteligencia, signando toda cosa, se haga luminoso —y cuanto más es tal, más impenetrable es el misterio— y la libertad anhelante y cada vez más insatisfecha por no poder ser la plenitud de sí misma.

5. LA INTELIGENCIA ES MEDIDA DE LOS SENTIDOS, DE LA RAZÓN Y DE LA VOLUNTAD. LA INTELIGENCIA DE LA HISTORIA

Los filósofos, «que contienden sobre cosas que no están sujetas al apetito», se distinguen «del vulgo, que defiende las suyas con la compasión y con la ira»[6]; y Sócrates, que había discutido toda la vida sobre la justicia y la verdad, no se defendió frente a los jueces atenienses ni con una ni con otra. Es «vulgo» quien —y puede pertenecer a una clase de las llamadas «elevadas»— carece de la «inteligencia» de lo apetecible; estando ella para contener los límites de todas las cosas, mide las sensibles y marca su límite; de esta carencia, el exceso de deseo de donde proviene la compasión por tener cada vez más de ellas, o la ira por no haberlas obtenido. Pero para no caer en esta «vulgaridad» es necesario ejercitarse en discutir, como dice Vico, acerca de las cosas que no están sujetas al apetito y que son medida de lo apetecible: en discutir acerca de todo en el ser para descubrir la verdad de lo apetecible, iluminarlo en su ser. En efecto, signar el límite no significa negar ni desvalorizar; por el contrario, la inteligencia capta los entes en su ser, su verdad: no se detiene en los detalles, no es parcial ni pasional precisamente porque es apasionada del ser. También los sentidos saben soñar cuando se hacen concienzudos: el olor de los cuerpos brota y crea armonías a la brisa de la libertad; basta saberla ver con el ojo de la inteligencia para que la carne no sea un vientre de tinieblas. También los

[6] J. B. Vico, *Seconda risposta al Giornale de' Letterati d'Italia*, ed. de M. F. Sciacca, Milán, Marzorati, 1969, pág. 114.

sentidos, bajo el signo del límite, saben ver en cada cosa, la más pequeña, una certeza de valores.

La inteligencia ilumina y mide incluso la razón, signa su límite; la razón es «racional» y «razonable» cuando no se pone ella misma como principio de la verdad y de toda verdad —y no es renuncia a algo que le pertenece, sino «racional» conquista de su autenticidad y plenitud—; cuando no niega el logos, objeto interior de la inteligencia, fundamento del pensar y del razonar y por esto principio de verdad y de todas las verdades. Pero el «escándalo» de la razón «racionalística» y «raciocinante» es precisamente la verdad que se comunica por vía de inteligencia y no es su producto reconocido como tal con sentencia inapelable de su tribunal; su producto «construido» o «espontáneo», en este último sentido de la «razón natural» que como tal no puede ni debe sobrepasar la naturaleza en busca de «supersticiones» metafísicas o teológicas, ni siquiera la experiencia sensible: conclusión de racionalismo y empirismo. El escándalo es la «inteligencia de la verdad», la cual no consiente que esta última sea medida por los cálculos o por su eficacia práctica y operativa, siendo ella medida de sí misma y de todo ente y medida sólo por el Ser. De ello se sigue que la inteligencia solicita la voluntad al reconocimiento de los vínculos hombre-mundo y hombre-Dios, mientras que la razón «racionalística» y «raciocinante», marginada la intuición intelectiva, «seduce» a la voluntad que, a su vez, la impulsa a concentrar sus capacidades en el «persuadir» y «sugestionar» con armerías de verificaciones sin verdad y de λόγοι sin λόγος, violencia que oscurece a la inteligencia y esclaviza a la libertad.

La razón, en cambio, que no grita al escándalo, por un lado, conoce —y la voluntad libremente reconoce— que la verdad primera del ser es la luz objetiva de la inteligencia

injuzgable por ella y, por otro, que es actividad derivada y no primaria respecto a la inteligencia misma; y ya que el ser es intuido en su infinitud y es principio del conocer racional y no función o producto de la razón, se sigue que, por cuantas verdades sean conocidas y cognoscibles, lo infinito de la verdad fundante es inagotable y sobrepasa infinitamente a la razón. Pero precisamente por cuanto solicitada por este infinito, la razón no puede tener detenciones en su actividad cognoscitiva ni le deben ser impuestas: que extienda y experimente sus posibilidades al máximo, al todo racional dentro de sus límites. Más allá de la razón, pero no sin ella mientras que el hombre esté en este mundo para vivir, en el cual es creado —y, por consiguiente, unidad de inteligencia y razón—, la inteligencia penetra todo ente, lo capta en su todo —no lo describe ni pesa ni mide solamente—, en el todo que ha sido, es y será, lo resume y prevé en su perfección; ilumina a la voluntad, que se hace solícita de quererlo perfecto, es decir, que se haga todo lo que es; en efecto, el amor es el ápice de la inteligencia y de la voluntad. Por otra parte, en el momento que se da a cada ser —y darse es como suprimirse— a fin de que se cumpla en el orden del mundo dentro de sus límites, la inteligencia, por lo infinito del ser que la constituye y hace que todo ente sea querido con intelecto de amor, sobrepasa todo ente y su perfección y apunta al cumplimiento de sí misma en el Ser. A diferencia de la razón, la inteligencia y la voluntad, que también están caladas en el mundo, no son mundanas, sino teísticas por esencia.

De aquí su estar siempre en posición incitadora de juicio respecto a la historia, de ruptura con lo que ha sido y es. Pero es la historia en cuanto tal la que es siempre juicio sobre sí misma, ruptura en su interior; lo es por esencia en cuanto historia del hombre, y porque es al mismo tiempo, indisolu-

blemente, tradición y progreso[7]. La historia no nace del «tiempo originario» de «Adán originario», sino de la caída de Adán, del oscurecimiento de su inteligencia consistente en el rechazo de su límite ontológico[8]; nace como cambio de condición y prosigue por crisis ya que la primera «ruptura» no comporta la anulación del ser del hombre y por esto mantiene su participación dialéctica en el Ser, con la mira en el nacimiento en cada hombre del «hombre nuevo», es decir, del cambio radical, fin no-histórico de la historia. El principio y el fin de la historia no son históricos o de formación histórica: éste es el límite que la inteligencia signa a la historia, el hombre a sí mismo y hace que sea inteligente e inteligible la historia de «cada uno» y de la humanidad; y el historicismo, cualquiera que sea la forma en que se presenta, que pretende explicar toda la historia haciendo históricos incluso el principio y el fin de modo que todo es histórico, por esto mismo hace a la historia ininteligente e ininteligible y no puede evitar, aun cuando se presenta como filosofía de lo Absoluto, su caída fatal en una de las tantas formas de empirismo, de naturalismo, de materialismo, del que el sociologismo marca uno de los niveles más bajos.

Perder la conciencia de la necesidad del principio no-histórico de la historia es el *oscurecimiento de la inteligencia,* coincidente con la pérdida del ser; negar el principio y conjuntamente el historicismo, por un lado, es aceptar del historicismo la tesis de que el hombre es liberado del «mito» del ser y con él del «mito» de Dios; por otro, es denunciar la impotencia del hombre para dar un sentido cualquiera a su historia y la vanidad de la pretensión de todo historicismo

---

7 Véase sobre este punto nuestro volumen *Filosofía y Antifilosofía,* Madrid, Escelicer, 1973.

8 Véase nuestro volumen *La libertad y el tiempo,* Luis Miracle, Sociedad Anónima, Barcelona, 1966.

al querer substituir el principio por el hombre y su historia. A un pensador del «rechazo» del Ser y a la vez del «rechazo» del historicismo, no le queda más que el «eterno retorno de lo igual», un sucedáneo del principio, llamado a convalidar la ininteligencia y la absurdidez del hombre y de su historia; en efecto, el «eterno retorno de lo igual», por una parte es algo de no-temporal en lugar del principio no-histórico, y, por otra, es un no-principio que deja resbalar el acontecer humano en el absurdo y en la nada. Para Nietzsche, que tiene la profunda conciencia de la inconsistencia de una historia cuyo principio y fin son de formación histórica y al mismo tiempo rechaza al Ser —aun reconociendo implícitamente en la crítica del historicismo que sólo el principio y el fin no-históricos son la «veracidad» y la inteligibilidad de la historia—, la conclusión nihilista es inevitable, coherente disolución de todo historicismo, pero no su superación.

6. LA INTELIGENCIA MENSURA MEDIDA. SU OSCURECIMIENTO

La inteligencia mide todo nuestro sentir, conocer y querer, nuestros actos, irreparablemente todos ellos términos finitos: cada estación se lleva todos los andrajos en el momento que nos consigna el nuevo vestido para la otra; después, la última, que nos deja desnudos frente a la muerte y frente a Dios. Existir a la luz de la inteligencia es vivir dispuestos a dejar esta vida en el andén de una estación cualquiera. Mas precisamente porque lo mide todo, la inteligencia es inteligente; en el momento que signando signa el fin de todo, no destruye nada de aquello de que signa el límite: lo infinito del ser sobrepasa todo término sin anular ninguno; todos están copresentes en él, copresencia en cada uno de

sus momentos «total», pero siempre abierta a lo «superfluo» que, sin embargo, una vez que es, es «necesario»; hace que todo acto, cumplido en sus límites, sea a la vez incumplido. En efecto, él se inscribe en lo infinito del ser en espera de ser «elevado» con todo el hombre, al que pertenece, a su cumplimiento sobrenatural. Por esto, nuestros actos, cumplidos en cuanto términos del ser, conservan la sugestión de lo «no-finito-en-espera-de-cumplimiento», del de la persona o de cada-uno de que son actos: cuando desde alguna parte la muerte está a punto de romper las amarras de la barca de una vida, el alba es siempre puntual.

Desde la perspectiva de la inteligencia, nada discurre corriendo hacia el pasado, nada se anticipa corriendo hacia el porvenir: todo *es* hacia el futuro. Es la perspectiva de la «contemplación» entendida como «memoria»: contemplo y tengo memoria de todo lo que es antiguo, de todo lo que es nuevo, de todo lo que vendrá. Desde la perspectiva del ser todo ha sido y cada instante es el último; pero contemporáneamente todo, incluso lo que ha sido y será, es en el futuro del tiempo infinito que me constituye, cuyo cumplimiento es el cumplimiento de mi tiempo. Todos los momentos de la vida, diversos, si son vistos en su sucesión —yo merodeo dentro saqueándolos para detener la vida y la muerte—, pero como términos del ser ligados a su destino y en el ser contemplados, todos idénticos. Y se sabe, cuando los días son idénticos, aun en el sucederse de tantos eventos diversos, que sólo entonces, en el silencio de lo visible —que no es enmudecerlo, sino substraerlo al peligro de lo «dicho» cuyo destino es frecuentemente el de marchitarse—, en este silencio, repito, se descubren las cosas esenciales y se oyen las profundidades de lo invisible, luz de la historia, de cada criatura, la más insignificante desde el punto de vista del «devenir» desmemoriado, cerrado a la inteligencia y abierto

sólo a los sentidos y a lo empírico sobre el que la razón desencadena sus cálculos exactísimos y «estúpidos».

Resulta claro, aunque aún no del todo, que la inteligencia es medida objetiva de todo ente, de lo real en cuanto tal, sólo si constantemente se mide a sí misma en relación al Ser infinito que la ha hecho inteligente, ya que el ser intuido, el acto fundante, es siempre actual y jamás actuado; es la prueba que la inteligencia debe «repetir» a cada acto sin que le sean consentidos adormecimientos, licencias ni embriagueces. Esto confirma que el límite ontológico de la inteligencia es el ser como Idea o el objeto interior que la hace inteligente, la hace «subir» en la interioridad mientras se mantiene inteligencia del ser; por consiguiente, permanece inteligencia sobrepasándose a sí misma sin lograr jamás adecuar el ser que infinitamente la trasciende. Pero la Idea, signo divino en el hombre, no es el Ser infinito subsistente; de ello se sigue que Dios es el límite del hombre en su totalidad y de la totalidad de lo creado, de lo real creado *ex nihilo:* entre Dios y lo creado, el abismo que media entre el Creador y la criatura. Sólo Dios es la Inteligencia primera y *absoluta,* cuyo signo no es el límite —es lo Infinito en sentido propio— y en Dios lo creado y su entera historia tienen su límite intransitable, el signo que los hace significantes. Y el signo es propio de la inteligencia iluminada por el ser y de la voluntad que quiere según el orden del ser que la ordena a Dios; y quien está ordenado a Dios y está a las órdenes del Ser, como escribe Rosmini, no puede recibir órdenes de nadie: es libre.

Esto confirma que la inteligencia es por esencia «teística», aunque los motivos que pueden oscurecerla son tantos cuantos comporta la humana miseria. Si es así, la dimensión religiosa es el primer artículo del estatuto ontológico del hombre; y con la religión se le inserta la fe que, por un lado,

hace que cada una de sus actividades, capacidades y posibilidades sea más penetrante y eficaz en el ámbito propio de cada una y, por otro, es la «repressio praesumptionis, quae est mater erroris» [9]. No fe sin verdades de fe que, si son tales, son sobrenaturales, Verbo de Dios, que es el límite intransitable de la inteligencia del ser, verbo del hombre, don de Dios, don de amor; pero sólo los dones de amor hacen pobres: inteligencia significa sentirse mendigos de Dios. Sólo así el hombre no se siente una suma de perfecciones parciales sucesivas y agotadas sino, en todo momento de su existencia, una síntesis, un solo acto lanzado al cumplimiento, la perfección última e inagotable: es la conquista de quien existe inteligente, como Dios lo ha querido, despegado de todo por amor absoluto del Ser y unido a todo por amor total [10]. Pero tal conquista comporta un trabajo de excavación en perpetua vigilia dentro de su coraza de «estupidez».

En efecto, como veremos en seguida, la pérdida del límite por fuerzas que hollan la voluntad no ejercitada ni empeñada en la resistencia —y con ella la razón y los sentimientos oscureciendo a la inteligencia—, es la caída del hombre en la *estupidez*, que no es propia de la inteligencia en cuanto

---

9 Santo Tomás, *Contra Gentes*, I, 5.

10 Así Vico (*I Risposta al Giornale de' Letterati d'Italia*, edic. cit.) describe la «perfecta mente del sabio»: de la metafísica «la moral toma la idea de la perfecta mente del sabio: que sea informe respecto de cada idea particular o sello, y que con la contemplación y con la práctica de la vida humana se conduzca como masa de harina, y se haga suavísima, por así decir, para recibir fácilmente las impresiones de las cosas con todas sus últimas circunstancias. De donde proviene aquella indiferencia activa del sabio, aquella capacidad de comprender muchos y diversos asuntos, aquella destreza en el obrar, aquel juicio de las cosas según su mérito, y finalmente aquel decir y hacer tan propio, que, por mucho que otro piense sobre ello, no puede decir ni hacer más convenientemente; por eso se recomiendan tanto los dichos y hechos memorables de los hombres sabios».

tal, sino que es propia del ser inteligente y a la vez racional: la inteligencia es oscurecida y la razón se hace estúpida. Sólo el hombre es estúpido porque sólo el hombre es inteligente. No hay en sentido propio una estupidez del cuerpo y de los sentidos, y no hay animales estúpidos; ni siquiera de la razón, la cual, si perteneciera a un ser privado de inteligencia —y, por tanto, estaría privado también de voluntad y de sentimientos— sería sólo un mecanismo de cálculos, una elaboración de datos. A falta de este ser, el oscurecimiento de la inteligencia o la pérdida temporal del sentido del límite y, por esto, del límite de todo ente, puede llevar a un tipo «humano» que, en sentido diverso del aristotélico, se puede definir «animal racional», es decir, sólo vida animal (ζῷον) y cálculo racional, oscurecido también en la voluntad y en los sentimientos, completamente alienado, capaz solamente de actos espontáneos, de reflejos condicionados, pero no de actos libres. Este tipo humano no está privado de inteligencia, que es indestructible: simplemente se le ha oscurecido; es solamente estúpido, es decir, conoce y obra sin que dé señal de inteligencia: es ciego respecto del límite. Ontológicamente el hombre permanece lo que es, pero se comporta disformemente de lo que es, no como ser inteligente. *Donde está el límite, allí está el signo de la inteligencia; donde el límite es negado, está el signo de la estupidez:* del lado de la inteligencia están la cultura y los sentimientos más altos, del otro, la incultura y las pasiones más bajas: propia de la estupidez es la «tracotanza» o el «ultra cogitare», el ir más allá de los límites del pensamiento y de la voluntad.

Capítulo II

DETERMINACIÓN Y PARTICIPACIÓN ANALÓGICA. DIALÉCTICA DE LOS LÍMITES Y ALTERIDAD POR AMOR

1. POSITIVIDAD DE LAS DETERMINACIONES DEL ENTE

No puedo decir «yo soy», que conviene sólo a Dios, sino *soy yo*, individuo singular, *este* ser. Por esto: no soy «nada»; no soy una «cosa»; no soy «otro» ser; no soy el Ser: *soy yo*, precisamente. Mi ser es el *mío* y la meidad me hace decir que el ser del otro es el *suyo*; ni mi ser es todo el ser creado —no soy todo lo real—, sino que mi ser es el «ser todo» que me compete como *este* ser que soy, y lo que soy quiero serlo todo según el orden del ser. Todo ente finito «se define» y «se determina» por lo que es, por su positividad, como hemos dicho, por lo que es este ente y no otro. *Omnis determinatio* no es *negatio*, sino *affirmatio* dentro del indeclinable límite ontológico, determinación primera y afirmación también ella indeclinable de cada ente finito, al que son necesarios también sus otros límites para ser *este* ente.

De esto se sigue que cada hombre, y cada ente, es indeterminado e incompleto, no por lo que no es cualquiera que

sean sus imperfecciones, sino en la medida en que no se ha hecho todavía todo el ser que es según el orden del ser. Yo no soy imperfecto o incumplido porque no soy Dios o ángel, Dante o Goethe —sería otro ser y dejaría de ser yo—, sino porque no me he hecho el ser que soy, haciéndome el cual estaré cada vez más próximo a mi perfección y no seré inferior a ningún otro ser; solamente diverso u «otro» precisamente porque, haciéndome todo el ser que soy, soy yo. No me falta lo que no soy, carezco en cuanto no me hago o por cuanto me hago mal y me corrompo; me falta lo que no tengo y debería tener si depende de circunstancias reparables y en los límites de mi ser: no me falta la libertad absoluta que no me compete y soy igualmente un ser libre por la libertad que en mí está inherente ontológicamente, me puede faltar —y es mi derecho exigirlo— el respeto de mi libertad o su libre ejercicio; me puede faltar el pan y cuanto por lo demás es necesario a mi vida y a mi dignidad humana ofendida por ésta y otras carencias, y tengo derecho a exigir mi puesto al sol. Reconocer un ente por lo que es o como quien dice «soy yo» es el respeto y el amor que los otros le deben, quienquiera que él sea: no exigir nada por parte de este ente que sobrepase sus capacidades y ayudarlo nosotros para que sea todo lo que puede ser; y si es un desheredado o un perverso hacer que sea todo lo que positivamente puede ser, y es siempre un hombre, con el mismo respeto y con más amor que el que se tiene por un genio o por un santo. Si se ayuda a cada hombre a ser lo que es y a tener lo que necesita, sin hacerle pesar su llamada inferioridad respecto de los otros —que a fin de cuentas no es inferioridad por la igualdad ontológica y la común destinación al Ser— de modo que la conciencia del límite le dé la de su positividad, del más desheredado se puede hacer un sabio, un hombre más «inteligente» que tantos otros llamados

«dotados» y frecuentemente tan «estúpidos». En otros términos, si cada existente adquiere conciencia de su positividad dentro de sus límites y por estos límites, no se siente infeliz por lo que no puede ser, aunque lo desee, pero se empeña en ser todo lo que es y, en la medida en que lo consigue, procurándose con la ayuda de los otros lo que no tiene, según el derecho a tener para hacerse lo que es, actúa su perfección y su «contento» terreno, aunque le cueste mucho hacerse lo que es.

La conciencia de ser por nuestros límites y de podernos aproximar a la perfección no sobrepasándolos, sino haciéndonos lo que somos, cada uno de sí mismo un ser «bien acabado», corta de raíz toda envidia, rencor y codicia; nos pone en la justa posición, la de la «alteridad por amor»: que el otro semejante a mí (hombre) o el otro diverso de mí (la naturaleza) se haga, con nuestra ayuda, todo lo que es según el orden del ser, es decir otro de nosotros. Por esto, el trabajo de la inteligencia, cuyo signo es el límite, unido a todas las otras energías corpóreas y espirituales, es que cada existente se dé acabamiento según lo que es, se «cumpla», sea «clásico», un modelo, inagotable en cuanto tal por la historia, aunque ésta lo ignore.

2. PARTICIPACIÓN Y ANALOGÍA

El concepto de *determinación* implica el de *término* y con él, también, el de *terminación* en el doble sentido de ente «que está terminado» y que «termina»; pero puede estar terminado sin que sea «finito» —una obra puede estar terminada y no ser finita— y terminar sin acabar *(finire)*. El ente finito en cuanto tal es determinado por el acto creativo de

Dios, creado el ente que es con sus términos, dentro de los cuales es libre de hacerse lo que es, de terminarse hasta «acabarse» *(finirse)* en el orden natural, de hacerse imperfectamente, de no hacerse o de corromperse. El acto con que cada ente es creado es *definitorio* —todo ente comprende lo que es y excluye lo que no es— y *determinante*, es decir, lo hace ser con sus determinaciones, *signado*, pero precisamente el signo determina el *significado* de cada ente. En este sentido, el determinar es como un proceder de la circunferencia al centro: reconducir los diversos términos, según el proceso dialéctico de la implicación y de la copresencia, a la determinación-centro, desde la que todo se irradia y en la que todo converge, siendo ella el punto o la determinación significante, que da significado a cada término tomado por sí y a todos.

Por lo tanto, el principio de la *participación* del ser finito creado respecto al Ser infinito creante, a fin de que incluya y mantenga el de la *analogía* y asegure la autonomía y la indestructibilidad del ente finito, va siempre unido al principio de determinación indeclinable por parte del ente finito mismo: «ea quae a primo ente esse participant non participant esse secundum universalem modum essendi, secundum quod est in primo principio, sed particulariter, secundum quemdam determinatum essendi modum, qui conveniat huic generi vel huic speciei»[1]. Pero todos los entes que son preexisten en Dios, Principio primero creante, «intelligibiliter, secudum modum Eius», es decir, son *ideas*; el acto creativo es la determinación de una idea y es por tal determinación por lo que los entes finitos están fuera de la mente divina, subsisten[2].

1 Santo Tomás, *Opusc.* 14, *De substantiis separatis seu de Angelorum natura*, Ed. Rom., c. 8.
2 Santo Tomás, *Summa Theol.*, I, q. 105, a. 3, c.

Como es necesario que el principio de participación para incluir y mantener el de analogía esté unido al principio de determinación, así es necesario que éste incluya y mantenga intacto el de participación. Ahora bien, decir que el hombre participa de Dios según aquel determinado «essendi modum» que conviene a su género y especie es indicar el modo de participación de su ser «a primo ente», propio del acto creativo del ente finito, creado *ex nihilo.* Pero Dios es infinito; de ello se sigue que esta participación es imperfecta o incompleta, y lo es también la analogía, en cuanto que el hombre con ella no participa de la infinitud de Dios y por esto carece del análogo correspondiente. A fin de que haya completa participación incluyente la analogía y la determinación y determinación incluyente la participación, es necesario que en la criatura inteligente haya, por don de Dios, no una parte o una chispa de Dios mismo —en tal caso quedaría negada la analogía y con ella la indestructibilidad del ente finito—, sino una idea, que no es una «emanación» de Dios ni creada por Él *ex nihilo*, sino, como dice Rosmini, «abstraída» de Sí por Dios mismo; continente en cuanto tal en manera «análoga» la infinitud «propia» de Dios. ¿Y qué otra idea puede ser infinita en sentido análogo al Infinito, sino la del ser? Por el ser como Idea la criatura inteligente es «signo» de Dios, lo divino interior a ella, lo que la hace a su imagen y semejanza y, por esto, perfectamente «participante» de Dios: infinita en sentido análogo y, en cuanto tal, inagotable por lo creado que es su término, pero no su fin último que es Dios, pero, como análoga, ella misma es determinación del hombre «en relación» a Dios. El vínculo creatural, y por esto el límite, envuelve a todo el hombre: como, y ya lo hemos dicho, principio de la subjetividad creado *ex nihilo* y por el ser como idea o principio de la objetividad, infinito, análogo y abstraído por Dios y unido al existente;

por esto, la Idea infinita e inagotable por lo finito es infinitamente determinada en relación a Dios, por lo que todo el ser de cada hombre —la síntesis ontológica originaria— es dialéctico respecto y «hacia» el *Absolutus*; y con el hombre y a través de él es dialéctico lo creado. Pero precisamente esta su finitud ontológica dotada de un infinito análogo al Ser infinito y, por esto, determinado respecto a Él, este acto con que Dios, creándolo, lo despega de sí y a sí lo une por participación, pone al hombre como *otro* respecto de Dios; que es asegurarle la suficiencia y la indestructibilidad y al mismo tiempo asignarle como fin último no el mundo, que sería adecuarlo a él o naturalizarlo y, por esto, ponerlo en dependencia de él, ni la absorción o la disolución en Dios, sino su elevación a Él —de donde su dignidad por encima del mundo que no puede mandarle— por visión beatífica, don de Gracia.

3. LA DIALÉCTICA DE LOS LÍMITES Y LA ALTERIDAD POR AMOR. «EXISTIR EN EL CONFÍN»

El acto creatural que pone a la criatura como otro distinto del Creador —ontológicamente suficiente, autónoma y destinada a la perfección dentro de sus límites— por cuanto tal, es acto de amor: *alteridad por amor* o el dar y reconocer por parte de Dios, el Padre, a cada ente su ser y querer que se haga, en la y por la comunicación con Dios mismo y con todo otro ente, el ser que es, cada vez y mejor él mismo y, por esto, cada vez más «otro» respecto de los otros y de Dios: cuanto más la criatura, haciéndose el ser que es, toca la raíz o su nada, cada vez es más «otro» respecto del Creador de su ser que lo quiere «otro», el ser que le ha

dado. En otros términos, la alteridad por amor según la *dialéctica de los límites* o el *espíritu de inteligencia*, comporta que cada ente, en la unidad, integralidad y límites de su vida corpórea y de su existencia espiritual, se cumpla a sí mismo perfectamente según vocación, temperamento, carácter, inclinaciones, etc., actuando y revelando los valores de la vida y de la existencia, es decir, formando su individualidad y personalidad, que cuanto más son ellas mismas, más son otras respecto de las de los otros seres. Ahora bien, como el acto creativo de Dios no procede por «reducción» o por «substitución», según *aut-aut* que llevan al nihilismo ontológico, sino por posición dialéctica (más bien es el «modelo dialéctico»), es decir, poniendo lo creado «en relación» a Él *Absolutus*, así el desarrollo de perfección de cada ente según el modelo creativo es llamado —y el hombre «por nombre»— a proceder no por reducción-anulamiento de sí mismo respecto a las cosas o a la naturaleza o de las cosas a sí, de sí a los otros semejantes o de los otros a sí, de su «naturaleza» humana a su persona o de ésta a aquélla, sino según el principio de la dialéctica de los límites propio de la alteridad por amor, que comporta la elevación de lo creado y de sí, en comunión con los otros, a su perfección última, obra también ella del acto de amor divino que gratuitamente le viene al encuentro en el difícil y atormentado itinerario amoroso.

Todo ente finito, en su determinación, como hemos dicho, tiene «términos» que lo mueven a un fin, alcanzado el cual, el término queda terminado, cumplido, agotado. El término termina: su realización coincidente con su cumplimiento o perfección, es también su fin, aunque, en el sentido que precisaremos dentro de poco, no es finito; pero, precisamente, porque finito significa cumplido y agotado, la inteligencia del ser, que mide y sobrepasa todo ente cumplido, plantea

el problema de su cumplimiento. De ello se sigue que a cada existente le incumbe la obligación de «acabar» *(finire)* cada acto suyo y no sólo de «terminarlo» lo menos mal, antes bien de «reacabarlo» (*rifinirlo*), es decir, no sólo de «cumplirlo» —que es poseer por entero las cualidades «con vistas al fin» de modo que sirva a todos los fines parciales, tales respecto al fin último— para su perfeccionamiento y el de los otros, sino de hacerlo perfecto: con cada una de sus partes acordada según el orden del ser de modo que haga toda cosa enteramente con diligencia y virtud mirando al fin. Cuando el existente es así cumplido y perfecto, con éste su haberse hecho todo lo que es, queda infinitamente incumplido, vive toda su no autosuficiencia y la de la creación entera, *está* en el fulgor de la inteligencia signada por el ser como Idea, signado, a su vez, invenciblemente por Dios: esplendor del límite que lo somete, venciendo toda resistencia de tentación, a la disponibilidad plena e incondicionada para estar a disposición de Dios, su cumplimiento sobrenatural: todo sí mismo al descubierto frente a la misericordia y a la justicia divinas.

En cada acto nuestro perfecto están copresentes y operan simultáneamente la inteligencia del ser infinito y con y por ella el conocimiento de los límites de todo ente y de nosotros mismos medidos por el ser, unidad ontológica que, si se cede a la tentación de escindir los dos momentos, lleva a la corrupción: o absolutizamos los términos haciéndolos, éste o aquél, nuestro fin último —reducción de nosotros a una cosa entre cosas únicamente cosas— o nos embriagamos de lo divino, olvidados de que es don de Dios; en uno y otro caso, reducimos a nada todo ente y a nosotros mismos. Si, en cambio, mantenemos aquella unidad, nuestro perfeccionamiento procede por actos finitos hasta su cumplimiento y, cumplidos, abiertos a nuevo cumplimiento, no en el

sentido de que el acto cumplido pueda ser en sí y respecto a sí más perfecto, sino en el de que puede recibir nueva perfección o actualidad en su implicación y presencia en uno ulterior. Esto permite el empeño hasta el fondo en toda cosa sentida, conocida y querida, el reconocimiento de todo ser en su grado de ser, que es promoverlo a la perfección por el ser que es y, por esto, en cuanto otro según la alteridad por amor y al mismo tiempo no ponernos algo o alguno como fin último en obediencia a la dialéctica de los límites, desencadenada por el ser como Idea: existir reconociendo todo ser en su ser sin desconocer nada, el máximo posible de perfección, aun en su inmensa miseria, que la criatura puede ofrecer al Creador a fin de que Él opere el «resto», que es todo. Por esto, el principio de la dialéctica de los límites propio de la inteligencia es el fundamento de la alteridad por amor, que es obra de la voluntad libre en el orden del ser.

La inteligencia del ser, que nos da la verdad de toda cosa y con ella la sabiduría, nos enseña que no somos un pedazo o una parte de la naturaleza o de la historia o de la sociedad o de lo que se quiera (nulificación por defecto), sino inconmensurablemente más que la naturaleza y más que la totalidad de lo creado, aunque en unión a la naturaleza, a la historia y a la sociedad humana; no un órgano del todo, sino más que el todo en unión con el todo: personas libres, en este mundo, respecto de este mundo en unión con este mundo. Aquella inteligencia nos enseña también que no somos una partícula o una chispa de Dios, otro modo de negar el límite, negación que hace de nosotros y de las cosas, apariencias en espera de que se reabsorban en Dios (nulificación por exceso o por soberbia), sino que somos criaturas de Dios y, por esto, infinitamente menos que Él, unidos a Él por el vínculo creatural, lo mismo que nos hace

otros distintos de Él. Cada vez que tendemos a identificarnos con la naturaleza o con Dios, cedemos a la tentación, siempre tendida, de cancelar el límite, que es cancelarnos o nulificarnos en el uno o en la otra, es la estupidez. Por un lado, las cosas nos deben tocar con respeto, pero también nosotros, que vivimos en el mundo en unión con ellas, debemos respetarlas y amarlas por su ser; por otro, debemos acercarnos a Dios con infinito temor y temblor, con suma humildad, obediencia y adoración, también porque, por la destinación a que nos eleva, Dios mismo respeta y ama a sus criaturas, que ha querido autónomas, libres e indestructibles. Esto confirma cómo de la dialéctica de los límites brota la alteridad por amor y cómo inteligencia y voluntad forman una unidad entre sí y con los sentimientos y la razón.

El hombre es límite en carne y huesos: éste es su significado y el de toda cosa: el acto creativo con sus determinaciones «signa» y «signando» determina el «significado» del ente creado. Vivir en el mundo es *existencia de confín;* vivir con inteligencia es aceptar hasta el fondo este existir de confín, larga y fatigosa jornada de resistencia a la sirena que canta, por la cola, tratando de mundanizarnos o de naturalizarnos y, por la boca, de derretirnos en Dios; pesado y, a la vez, gozoso camino hacia la libertad, educación viril y comprometida que no permite fáciles o complicadas distracciones. De confín: bajo el abismo que llama en dos direcciones opuestas pero de idéntico resultado, nuestra nada; de confín, resistiendo en el fiel sobre el abismo según nuestra condición humana, en un equilibrio que tiende al desequilibrio, a la caída; existiendo en unión con la naturaleza, pero bajo el ojo interior del espíritu para no extraviar nuestra dignidad ontológica y sin menoscabar el deber de respetar y de reconocer toda cosa en su ser —sólo así, aun comunicando con la naturaleza, interrumpimos el ca-

mino que nos lleva a identificarnos con ella, despeñándonos por debajo de nuestra destinación—; y contemporáneamente existiendo en unión con Dios pero siempre en acto de dependencia confiada, de obediencia incondicionada y de amorosa adoración, y así queda interrumpido el camino que nos tienta a fundirnos inmediatamente con Él, a perder nuestro ser de criaturas. Vivir «estando» en el confín es el existir inteligente pero cargado de todas las responsabilidades frente a nosotros mismos, a la naturaleza, a nuestros semejantes, a Dios; mucho más cómodo es vivir como «estúpidos», perdidos los límites y el principio dialéctico, corrompiéndonos: éste es el mal, el pecado contra el ser, contra la verdad y contra el bien, contra toda la obra amorosa de Dios creador. Esto confirma que no es mal el límite ontológico y los otros que son inherentes a todo ente finito, pero lo es la corrupción de la criatura, la disformidad respecto de sí misma, el «no ver» las profundidades de su ser y «negarlas», la «deposición» por negligencia o por soberbia de sus límites y con ellos de su ser, caída por debajo del Ser y por debajo de la Nada —estar en el confín haciendo contrabando con el propio ser—: de la inteligencia en la estupidez de nada, «reducción» a cero por proceso «malicioso» de «substituciones».

4. EL «ESPÍRITU DE INTELIGENCIA» Y LA DIALÉCTICA DE LA INTEGRALIDAD

Existir de confín es ocupar nuestro puesto de seres inteligentes, cada uno el suyo para no vivir «desocupado» o «dislocado», de personas libres y responsables, de modo que queramos según la alteridad por amor que procede por

reconocimiento del ser, según justicia; es ejercitar en todos nuestros actos, cualesquiera que sean, el *espíritu de inteligencia,* la dimensión de las dimensiones humanas.

Existir con el espíritu de inteligencia de nuestro ser es adherirse a éste perfectamente: soy de la nada por acto creativo de Dios; siento y vivo, sufro y gozo mi nada, soy presente al sentimiento que es la existencia indisolublemente unido al sentimiento de la nada: «cada uno de nosotros debe reconocer la propia nada» [3]. Pero en este estatuto ontológico, repetimos, está la indestructibilidad y la autonomía del ente finito inteligente, en él la garantía ontológico-metafísica de su «ser»; se siente, se sabe, se conoce y se reconoce «nada en relación al Ser infinito»: éste es el principio al que se ha de uniformar el «método» o el camino personal irrepetible para la actuación del ser o perfección de cada ente; en efecto, sentirse nada es el acto de supremo amor hacia el Creador, la perfección del espíritu de inteligencia y, por esto, acto de todo el ser. Pero el ente finito inteligente, sólo reconociendo la vanidad del mundo y su nada frente al Ser, descubre la verdad del mundo mismo, revela el mérito de toda cosa, y actúa todas las insospechadas posibilidades de su ser integral, capta su verdad, realiza la perfección de su libertad. Espíritu de inteligencia es *ver* en relación a Dios o por amor absoluto de Él a nosotros, a los otros y las cosas cada una y cada uno en y con su límite o signo —y la inteligencia los contiene todos—, es decir, por el ser que es, su verdad, y promoverlo como tal con el amor total a fin de que se haga todo el ser que es, su perfección; tal existir, entre mil caídas y miserias, es la condición necesaria de nuestra salvación

---

[3] A. Rosmini, *Massime di perfezione* (V máxima), en el volumen *Dio è carità,* al cuidado de M. F. Sciacca y R. Bessero Belti, Fossano, Editrice Esperienze, 1969, págs. 124, 142 y sigs.

en cuanto nos pone en la *justa* relación con las cosas, los hombres y Dios.

El espíritu de inteligencia da a los sentimientos el «espíritu del sentimiento», que es ver, conocer y hacer todo desde el punto de vista o con la vocación del sentimiento, ser integralmente bajo su signo de modo que no haya un acto nuestro en que los sentimientos estén ausentes, sean débiles o estén corrompidos. También el instinto, la pasión y la sensación tienen su espíritu correspondiente dentro del espíritu de inteligencia, que da a la razón el «espíritu de razón», a la voluntad el «espíritu de voluntad», a la caridad el «espíritu de caridad», a la «fe» el «espíritu de fe», etc.; es decir, hace, en los límites propios de cada uno, que nada del hombre y de lo humano, del mundo y de lo mundano esté ausente, débil y corrompido, sino que esté todo presente, fuerte e íntegro; que cada energía del cuerpo y del espíritu sea como una vocación, una llamada del y al significado, a la significación del signo o del límite, una perspectiva desde la que se ve el todo. Por esto cada punto o perspectiva, por la inteligencia del ser infinito, es «centro» del que se irradian los otros, se ven mejor, se profundizan; cada punto no es parte de un todo, sino que contiene a los otros, que, sin embargo, permanecen distintos y autónomos: no suma de partes, sino síntesis, y cada perspectiva es síntesis unificante de las otras y abierta a ellas, y ella misma está contenida en toda otra. Esto es posible en cuanto que el espíritu de inteligencia confiere a cada una la inteligencia de su límite; y si tal límite no declina, ella puede elevarlo todo al «espíritu» que le es propio, de todo puede hacerse punto de vista o síntesis desde donde ver según el principio de la dialéctica de los límites inseparable de la alteridad por amor. Esto es «disponer todas las ocupaciones de la propia vida

con un espíritu de inteligencia»[4], de modo que, juzgando rectamente acerca de las cosas humanas o según ciencia, podamos tener en todas «la gravedad, la consideración y la madurez», siendo «la prisa y la precipitación propias del hombre de mundo» y «efectos de un querer humano lleno de aquella ansiedad que quita la paz». De la ciencia el «consejo» con el que dirigirnos a nosotros mismos «aplicando las verdades conocidas a las obras particulares» de nuestra vida; enmendarse cada uno y con mucho antes a sí mismo que al prójimo; cumplir perfectamente los deberes del propio estado; usar en las relaciones con los otros de toda la caridad; prestar los servicios a los hermanos según la voluntad de Dios.

Que cada uno haga la propia *obediencia* como exige la dialéctica de los límites, coincidente con el orden del ser; se «coloque» en el justo puesto y mida, según la inteligencia del ser, el ser propio y el de cada ente, medida que le hace captar la verdad «radical» de los varios órdenes de seres: las cosas, como las que son «menos» hombre que él; a Dios, como a Quien es «más», y a los propios semejantes, como a aquellos que son sus «iguales», donde el «menos» no indica un simple «más» que el hombre tiene respecto a la naturaleza ni el «más» propio de Dios una simple cosa «de más» que falta al hombre, sino el uno y el otro un «salto» cualitativo, por el que hay un «intervalo» insuperable entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y Dios. El camino entre el hombre y la naturaleza, como ya se ha dicho, es «interrumpido» por la inteligencia del ser en su infinitud que le impide resolverse en el mundo —y cuando lo intenta se «precipita» en él y se corrompe—; la vía entre el hombre y Dios se

4 Rosmini, *ob. cit.*, págs. 124, 145 y sigs. Rosmini habla, a propósito de esto, de los dones del Espíritu Santo; utilizamos el texto libremente y desde un punto de vista especulativo.

halla interrumpida por su finitud de criatura que le amonesta para que no quiera ser Dios, y cuando lo «pretende» se somete a la tentación de la soberbia o al ansia de disolución. Y así no hace su obediencia: por rebelión al ser se lanza a realizar actos, en sentido opuesto, pero con éxito idéntico, «desmesurados» y, en cuanto tales, «estúpidos».

Por lo tanto, la obediencia lo es primeramente al ser en sus formas y en su orden, la cual, siendo lumen el ser mismo, revela a cada hombre que su ser, lo «diverso» de la naturaleza, es «igual» al de cualquier otro hombre, el «semejante» a él, y que él y todo lo creado «son» por el «absolutamente Otro», el Creador, del que sólo el hombre es a imagen y semejanza: triple alteridad por amor en el principio de la dialéctica de los límites. Cumplir cada uno con su propia obediencia significa vivir y existir, aun entre mil caídas, en todo nuestro sentir, pensar, conocer y querer en la presencia interior y operante de este orden, de modo que se resista a la tentación de desconocer la «desigualdad radical» entre la naturaleza y nosotros y la «igualdad radical» entre nosotros y cualquier otro hombre. Esta desigualdad y esta igualdad son los actos primigenios y primarios de la justa colocación del hombre en el mundo, de otro modo desigualdad e igualdad no son nada, ilusiones o engaños de parloteos asambleísticos; son secundarios, en el sentido de que vienen después, las otras relaciones o vínculos que establecemos con las cosas o con nuestros semejantes según éste o aquel valor, que es valor por el ser al que es inherente, y el ser los «porta» a todos ellos como su fundamento. Así, es secundaria, en el sentido de no-primaria pero que, sin embargo, vale en su plenitud si se mantiene en adhesión al ser, la relación padre-hijo, docente-discente, dirigente-dependiente, etcétera, respecto al vínculo primario del *ser hombres, iguales* por este *ser* hombres: esta igualdad que funda a las

UNIVERSIDAD ... DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECAS DONACION

otras, incluso a las desigualdades que sobre tal fundamento no son disminuciones[5]. Éste, por lo tanto, es el punto justo de colocación de cada existente: de desapego respetuoso hacia la naturaleza, de dignidad amorosa y participación total respecto a sus semejantes, de humildad orante y amor absoluto hacia Dios. Esta obediencia, plena en las tres formas inescindibles de alteridad, coincide con la *libertad.*

Obediencia y libertad presuponen e incluyen la *autoridad,* que es tal si es y sabe ser «autorizada», autorización que le impide ser «autoritaria», siendo el autoritarismo propio de quien carece de autoridad intrínseca: donde hay autoridad no hay autoritarismo y donde está éste falta la autoridad o, mejor dicho, aquél está en el «vacío» de autoridad confirmando su ausencia con su presencia; en efecto, está allí sin llenarlo, más bien haciendo desear el retorno de la autoridad verdadera. Quien con el pretexto o la pretensión de combatir el autoritarismo hace demolición del principio de autoridad en nombre de la libertad de la persona *odia* a una y a otra, es dominado precisamente él por la obsesión de esconder con el autoritarismo, venganza de los incapaces, la usurpación del puesto que ocupa de dislocado, sin la autoridad correspondiente; o la corrupción, por inmoderada ambición o por infantil vanidad o por ansia de poder, de las dotes que poseía y que le hubieran hecho autorizado y, por esto, amigo de la autoridad; en cualquiera que sea de éstos y otros casos, denuncia la pérdida o el rechazo del ser y, con el ser, de la dialéctica de los límites, oscurecimiento de la inteligencia y puesta en acción del método de la reducción de todo a sí mismo, egoidad por odio.

5 Por esto considero que la *amistad,* entendida en el sentido más fuerte, es el vínculo más plenamente revelador del vínculo primario de iguales por nuestro ser hombres; y es la amistad la que debería subyacer a todas las otras relaciones.

La autoridad está presente en todo, desde la absoluta de Dios a la autoridad propia de cada hombre, quienquiera que él sea y cualquier cosa que haga; todo lo que es signado por la inteligencia tiene por principio la autoridad y por fin la libertad: educar para la primera es educar para la segunda y viceversa; y no sólo el arte, como escribe Schiller en las *Cartas sobre la educación*, sino toda actividad verdaderamente humana es «hija de la libertad» y, por esto, «recibe su encaminamiento de las exigencias de los espíritus y no de la necesidad de la materia». Sólo la autoridad da la confianza, la certidumbre, la esperanza y la libertad; en efecto, ser autorizados es saber cumplir los deberes del propio estado dentro del propio ser integral y en la síntesis de los varios *status* sin sustituirse jamás al otro —el igual por su ser hombre— en su *status* o, más aún, favoreciéndolo en la libertad de ser autorizado, es decir, de saber cumplir los deberes que le corresponden. Pero la autoridad así entendida, intrínsecamente autorizada y que rechaza al autoritarismo, fundamentadora de un clima interior de confianza y de certidumbre recíprocas para una esperanza común cada vez más fundada, se identifica con el servicio *(servigio)* voluntario y total de cada uno hacia los demás —y el servicio voluntario *(servigio)* al otro es nuestra perfección y la suya— para el servicio voluntario y absoluto de todos a Dios, cuyo servicio voluntario e incomparable a cada criatura es la ayuda gratuita y preciosísima en orden a su salvación. Tal autoridad, obediente a la dialéctica de los límites, coincide con la alteridad por amor.

Pero voluntad de amor o estar al servicio voluntario —que es negar de raíz el servir *(servire)* y el ser servidos, liberar todo servicio *(servizio)* en el servicio voluntario *(servigio)*[6]—

[6] Para un tratado más profundo de estos conceptos, véase nuestro volumen *La Libertad y el tiempo*, cit.

es reconocer a cada ente en su ser y promoverlo para hacerse el ser que es; es precisamente la *justicia*, ya que es justicia amar a cada ente por su ser: a mi semejante sobre toda otra cosa o como a mí mismo, y yo no puedo amarme, sino con amor total que no sería amor si con el mismo amor no amase a mi prójimo; y a Dios con amor absoluto, y no me amaría a mí mismo ni a mi semejante, antes bien odiaría a todo y a todos, si no amase a Dios con este amor, que es hacerle justicia. Por consiguiente, la justicia es reproponerse la obediencia, y que cada uno cumpla con la propia; en efecto, ser justos es aceptar, obedecer, según el orden del ser, los propios límites respecto a las cosas, a los otros y a Dios, es decir vivir y existir según el espíritu de inteligencia. De la obediencia a la obediencia discurren por voluntad de amor la autoridad, la libertad, el servicio voluntario, la justicia: itinerario de la inteligencia según la dialéctica de los límites. Se puede partir de una cualquiera de estas perspectivas —de la libertad, de la autoridad, etc.— ya que cada una incluye a las otras: no es parte o etapa separada del camino, sino síntesis de todo el recorrido aun en la distinción de cada punto de vista. Tal es la fuerza de la dialéctica de la implicación y de la copresencia no separada de la de los límites; más aún, es una dialéctica única, la de la integralidad, que culmina en la alteridad por amor, que es por el principio de verdad por el que el hombre es inteligente, cognoscente y sujeto volitivo.

Quien sigue esta dialéctica no se propone, inmaduro, superficial y jactancioso, obrar nada grande, definitivo e infalible, porque, consciente de sus límites y de la infinitud del cometido, se considera «sinceramente incapaz de todo» [7], pero con y por esta consciencia arde a causa del bien de sus

---

[7] Rosmini, *ob. cit.*, págs. 149 y sigs.

semejantes, está siempre preparado y solícito a gastarse todo él mismo por su salud corporal y espiritual, da todo lo que puede «por amor de Dios a quien sirve» con perfecta caridad, «con su grave incomodidad, con su grave dispendio, con todo, en suma, aquel férvido amor, que no busca ni piensa las cosas propias, sino que piensa siempre en las cosas de los otros»; como puede, pero en el límite de sus posibilidades, vive y existe a imitación de Cristo. Por consiguiente, precisamente esta sincera y activa conciencia de estimarse incapaz de todo, le hace llegar a ser toda vez que se presenta ésta o aquella circunstancia —la primera «en la que sea requerido por el prójimo», ya que para él, cualesquiera que sean, son todas ellas de aceptar y hacer propias, presuponiendo la aceptación de ésta o de aquélla la elección «radical» de aceptarlas todas a medida que se presenten— humildemente más que sí mismo, pero dentro del límite de sus capacidades multiplicadas por la voluntad de amor; y él «abraza cosas grandísimas, fatigosísimas, peligrosísimas» y las «acaba» todas con perseverancia como si fueran asumidas «por propia vocación». Por comparación, la filantropía, el pacifismo, el humanitarismo, etc., son míseras coartadas de egoísmos mezquinos, electorales y callejeros, o de altruismos de permuta.

Existir a la altura de la alteridad por amor comporta una responsabilidad permanente y un sacrificio durísimo: entre otros, no sólo el de aceptar que el otro —hijo, hermano, amigo, prójimo— se haga siempre distinto de nosotros a medida que se hace él mismo, sino el de cooperar nosotros con amor a que se haga cada vez más él mismo, diverso de nosotros, que es en cierto modo como si hubiera «muerto»; y tal sacrificio nos viene ordenado por la igualdad radical de ser primariamente hombres. Si, en cambio, negamos la alteridad por amor en la egoidad por odio, pretendemos como

doña Ana, la madre que no quiere aceptar la transformación del hijo, de hacerlo vivir fuera de su vida: «Fuera de tu vida te quería hacer vivir»; y, a diferencia de doña Ana, que al fin acepta la alteridad del hijo e incluso su muerte física zambulléndose en el quehacer diario y trivial («nosotros, pobres muertos atareados») porque no sabe rogar, debemos «arrodillar nuestro dolor» [8]. Sólo así el amor tiene como medida él mismo, que es como decir místicamente con San Bernardo que la medida del amor es ser sin medida.

Tal vez quien así siembra con sudores de sangre no conocerá la cosecha, pero esto forma parte —y a fin de cuentas no es su pasivo— de quien *está* al servicio voluntario de la siembra o sólo de su preparación; pero, aunque así sea, sólo esto es vivir y existir para nosotros y para los otros en el amor para Dios, sentir, pensar y querer *a la vez*, en comunión, aun cuando los otros queden lejos o indiferentes u hostiles: debemos aceptar indiferencia y hostilidad sufriendo el suyo y nuestro sufrimiento, «atravesarlas», mediarlas con nuestro ser en comunión con la fe y con la esperanza de vencerlas, victoria de los indiferentes y de los hostiles. Una de las razones, en el fondo ni razonables ni racionales, por la que, como ha sucedido y sucede a muchos, se rechazan los valores o se decreta su muerte es la constatación de que ellos difícilmente se realizan, raramente despiertan y elevan las conciencias y, más aún, son perseguidos y ridiculizados por la gran mayoría; contradicción que viene asumida contradictoriamente como juicio de valor en el mismo momento en que se decreta la muerte de todos. Así se llega a la negación de lo suprasensible como tal y, con él, también a la de lo sensible vaciado de todo valor él mismo; y al hombre le queda la nada que anula también a su ser. Negar los valores

[8] Pirandello, *La vita che ti diedi.*

porque no son seguidos es ya asumirlos como disvalores o no-valores, ya que se hace depender su validez solamente de la extrinsicidad de ser más o menos seguidos, del séquito que frecuentemente se añade a las cosas fútiles y pasajeras, sin valor intrínseco. Es cierto que, humanamente, el sufrimiento de la incomprensión de los valores es lacerante y es propio también de quien, no obstante todo, está decidido a la siembra; que mantenga firme la decisión, dando por descontada la «eventualidad» de que la cosecha podría no llegar; pero, precisamente, porque es una eventualidad y no un «tiempo» del valor, la cosecha resulta abundante, aunque condensada en un solo hombre, sal de la tierra, fermento e inquietud de la humanidad, nuevo sembrador generoso. El cálculo de los «muchos» o de «todos» no afecta intrínsecamente al valor: la potencia del número entendida como mero «peso» para afirmar una «opinión» «persuadiendo» es un problema de poder, político en el sentido deteriorado, extraño a la verdad y a la caridad.

Frecuentemente nos olvidamos que la bola de nieve no se ensucia porque al comienzo de la primavera se disuelve cándida entre las flores recientes: aun los valores más altos difícilmente conocen el verano de los frutos abundantes, pero hay en cada verano algún fruto sabroso por aquella agua viva, aunque todos competimos por ensuciarla.

CAPÍTULO III

LA ESTUPIDEZ

1. CÓMO HABLAR DE LA ESTUPIDEZ Y LO QUE NO ENTENDEMOS POR ESTUPIDEZ

En todo tiempo más o menos, y así también hoy, se requiere mucho valor para hablar de la estupidez: por un lado, se corre el grave riesgo de pasar por presuntuosos y arrogantes perturbadores o enemigos del progreso infalible, con la consiguiente tacha, en el mejor de los casos, de ser juzgados estupidísimos; por otro, nos arriesgamos imprudentemente con un asunto enorme, ya que hoy todo es lanzado a lo colosal. Y, sin embargo, cada uno de nosotros, más o menos, experimentamos cada día la propia y la ajena estupidez, si no por otra cosa, por relaciones de ataduras; ella es el perejil y también el «cemento», al igual que la hipocresía, de las llamadas «relaciones sociales». La estupidez es omnipresente, infinita como el ser, siendo su negativo: sin ciertas estupideces, el hombre ni siquiera lograría nacer, escribe bromeando Erasmo en el *Elogio*. Esto no obstante, pocos escritores se han ocupado *ex profeso* y, a mi creer y entender, ninguno ha hecho de ella objeto de medi-

tación filosófica. Creo que esto depende del hecho de que la estupidez no hace excepción con ninguno, hiere al hombre en cuanto hombre: es un espejo en el que nadie quiere reflejarse, para evitar verse obligado a dolorosas e incluso envilecedoras confesiones; «espaldas al espejo» es el imperativo de nuestra estupidez radical. De esto es prueba, como escribe el hegeliano Erdmann en una conferencia de 1866 sobre este tema, que, apenas algún temerario da a entender que va a hablar seriamente de la estupidez, casi todos quedan sorprendidos, temerosos y contrariados; recobrados del primer susto, estallan a reír. Evidentemente se disparan los mecanismos de defensa, la cual asume la cara del fastidio por el tema fútil y ligero que casi no vale la pena, o la cara del buen humor, precisamente de quien se siente al seguro pudiendo tomárselo a risa. Esto confirma, escribe Musil[1], el «dominio vergonzoso y aplastante que la estupidez tiene sobre nosotros»; hablar de ella es desafiar «una fuerza psicológica poderosa y profundamente contradictoria».

De la estupidez se puede hablar como estúpidos; entre otras cosas, esto sucede cuando quien habla de ella y quienes escuchan o dialogan presuponen que no son estúpidos, sino inteligentes, convicción que es robusto signo de estupidez. Esto, «el cenáculo de los inteligentes» al abrigo, es el peligro que hay que evitar si se quiere discurrir seria y provechosamente acerca de ella: quien habla de ella y quien de ella oye hablar, como cualquier otro hombre, le están sujetos; sin esta conciencia inicial todo discurso sobre ella es vano y la confirma.

La estupidez, tal y como viene entendida en estas páginas, no tiene nada que ver con las menguas o las deficiencias

---

1 *Sulla stupidità,* en «Carte segrete», núm. 4, 1967, págs. 28-29. El texto de Musil me ha sido prestado para leerlo por cortesía del profesor P. Piovani.

de los subnormales, con los llamados «débiles» mentales, abúlicos, etc.; de este modo de entenderla y de otros semejantes no nos ocupamos; ni siquiera del uso común que se hace del término cuando, en ésta o en aquella circunstancia, gratificamos a alguno o a nosotros mismos con la palabra «estúpido». Se ha de distinguir también de la obtusidad, propia de quien es «romo», «redondo», de ningún modo penetrante: el obtuso sólo ve las apariencias y se contenta, se encierra en ellas sordo a lo demás, a veces sombrío e inerte; también ha de distinguirse de la imbecilidad, de la pasionalidad, etc., aunque puedan tener relaciones con ella. Aquí hablaremos de la estupidez en relación a la inteligencia, como oscurecimiento de la misma [2].

2. LA ESTUPIDEZ COMO NEGACIÓN DE LO QUE «NO VE» O DEL LÍMITE-SIGNO DE LA INTELIGENCIA

Si el límite es el signo de la inteligencia, su olvido, pérdida o desconocimiento es la *estupidez*; perdido el signo, se

[2] La estupidez, en el sentido que damos al término, ha de ser también distinguida de aquel estado de confusión mental que se genera cuando algo (un susto, una noticia imprevista, etc.) ejerce sobre nosotros una acción violenta por la que decimos «haber perdido la cabeza». Por lo tanto, también el pánico, las oleadas emotivas, etc., que también generan actos que comúnmente son llamados «estúpidos», quedan fuera de nuestro tema. Sin embargo, también en el pánico, por ejemplo, hay un oscurecimiento de la inteligencia: el instinto de conservación «ciega» y se va sin saber dónde, acaso al encuentro de la muerte, que podría ser evitada sin el pánico. En todo caso, hay una «reducción» de todo a la conservación de nuestra vida, aunque el precio sea la pérdida de la de otros: la reducción por egoidad hace que para salvar mi vida yo odie a todos; el santo, en cambio, no pierde la luz, obra con inteligencia, salva cuantos más puede, impulsado por la alteridad por amor.

pierde el significado y nada es significante: ¿qué hombre no ha perdido y no pierde ni perderá el «signo»? La estupidez no consiste en «no ver» o en «no comprender» o en ver y comprender poco y mal —todos no vemos todo, aunque se trate de una brizna de hierba o del más tenue sentimiento—, sino en negar o en no reconocer que no podemos ver o comprender todo, ni siquiera de la cosa más pequeña, y, *contemporáneamente,* en negar lo que no se ve ni se comprende; es decir, en no reconocer los límites indeclinables intrínsecos a la condición humana, además de los propios de cada hombre. Por esto, la estupidez no consiste en el acto inherente al sujeto de no ver, sino en el, digamos, objetivo de afirmar que los límites no existen, para concluir que lo que no se ve ni «se comprende», *no existe.* Si cada uno de nosotros en cada circunstancia se atuviera a la norma: «sé consciente de los límites de tu sentir, pensar, conocer, querer y obrar», estaría en el buen camino de una vida inteligente, no privada de perspectivas positivas.

De ello se sigue que la estupidez no se ha de confundir con la «ignorancia», que es el «no saber» o el «no tener ciencia»; más aún, la conciencia de nuestra ignorancia ilimitada es inteligencia madura y vigilante, es «docta» y también «sabia» ignorancia, ya que es «doctrina» profunda el «conocer que no se conoce» y el «saber que no se sabe», y es «sabiduría» auténtica el reconocer tanta ignorancia y obrar en consecuencia respecto a nosotros mismos, a los otros y a Dios: la ignorancia no unida a la estupidez no niega lo que no logra ver ni comprender, antes bien tiene acerca de ello un sagrado respeto y está siempre dispuesta y solícita a dejarse abrir los ojos por quien ve más. La estupidez no puede llamarse ignorancia incluso porque no ve y no comprende porque no quiere, «montada» como está por la *malicia*: «desmontándola», podría ver; y, por otra parte,

no reconoce su ignorancia, de otro modo habría ya entrado en la zona de la inteligencia.

La estupidez tiene una compleja problemática gnoseológica y ética, que en el punto de partida niega el límite y la inteligencia, porque tiene una concepción del ser que es su negación: presupone que *es* solamente lo que es objeto de observación sensible o sensiblemente «representable» o que da «impresiones» y, en cuanto tal, cognoscible y verificable por experiencia sensorial y razón, que a fin de cuentas es el sentido común; y que *no es* lo que, no visible ni tocable, no es calculable ni utilizable; de aquí la identificación del saber con lo experimentable-racionalizable y de esto con lo llamado «escible» humano. De donde procede la inversión: no es el ser el que signa los límites al conocer, sino el conocer al ser: lo que no es cognoscible por esta *vía,* no es; por consiguiente, para el hombre es todo cognoscible: el problema teorético del principio del saber y del logos primero fundante es sustituido por el de los *medios técnicos* del conocer sensible-racional, cuya solución es sólo una «cuestión de tiempo», el que transcurrirá entre lo «cognoscible» y el todo «conocido», donde el «todo», negado el ser, es lo «representable» funcionalizado, *nada (niente).* Esta posición ateorética y meramente gnoseologística de reducción del saber al mínimo de lo sensible calculable comporta la negación «racional» de la inteligencia y del límite, del saber no-sensible, límite de la razón, y su negación práctica o su desconocimiento; opera la «sustitución» de lo inteligible por lo sensible, del principio de la verdad por los medios cognoscitivos que se han de aplicar al segundo; en pocas palabras, reduce lo teorético a un conjunto de instrumentos de ordenación o de sistematización de los datos observados, que a su vez son instrumentos del hacer: esto es el todo esente y cognoscible. A la estupidez le importa, negado el límite, reducirlo todo

a lo que ve y le sirve o a lo representado —mera «representación», perdido el ser—, a su pequeñez y mediocridad, a su «mezquindad insignificante»; perdido el signo, se pone ella misma como signo de todo, y por esto pone todo como la «nada» *(niente)* utilizable.

De aquí su peligrosidad mortal: se afirma y defiende con el autoritarismo que astutamente adopta las armas del servilismo y a la vez de la violencia, del moralismo y del atropello, pronta a destruir a quien sospecha que puede mostrar algún crédito de inteligencia, ya que nada le es más insoportable que el reconocimiento que le hace apechugar con su malicia mezquina. El culto de la diosa razón de los largos cálculos exactos sobre datos empíricos o sobre particulares sustitutivos del ser, forma una sola cosa con el culto de la potencia, de la fuerza, del dominio y de la violencia; es el culto de los Gigantes, dispuestos a construir con siervos y obreros colosales obras materiales: «parecen los reyes del mundo», dice al verlos descender de la montaña con inmenso estrépito un pobre y feliz «desgraciado» (*scalognato*) que vive de sueños; «parece una ola de salvajes», corrige uno de los «actores» que todavía creen en la poesía y en la fantasía, a los que no les queda más que oponer con vehemencia «los sueños, la música, la oración, el amor... todo lo infinito que hay en los hombres», aun previendo que Ilse, la voz del espíritu, será muerta por los siervos de los Gigantes que se niegan a escucharla [3]. Lo material y lo racional, abandonados a sí mismo y a su engranaje en la pérdida de la inteligencia del ser, marchan unidos hacia el nihilismo.

Precisamente su posición negativa frente al pensar y al saber y a la problemática inherente hace a la estupidez «presuntuosa», la coloca en la zona del «ultra cogitare», del

---

[3] Tenemos presente *I Giganti della montagna* de Pirandello.

pensar y querer más allá de los límites del pensamiento y de la voluntad por negación del orden del uno y de la otra, y, por consiguiente, desordenada en el juicio y en la estima: negación no «mística» del pensamiento y de la voluntad; si se quiere, de una mística no hacia lo alto, por la que la negación es la plena afirmación del ser, sino hacia lo bajo, por la que la negación lo es también de la nada *(nulla)* y es concupiscencia de nada *(niente)*. Arrogante en los modos, quiere siempre mucho más de lo que merece, por la presuntuosa opinión que tiene de sí misma; la estupidez tiene su fundamento, no en el pensar, sino en el «ultra cogitare». Esto confirma lo que decíamos más arriba: es ciegamente y, a la vez, astutamente autoritaria: confía sin límites en su prepotencia o en la debilidad de los otros, que es precisamente el otro aspecto de su «ultra cogitare».

Pretenciosa, la estupidez es activista sin descanso, nunca deja de hacer y de decir, pero está privada de inquietudes espirituales, de problemas, de sentimientos; asume cometidos que no le van o la sobrepasan, y presume o pretende realizarlos perfectamente, hacer obras maestras finitas, «clásicas»; incluso cuando yerra, no lo reconoce, protesta y golpea con violencia y con bellaquería vestida de contenido coraje; por esto, es siempre irritante y provocadora. Es «enfática»: sólo le interesa «aparecer», «mostrarse» a los otros en cualquier cosa para atraerse (los medios no cuentan) la «opinión», «representar» diciendo algo más allá del signo y de lo significado; es más, sin tener cuenta de ello, sólo preocupada del tono del decir: fuera del límite, «abusa» de la palabra y de la acción y no frena la imaginación. Todo tiene para ella demasiada y ninguna importancia; toda palabra es extraordinaria y es sólo «voz»: declama y sentencia enmascarando maliciosamente su rostro: su hacerse enfática es la mampara de su ser linfática respecto de

lo humano y pletórica de cosas; da importancia a todas sólo como cosas y por esto las nivela, allanamiento que denuncia la ausencia de valores y la vacación de la reflexión crítica. La estupidez saquea el corazón y la mente de cuantos son «pobres siervos fanáticos de la vida, en que el espíritu no habla», como hace decir Pirandello a Crotone, el jefe de los «desgraciados» *(scalognati).*

Le afluyen artería, astucia y habilidad, todo el arsenal de la malicia para la violencia y el fraude, sus armas de defensa y de ofensa potenciadas por la ausencia de la inteligencia; en efecto, trata de utilizarlo todo, incluso las ideas más profundas y los sentimientos más nobles sin comprenderlos y permaneciendo extraña a ellos, hipócrita, grosera, brutalmente; se pone todos los vestidos y se los quita cuando considera que es más útil ataviarse con otros, lo opuesto de la verdad, que, como advierte Musil, en todas las circunstancias tiene siempre sólo un modesto vestido y conoce un solo camino; y es ésta su irreparable desventaja «práctica». Aquellas armas no tienen nada que ver con la inteligencia que las repele, sino que son todas ellas acaparadas por la «razón» al nivel y al servicio de la estupidez, armería mortífera de quien, en la ausencia de la inteligencia, no dispone de otros armeros [4]. Con su uso sin prejuicios y moralístico a la vez, la estupidez obtiene el éxito y puede permitirse, paternalista y al mismo tiempo triunfalistamente, tachar de estúpido a quien piensa y obra según inteligencia, segura de que la «masa», que sólo ve las cosas «apetecibles» y frecuentemente le es impedido ejercitarse en otras vistas, se alinea de su parte; ella, artera, astuta, maniobrera y «lograda», es la inteligente. La inteligencia es humillada y aplas-

[4] Esto no excluye que pueda adoptarlas también la inteligencia; pero, en tal caso, su puesta en obra adquiere un sentido diverso.

tada por el clamor de su falta de éxito y por la prepotencia triunfante: el duelo entre el tribunal de Atenas y Sócrates, entre el sanedrín y Cristo, puede ser visto como duelo entre la estupidez y la inteligencia; y se repite cada día en cada hombre.

En cierto sentido, la estupidez es la caída del hombre a nivel pura y solamente animal-racional, y por esto es la forma más compleja y contradictoria de irracionalidad hasta el absurdo. El animal está privado de inteligencia, pero no de «cálculo» exacto e infalible según el mecanicismo de sus instintos; como es sabido, frecuentemente bate al hombre en artería, astucia, capacidad maniobrera, etc.; pero, careciendo de pensamiento y de conciencia, sus cálculos no son racionales en sentido propio, aunque tienen la misma exactitud e incluso más que los que son productos de la razón. El hombre, cuyos instrumentos racionales son más desarrollados y complejos, incluso porque ha tenido que sobrevivir en lucha con la naturaleza, y además conscientes, cuando los instintos animales y humanos toman la delantera y lo manipulan hasta oscurecerle la inteligencia, pone la razón a su servicio y sumisión. En efecto, no ha perdido la razón, sino la «luz» de la razón, la inteligencia del ser; la razón está «a oscuras», pero el «instrumento» continúa funcionando, calculando, maniobrando para satisfacer los instintos: el «animal racional» es mitad «león» y mitad «zorro». Más elevado que los otros —el desapego es cualitativo—, cuando el hombre cae por debajo de sí mismo o pretende subir por encima, dos maneras de negar o de rechazar la medida del ser y con ella la inteligencia, es decir, cuando «sale fuera de sí», llega a ser el animal más peligroso y toca el fondo precisamente por el ejercicio de la razón: cuanto de más alto cae más se hunde, y se hunde en la lúcida «locura» del lúcido cálculo, del delirio racional, que puede asumir diversas

formas, delirio de la sensualidad, del poder, del éxito, etc., es decir, de sus instintos, posibilidades y capacidades corrompidas y pervertidas. La estupidez entendida como carencia del límite que es el signo de la inteligencia, no es una enfermedad mental (no sería asunto de nuestra competencia), pero sí la más peligrosa «enfermedad» de la mente, de la voluntad y de los sentimientos. Por tanto, es verdad, como sigue observando Musil[5], que «allí» donde son de casa el juicio y la razón», hay incluso estupidez —no en el sentido de que la razón la engendre o, como afirma Musil mismo, sea su «hermana»—, pero no basta la sola razón; hay estupidez porque hay también inteligencia, sin la que faltaría el límite, el signo. Por esto, como hemos dicho, sólo el hombre es estúpido, porque sólo el hombre, inteligente, corre el riesgo del oscurecimiento de la inteligencia; y sólo el hombre es irrazonable, y lo es siempre que no es «sabio»; y la sabiduría no es sólo racional.

¿Pero por qué el hombre, cada uno de nosotros, al menos tres veces antes de que cante el gallo, se comporta y vive como estúpido, y hay «sistemas» o «concepciones» de la vida que se presentan como construcciones o teorizaciones de la estupidez? Responder de un modo exahustivo a esta pregunta es resolver el problema del mal, que es filosófico, pero cuya solución es teológica. Decir que hay estupidez por «defecto» del espíritu, de inteligencia, causado por inercia, por mala voluntad, etc., hasta por necesidad impuesta, es replantear el problema del mal, su presencia. Podemos decir que hay estupidez permanente cuando sentimientos, razón y voluntad no se han ejercitado o robustecido, o no han podido por la estupidez de los otros, según el principio de la dialéctica de los límites, guiar los instintos animales y humanos, impi-

[5] *Ob. cit.*, pág. 28.

diendo su corrupción, hasta que se eleven a su justo fin. La estupidez nace de la «debilidad» de los sentimientos o «imbecilidad sentimental»[6]; de la debilidad de la razón o «imbecilidad racional», de la voluntad o «imbecilidad volitiva»; débiles porque no están suficientemente empeñados en el ejercicio, se dejan trajinar, se someten y se corrompen también ellos. Por esto somos responsables, cualesquiera que sean los atenuantes, y por cierto en medida muy diversa, de ser «imbéciles» en uno de estos sectores o en todos, responsables de nuestra estupidez —precisamente porque todos somos ontológicamente «inteligentes»— y de sus consecuencias, a veces mortíferas y perturbadoras. En efecto, la estupidez, perdido el límite, es capaz de cualquier estupidez y nada la detiene; su prueba maestra la hace en la negación de Dios con el arma, típica del estúpido, de ridiculizarlo y de ridiculizar a quien en él cree: el Cristo ridiculizado es la obra maestra de la estupidez, y se repite, es contemporánea, en la conciencia y en la acción de cada hombre. No nacemos estúpidos —pero desde el nacimiento hasta la muerte la estupidez está al acecho en cada uno de nosotros, es nuestra permanente tentación—; ni llegamos a serlo por casualidad o solamente por circunstancias desafortunadas; estúpidos, más allá de la necesidad que a veces puede constreñirnos, queremos serlo y lo somos todas las veces que sobrepasamos el límite, rechazamos el límite para ser sólo maliciosos con la convicción de que, dejando a un lado los límites, comenzamos a dar prueba de inteligencia.

La estupidez se puede vencer, y muchas veces la vencemos, haciéndonos presentes a nosotros mismos, a nuestra condición humana, a nuestro ser, que es por y con sus lí-

---

[6] No hablo, como ya he dicho, de la imbecilidad congénita, que no atañe a nuestro asunto.

mites; no vencerla, con varios grados, sigue siendo nuestra responsabilidad, la de no tornar a nosotros mismos, la de no tener el valor y la fuerza de cambiar el falso e ilusorio conocimiento de nosotros por el verdadero, porque nos da «vergüenza» volver atrás, como si declarásemos nuestro fracaso; y, en cambio, venciéndola, volvemos a entrar en la justa administración de nuestras capacidades y energías, en la «economía» o en la «ley de la casa», nuestro ser según el orden del ser, el mismo de la inteligencia. Pero no es fácil, cuando por tanto tiempo hemos sido estúpidos pretenciosos, pareciendo inteligentísimos, volver a ser modestamente inteligentes y no estúpidos a los ojos de la comitiva que, vituperando, se aleja en busca de un nuevo espectáculo que aplaudir. La *metanoia,* sin embargo, puede venir en cualquier momento y no depende de ser más o menos inteligentes en el sentido corriente del término, y menos aún de estar adoctrinados; depende de dejar de hacer el artero y el astuto, el pretencioso, y de volverse a proponer un uso más razonable e inteligente de la razón y de todos los otros poderes. Tan pronto como un estúpido admite su estupidez, se rinde a la luz de la inteligencia, se ha reconquistado a sí mismo como hombre, todas sus dimensiones humanas: el ser lo ilumina y calienta, lo carga de todas las responsabilidades; la inteligencia no le permite ser superficial y enfático, precisamente porque está curado de la anemia de los sentimientos y de la voluntad. El estúpido convertido a la inteligencia es como si renaciera, como si se conociera a sí mismo y «viera» a los otros y a cada cosa por vez primera; en efecto, ve con ojos nuevos y no niega lo que no ve ni comprende. Podrá decir: «qué estúpido era cuando era muñeco»: su nariz no se alarga más a cada mentira con serio peligro de los otros y de sí mismo.

3. EL MÉTODO DE LA «REDUCCIÓN A» Y LA «EGOIDAD POR ODIO». «PIEDAD» E IMPIEDAD

La estupidez carece de principios; sólo tiene un método, el *método de la reducción a,* que niega el principio dialéctico o del «ser en relación a» y con él la dialéctica de los límites. Su método reductivo es inexorable e «impío»: «reduce a» lo que ve y comprende todo lo que no ve ni comprende, reducción que tiene varias formas o grados, siendo uno la coherencia del otro: de la asimilación de lo no visto y no comprendido a lo visto y comprendido, del empobrecimiento, de la desnaturalización hasta su negación, a la «reducción-a-nada» *(niente)* que anula incluso lo visto y lo comprendido. Por esto la estupidez, enemiga declarada de la dialéctica, es *adialéctica*: toda alteridad, toda «oposición» —y pensar es oponer y poner en relación a otro— deben cesar hasta la nivelación perfecta como exige la negación del límite y, con el límite, del ser de todo ente: oscurecimiento de lo creado, la oscuridad por pérdida del ser, el *nihilismo.* El método de la «reducción a» se configura también como *método de la sustitución*: del método mismo al principio, de las técnicas al método, del hacer al ser, de lo facticio al hecho; de una virtud a otra —al amor de Dios el amor al mundo, al amor del mundo el apego a las cosas, etc. La sustitución procede por negaciones sucesivas del ser de lo que se sustituye hasta precisamente llegar al nihilismo y a la adialecticidad, muerte de todo discurso en cuanto tal con el fin, precisamente de la malicia cegada, de eliminar el principio dialéctico y toda posibilidad de dialéctica: adormecido el pensamiento, no pueden explotar —ilusión— las contradicciones internas al «sistema» de la estupidez, que puede pacifista y humanitariamente expansionarse y dominar.

El método de la reducción-sustitución procede por nivelación-fagocitosis: reducción del individuo singular a las otras entidades reducidas a lo «colectivo» reducido a su vez al individuo singular-parte de ello inseparable y, por esto, no ya «yo», ni lo colectivo lo «otro», sino «cosa»; reducción del hombre a la naturaleza y de ésta al hombre: fin último del hombre es la naturaleza y, por esto, negación del hombre mismo como lo otro de la naturaleza, la cual, por ello mismo, es el dominio por manumitir para el fin del animal-racional, y, por consiguiente, negación de la naturaleza como lo otro del hombre; reducción de Dios al hombre-naturaleza y de éste a Dios naturalizado y, por esto, negación del hombre como lo otro de Dios y de Dios como lo otro del hombre y de la naturaleza: negación de cualquier alteridad, reducción de todo sustituyendo y anulando, como sucede también a Hegel, filósofo del Absoluto, al que, sin embargo, lo pierde en el camino de la prevaricación del método reductivo respecto del principio dialéctico. Este método, en el rechazo de todo principio, es la tentación que acompaña al hombre, la que le hace negar o rechazar el «existir de confín» que no soporta, de donde su naufragio en el mundo —en la naturaleza, en la historia, en la sociedad, etc.—, su «reducción a lo finito» sensible-racional por identificación inmediata con las cosas o por ensimismamiento según el cálculo, dos modos de no sobrepasar el plano de lo empírico (lo empírico inmediato y «bebido» y lo empírico calculado para disfrute material-racional); o en Dios, que es naufragio de Dios mismo en el mundo. Y estamos en la nivelación perseguida por la estupidez. En el momento que nivela, ella absolutiza: perdida la inteligencia del ser y con ella el límite, puede absolutizarlo todo, aun la cosa más fútil sin darle valor por esto; es más, la envilece como envilece el todo que a ella reduce y niega.

En el oscurecimiento de la inteligencia, lo económico o lo social, lo técnico o lo científico, lo artístico o lo moral, el coche o el supermercado, el partido o la masa, lo que se quiera, incluso un caballo o un insecto, puede ser «elevado» al todo a ello reducido, depauperado, anulado; de ello se sigue que lo que es elevado al todo, *ipso facto*, es reducido a nada *(niente)* y a la nada *(niente)* de sí mismo: mera representación para un momento de rumorosa popularidad, vuelve a entrar en la nada *(niente)* como las sombras. En efecto, oscurecido el ser, no hay juicio sobre el ser de los entes, sino sólo lo que convencionalmente, nominalísticamente llamamos «cosas» sensibles y consumibles: cesa el ser de todo ente «en relación a» y se produce la «reducción» de toda cosa, según las circunstancias, a una cosa, a su vez condenada a la misma suerte, y todas son sustituibles; en efecto, la «reducción» es intercambiable a comodidad: aparecer y desaparecer de insignificantes fantasmas por un juego oculto de «sugestión» que, como conviene a la estupidez, está privado de humorismo, que nace de la conciencia del límite, y denso de fanatismo. Así sucede cuando se eleva un método a principio y se hace de él un puro instrumento de dominio como fin de sí mismo, es decir, una vía sin meta: los hombres se igualan «a los errantes y vagabundos que no tienen ningún puesto en la vida» [7].

El método de la «reducción a» es la «base» privada de «fundamento» de la *egoidad por odio*, sustitutiva de la alteridad por amor y coincidente con la corrupción del hombre. Vacía de principios y armada de este método, en el oscurecimiento del ser y de la verdad, la estupidez avanza implacable e insaciable, impía y despiadada, como la mala suerte, la μοῖρα que se asienta en sus rodillas, ávida de llenar su

[7] Petrarca, *Contro un medico*, l. II, cap. XVII B.

vacío, que todo lo engulle privándolo de significado. La egoidad por odio todo lo odia: el ser y los seres, la verdad y las verdades, el bien y los bienes; odia las cosas, a los otros, a Dios: su método elevado a principio es sólo el reducir, el anular, y para ella todo es nada *(niente)*, insignificante; el ser y lo significado son, en efecto, los enemigos irreductibles de la estupidez, siendo el significado de un ente su verdad y su bien o su ser, como tal «en relación a» y, por esto, cada uno irreducible, signado por el límite. El *ego* estúpido se llena sólo de sí, y nadie está más vacío que quien se llena sólo de sí mismo; no se hace el ser que es, sino, en la pérdida del ser, la representación de sí y el representante de todo, «máscara».

La inteligencia por el vínculo dialéctico de nudos ontológicos hace existir a cada hombre «en relación a» sin «reducirlo» a otro y sin que él reduzca ninguna cosa a sí mismo o se sustituya a ella excluyéndola, que es negarle el ser, y reconoce a todas o las ama en su ser; la estupidez, en cambio, que procede según el método de la reducción en la ausencia de todo principio y del ser, viene a identificarse con la *impiedad*, con la ausencia de la *pietas* o con la falta de «respeto» hacia cualquier ente o cosa. Perdido el ser, los valores se licúan, no significan: el ser no es un valor ni el valor de los valores —reducir el ser a un valor o al Valor fundante es perderlo y perder los valores—, pero todos los valores son tales por el ser, son porque el ser es; el ser los hace valores, es el que da valor a todos sin que ningún valor o todos «añadan» nada al ser que a todos los contiene. Dios[8] crea los valores en el momento mismo que crea al

8 Dios no es el Valor precisamente porque es el Ser; cuando decimos que Él es el Bien «absoluto» o la Belleza «absoluta» o la Justicia «absoluta» no hacemos más que referirnos siempre a su Ser, y en efecto decimos «en absoluto», en modo «eminente», es decir, diverso de cuando hablamos del bien y de la belleza como valores.

hombre ser inteligente por la luz del que le da y en la que todos los valores son y, oscureciéndose la cual, ya no se ven; y son infinitos en cuanto participan de la infinitud del ser, «fuera» del cual no son ni siquiera como finitos: o son y son en el y por el ser, o no son, se deshacen en los «particulares», en la nada *(niente)*. Y la estupidez, que pierde o rechaza el ser, no puede ver y entender ningún valor, no reconoce ninguno de ellos, los niega a todos como valores: es inexorablemente «nominalista» porque es nihilista. Su posición no puede ser más que la impiedad.

En efecto, la *pietas*, además de respeto, es «obsequio» y el uno y el otro no sólo exteriores, sino «sentidos», aunque los valores a que van dirigidos son comprendidos a nivel mínimo: lo que cuenta es elevarse al nivel de la comprensión de que son valores que hay que respetar y que hay que revelar con nuestra «sensibilidad», cualquiera que sea el grado de ella, de modo que se les haga vivir en nuestro «espacio espiritual» para educarnos o formar nuestra personalidad. Por consiguiente, *pietas* es también «veneración», y todos los valores, por lo que son, son «venerandos», incluso por la «antigüedad», que coincide con la creación del primer hombre y, por esto, son también «memoria» de Dios y del vínculo creatural que con Dios une a la criatura inteligente; «relieve» que explica por qué los valores y las obras que los revelan «se ven» siempre por primera vez, pero precisamente por esto se han visto siempre, y lo que se ve siempre y por siempre no puede dejar de verse siempre por primera vez, visión «originaria» aun a la milésima, que nos da un ahondamiento gradual y jamás agotable de ellos, una comprensión que lanza a otra ulterior hacia el entendimiento que nunca es exhaustivo. No por nada todo valor participa del ser en su extensión infinita, objeto de la inteligencia, lo «divino» de Dios en el hombre.

La veneración jamás está separada del «afecto», connatural a la *pietas*, ya que el reconocimiento objetivo es, por esencia, acto de amor; por esto la *pietas* es también la «justicia» con que cada hombre gobierna su vida y, en los límites del puesto que ocupa, contribuye para el bien común al gobierno que los otros hacen de la propia [9]. La *pietas* es, además, «benignidad» y «gentileza» de ánimo, y no es todo esto sin «discreción», que es propia del amor y de la justicia. Ni hay *pietas* sin obras y prácticas que, si es verdadera, jamás son actos solamente exteriores y son siempre acompañados de diligencia, celo y fervor. La *pietas* es esencialmente un sentimiento religioso, pero ella se ejercita —y quien es religioso en el corazón y en la mente no puede no hacerlo— hacia las cosas y nuestros semejantes; en su plenitud es cultura y civilización, educación del hombre: «si no se es piadoso, no se puede ser de verdad sabio», como dice Vico.

La estupidez es la negación de la *pietas* en todos los sentidos: irrepestuosa, injusta, maligna, indiscreta, profanadora; es impía, como decíamos, y «pérfida» en cuanto «atenta» al ser de toda cosa con la negación incluso violenta, la insidia y la traición: no respeta nada ni a nadie. Su odio, a medida que ofende los valores y los niega, que procede por sustituciones groseras, profanadoras y adialécticas, enmascara las destrucciones y las presenta como grandes conquistas de la humanidad madura, que se va liberando de mitos y tabús; su *slogan* es la «emancipación», la «liberación» de esto y de aquello, y hace tabla rasa de los valores; cuanto más destruye más se cubre de humanitarismo, de pacifismo, de cosmopolitismo; denuncia el autoritarismo para abatir toda autoridad que se opone a su dominio soberano y sólo

---

9 Como es sabido, la *pietas* indica también la justicia con que Dios gobierna los hechos humanos.

autoritario; cuanto más anula el pasado y el presente más habla del porvenir mejor: todo ello dicho en tono inspirado y profético, máscara de la falsedad.

La estupidez es la anticultura que mira a una meta: la destrucción de la cultura de modo que se «culturalice» a todos anónimamente a nivel mínimo con *slogans* prefabricados y repetidos sin pensar, y el sueño sin despertar del pensamiento es su ensueño. Su «praxis», en efecto, como advierte Erdmann, es la «rudeza» de mente y de corazón: trata de «civilizarlos» *(incivilirli)* al máximo, de modo que se extinga todo hábito «civil», otro enemigo, porque le impide eludir las leyes o deformarlas o violarlas como es propio del civilizado incivil, del animal-racional ininteligente. La estupidez no puede respetar ni principios ni leyes porque le falta la medida de la inteligencia [10].

4. EL πρόσωπον Y LA ὑπόστασις

La estupidez se siente siempre amenazada por la inteligencia, la enemiga irreducible, que se le para delante y la desconcierta; no soporta tener enfrente lo que no ve ni comprende, peligro que la preocupa, presencia que la ofende. Por esto trata de apagar la inteligencia, que frente a la estupidez está desarmada, estando armada solamente con la verdad y el amor; está en posición de debilidad respecto a la otra, la más fuerte, pronta a «legitimar» el uso de la fuerza, a poner en acción los subproductos de la razón y

---

[10] Para un amplio tratamiento de los temas «cultura» y «anticultura» y «civilización» *(civiltà)* e «incivilización» *(incivilimento)*, véanse nuestros volúmenes *Gli arieti contro la verticale* y *La Chiesa e la civiltà moderna*, Milán, Marzorati, 1969.

todas las coartadas, sobre todo la de fingir que asume la valiente defensa de lo que no ve, no comprende y odia. Y así la estupidez se dispone en orden de batalla «en nombre» de la verdad, de la libertad, de la justicia, de la religión, etc.; y no le cuesta nada, ya que para ella son *nombres*, los vestidos de circunstancia, y se gana el poder continuar despiadadamente persiguiéndolos con la divisa de ocasión que esconde al verdugo. Pero el mismo poderoso arsenal de armas de defensa y ofensa que está obligada a sacar al campo —la señal de una cabeza pensante hace sonar todas las calabazas— le advierte que la inteligencia, el enemigo desarmado, es un peligro permanente que puede dar una explosión a repetición; le turba y desorienta el verse afrontada, ella tan armada, a cara descubierta; le irrita hasta la contorsión la resistencia que le ofrece, la claridad, la dignidad, la modestia, la firmeza y la discreción con que se le ofrece. Es cierto que la prudencia es una virtud de la inteligencia, pero ésta no se sirve de ella «sutilmente» para esconderse, y menos todavía como coartada para no confesar que ha cedido, que se ha vendido, sino como auxilio a su valor y a su firmeza. El inteligente no acepta la posición equívoca e ininteligente sólo por astuta, porque es sabio esconder su sabiduría para no hacer sospechar o irritar al poderoso estúpido, aunque no le resultaría difícil parecer estúpido, hacerse más astuto que el estúpido en el momento en que finge «pensar» como él; pero el inteligente que no es capaz de soportar el «peso» de su inteligencia y la traiciona o cambalachea se ha convertido ya a la estupidez. Por esto, fiel a sí mismo, se encuentra siempre al descubierto, expuesto a todas las insidias y a todas las ofensas: su destino es casi siempre el martirio en sus formas más diversas, a veces inaparentes.

Así se encuentran de frente el πρόσωπον con su estupidez armada de todo punto y la ὑπόστασις con su inteligencia

desarmada y con toda su responsabilidad, la de ser ella la «sal», que no puede hacerse «necia» sin hacer insípida a la humanidad y a todo su acontecer histórico.

Πρόσωπον es «máscara» y «persona»: para los griegos la «individualidad» es el vestido, la apariencia de una entidad o substancia impersonal o ὑπόστασις; de aquí el mismo vocablo para indicar «máscara» y «persona», una vez que lo que es personal o individual es apariencia, destinada a desvanecerse o a cesar, de la impersonal entidad substancial. En el griego neotestamentario, en cambio, la ὑπόστασις es substancia o entidad personalizada, es el «ser personal», mientras que el πρόσωπον es sólo la «apariencia exterior» o la ὑπόστασις que se reduce a tal [11]. Es estúpido quien, en vez de hacerse el ser que es, reduce su persona a un πρόσωπον, a una máscara para la «representación» en un mundo que es sólo «espectáculo»; el inteligente es y se hace su ser personal (ὑπόστασις) y se dice a sí mismo: «soy yo» irreducible al otro irreducible a mí; para la ὑπόστασις vale el principio de la dialéctica de los límites y la alteridad por amor; para el hombre que se hace sólo πρόσωπον, vale el método de la «reducción a» y la egoidad por odio. De aquí el conflicto, insanable por parte del πρόσωπον: la ὑπόστασις se propone la paz a través de la obra de amor para recuperarlo respecto a su inteligencia, restituirlo a persona, caída la máscara; el otro trata impíamente de someterlo, de reducirlo a máscara de su carro de carnaval, o a suprimirlo. En esta confrontación entre la piedad y la impiedad pasa la historia humana, del bien y del mal, hecha de caridad y de odio, de verdad y de mentira, de salvación y de perdición; la historia del πρόσωπον que maneja el método de la «reduc-

---

[11] El Cristianismo, *personalizando* el ser con el principio de creación, ha fundado a la persona, ha revelado al hombre su verdadero ser.

ción a» y desencadena la nulificante egoidad por odio, y de la ὑπόστασις que pone en movimiento la dialéctica de los límites y desencadena la alteridad por amor.

El πρόσωπον es un «rostro», una «faz» que está «con arrogancia» y ordena que se «venga a su presencia», «delante»; la ὑπόστασις, que se presenta solamente, es una presencia entera, su «ser» con su espíritu de inteligencia. Están de frente: la máscara toda ella en la apariencia exterior hinchada por los humores en alza de la avidez que, cegada la inteligencia, le soplan dentro y le afilan la cuchilla de la razón a fin de que corte neta y exactamente en los cálculos, una «persona» en el sentido gramatical; y la persona en el sentido substancial, un rostro que dice todo su ser, cuyas «apariencias» significantes son la transparencia de todo el ser que es y se ha hecho, y es «perseverancia», «constancia», «sólida confianza», sentidos todos ellos neotestamentarios de ὑπόστασις, que marcan el abismo moral que la separa del πρόσωπον, del hombre que se reduce a la «quanta species» de la fábula.

El πρόσωπον quiere aparecer προσωποποιΐα, la «personificación» de todo; la ὑπόστασις sólo quiere ser lo que es con la inteligencia de sus límites: no se siente personificación de nada, pero, precisamente por esto, está en condiciones de desencadenar sin parecerlo una voluntad capaz de cosas extraordinarias; el primero quiere parecer la «representación» parlante de sí y de toda cosa y por esto enseña y amonesta, conmueve, atemoriza, aterroriza, προσωποποιΐα hinchada de presumida gravedad solemne; la otra sólo quiere ser: silenciosa, pero perseverante, sólida, confiada. El πρόσωπον «reduce» todo a su prosopografía o a la descripción de su figura, obsesionado por el éxito, por la genuflexión al menos de los contemporáneos si no de la historia, pero para acertar del todo es previsión dejar una máscara

bien falsificada para el aplauso de la posteridad que no puede faltar. Por esto, en toda circunstancia, todas iguales para él y todas buenas respecto a su fin, aun las más sagradas, avanza con una bandada de προσωποποιοί, de «fabricantes de máscaras», *fotorreporters*, periodistas, turba televisiva, a su servicio habiendo obtenido el ticket de entrada al comedero. Y la estupidez es contagiosísima: máscaras, de esto y de aquello, de políticos, escritores, filósofos, científicos y técnicos, de deportistas, cantantes y juglares, de cualquiera constreñido a la representación, todos ellos divos, aunque sólo sea por un minuto como el enamorado sin esperanza, nombres que van y nombres que vienen, *flatus vocis* que se acosan, se amontonan y se pelean. La fábrica más grande del mundo es ésta de las máscaras y magnífico y rentable oficio es el del προσωποποιός, el oficio de todos: yo te fabrico la máscara a ti y tú a mí, y la demanda supera siempre la oferta; pero ninguno se halla jamás saciado de la propia insuficientemente reductiva de las otras a la suya —el *flatus* exige otro *flatus* o «favor» para un mayor *flatus* o fausto o altivez; y se odian con encantadora regularidad. Cegado en la inteligencia, el πρόσωπον se considera siempre el más inteligente de todos; astuto, hace que los otros, los *clientes*, digan que es el inteligentísimo: en el intercambio frenético de etiquetas se encuentran todos con la máxima decoración, nivelados; y nada nivela y desgarra más que el vacío. La ὑπόστασις, entre tanta algazara, no se descompone: «se recoge» aparte y «ve», no las máscaras, sino lo que hay debajo y «piensa» cómo restituirles a su verdad humana, cómo desnudarlas de la miseria reflexionando incluso sobre la propia y cómo liberarse de ella; aparte, firme, en espera de la irrisión, del vilipendio, del olvido del mundo, de la muerte. Desde luego, ¡porque la santa inteligencia vuelve furiosa a la estupidez! Esto en todo tiempo y lugar, el

martirio silencioso y operante de la inteligencia; el duelo —entre hombres, pero también siempre presente en cada hombre, al menos como tentación, porque es fuerte la seducción de hacerse πρόσωπον— entre el autoritarismo vacío imperante en las formas más diversas e incluso aparentemente opuestas y la autoridad plena pisoteada, entre la «máscara» y la «persona»; el duelo entre Filodoxo, el *amator gloriae, qui famam venatur,* y que exige una que no cueste sacrificio y sin virtud, y Símbolo que le pone de relieve —así Erasmo en los *Colloquia*— que el virtuoso no aspira a la fama ni teme la envidia, sino que, «portador de fuego», «arde también en medio de las aguas».

Hoy, potenciado por los llamados «medios audiovisuales», hay un nuevo tipo de estúpido, en el que los títulos y los apelativos, las credenciales con que se decora la estupidez de siempre adquieren vitalidad nueva, explosiva: el estúpido que habla como *masa.* Su estupidez se carga al máximo, se exalta, delira: poder decir «Nosotos» en vez de «yo», un «Nosotros» amasado de muchos «yo» y no ya «yo», porque no es cada uno y es la masa, la cantidad como tal, su peso macizo —lo opuesto negativo no sólo de la comunidad sino también de pueblo—; poder decir «Nosotros», y su Soberanía, inspirada, profética, porvenirista, avanzadísima, privada de pudor y de «cultura» y cargada de rudeza organizada, motorizada, civilizada, desterrado todo orden y medida y por esto todo juicio verdadero y toda valoración moral, en el desierto del pensamiento y de la libertad, desencadena su rulo de estupidez, siendo su fin nivelar, por debajo de la depresión espiritual, las llamadas relaciones «sociales» y no ya humanas. «La mayoría vitalística —precisamente como el individuo megalómano en sus alucinaciones— no sólo cree detentar el monopolio de la sabiduría, sino también el de la virtud, y se considera corajuda, noble, invencible, piadosa

y buena; y... entre los hombres hay una propensión en particular, la de permitirse, cuando se presentan en masas, todo lo que les es prohibido como individuos. Estos privilegios de un 'Nosotros' venido a ser grande producen cada día la impresión de que la cada vez más creciente civilización y domesticación del individuo singular es compensada por la barbarización que aumenta en la misma proporción en las Naciones, Estados, grupos ideológicos...» [12]. Y tanto estrago de cultura y de civilización, de valores, en nombre de la prefabricada «sociedad de libres», en donde prevarica la arbitrariedad de los egoísmos más toscos y al mismo tiempo más calculados y calculadores: el odio desencadenado por la sustitución, por la reducción de todo a nada *(niente).*

5. SER A LA ALTURA DE LA INTELIGENCIA NO OBSTANTE EL «AS» DE LA ESTUPIDEZ

Es tentación de cada hombre reducirse a estúpido, porque la estupidez es apreciada y bien remunerada: si un «ingenio» «se porta bien», se hace digno de privilegios y premios. La estupidez autoritaria y corruptora ha ganado a costa de la corrupción de los poderes de que el hombre dispone: toda vez que esto sucede, y hoy es casi una endemia, otra energía espiritual se ha agotado, otra luz se ha apagado. En el cotejo con la estupidez, la inteligencia o se oscurece o resiste a cualquier costa; resistir cuesta mucho. Pero no importa el coste, cualquiera que sea: ser llamada, precisamente ella, impertinente y presuntuosa, pérfida y corruptora, y ni siquiera que el *homo erectus* sufra violencia y muerte,

---

[12] Musil, *ob. cit.*, pág. 34.

ni importa que, resistiendo por el momento, no le amenace su seguridad y el avance galopante; lo que cuenta es que ella, con su sola presencia en posición erecta, «platónica», se ponga con su autoridad vilipendiada frente a la presuntuosidad autoritaria de la estupidez: su honor es testimoniar, deshonor de la estupidez triunfante; su eficacia es turbar, inquietar espiritualmente, sembrar fermentos, remordimientos, pesadumbres. La estupidez continuará su marcha y no desistirá mientras no haya oscurecido del todo a la inteligencia, a fin de que se haga completa estupidez, ya que sólo en la ausencia de los límites, insignificancia de todo, puede hacer aparecer significantísima e «histórica» cualquier trivialidad diaria y ascenderla a visión universal: «los hombres de mente corta», escribe Aristóteles, «de cada evento particular determinan máximas generales de vida». Pero la inteligencia, aun cuando conoce períodos de extenso oscurecimiento y la oscuridad es densa, tiene siempre un testimonio, y una nueva alba, largo y fatigoso parto de la noche, puede siempre despuntar: un faro da más luz que mil faroles ahumados. «¿Qué proporción hay de uno a mil? Y sin embargo, es proverbio vulgarizado que un solo hombre aecha por mil, donde mil no aechan por uno solo. Tal diferencia depende de las habilidades diversas de los intelectos, lo que yo reduzco a ser o no ser filósofo: puesto que la filosofía, como alimento propio de los que pueden nutrirse de ella, los separa, en efecto, del común ser del vulgo, en grado más o menos digno, habida cuenta de la variedad de tal nutrición. Quien mira más alto, se diferencia más altamente...» [13].

Hoy los medios de comunicación son rapidísimos y su radio de difusión abraza a la humanidad, progreso técnico

[13] Galileo, *Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo*, Carta dedicatoria.

EMBAJADA DE ESPAÑA

que difícilmente la inteligencia llega a disfrutar y que es presa codiciada de la estupidez en nombre del «Nosotros». Y así ella, fuerte a costa de los medios y la organización espectacular de que dispone, lograra a costa del debilitamiento progresivo de las mentes y de la voluntad provocado por la confusa y convulsa vida moderna, es decir, por la estupidez misma, puede difundirse desmesuradamente y llegar a ser pavorosamente contagiosa, puede dirigir en la dirección que le conviene las cargas y las descargas de emotividad, las opiniones prefabricadas por ella misma y después hechas valer como «opinión pública». Y así la estupidez de una persona o de un grupo, si conviene ponerla en propaganda, puede llegar a ser estupidez permanente y casi constitucional de una sociedad o incluso de la humanidad; taras o enfermedades o anomalías o cualquier otra cosa de algunos individuos, si se difunden artificiosamente como exigen ciertos intereses, y dado el desorden mental y la carencia de la conciencia moral, pueden producir de golpe la provechosa e industrializada «imitación social» del vicio y de la anormalidad.

Éstas son cartas de la estupidez, no su «as» —el jugado siempre por los tahúres de la historia, y el truco se logra, y ay de quien diga que la carta es falsa—; es otro de sus productos de lograda factura y, por lo demás, la estupidez no dispone de un espejuelo más eficaz. Y el as es éste: la felicidad del hombre, sólo cuestión de tiempo cada vez más progresivo, está en esta tierra, en este mundo, al alcance de la mano si se hace todavía un pequeño esfuerzo. Hoy, la humanidad es sin piedad y brutalmente bombardeada, puesta en continuo estado de guerra, que no se para en golpes, por este slogam confeccionado con los ingredientes que se añaden a nuestro tiempo, es decir, al presente momento histórico de la estupidez: cuanto más el dios Consu-

mo, «hormonizado» por los potentísimos medios de comunicación de masas, se aparea orgiásticamente con la diosa Producción, «ovulizada» por la tecnología, más próximo está el siglo del hombre feliz a base de felicísima felicidad secularizada, igual a la cantidad ilimitada de productos, todos ellos artificiales y falsos, y a la avidez, estimulada sin descanso, de consumirlos. De aquí la «reducción» de todo a este tipo de felicidad, la única digna del hombre y que sólo puede asegurarle la potencia de la industria y de la técnica; el odio contra la naturaleza, su genuinidad y sus bellezas; contra todo principio o valor que no se deja falsear a escala industrial para copiosa producción y consumo de masas; el odio radical contra la inteligencia, esa resistente aguafiestas, que es orden y verdad, claridad y riqueza interior, autenticidad de sentimientos, dignidad y libertad; el odio contra la persona que no se deja anonadar en lo colectivo o en el conexivo social, «persuadida» de que es sólo para y en él; contra el pensamiento crítico y la fantasía creadora, demiurgos de la verdadera cultura, contra el buen sentido y también contra la ciencia si no es productiva y rentable y quiere «especular», si no se pone al servicio de la potencia económica, política y militar. Éste es el programa que la estupidez se propone realizar «científicamente», de modo que no sobreviva un solo «supersticioso» que pierda todavía el tiempo preguntándose cuál es el sentido de todo esto. Y ella, para lograr «reducir» a la humanidad a creer en este «*optimum* de felicidad», no dispone de otra vía que no sea la de oscurecer la inteligencia, adormecerla con medios violentos o más dulcemente, engañosa violencia, con el hipnótico del bienestar técnico-industrial, de la «socialidad» a nivel de «relaciones sociales», de «prestigio» medido por los consumos o de cuanto se puede tener de modo que el odio de todos contra todos y todo estalle en cadena por nada *(niente)*,

descarga en el vacío que hará que todo en este mundo esté bien.

6. LA «TENTACIÓN» DE LA INTELIGENCIA Y LA NECESIDAD DEL «ATRAVESAMIENTO»

Pero es precisamente en este punto, cuando el baile de máscaras se hace frenético y el vacío de ser engulle y anonada, cuando la ὑπόστασις se «problematiza»: ¿hay que retirarse y dejar que la fiesta se consuma hasta las cenizas, o ponerse al descubierto?

La primera posibilidad es una tentación casi irresistible; elegirla es la caída, el oscurecimiento al revés de la inteligencia, pero con resultado idéntico: la ὑπόστασις se hace πρόσωπον de sí misma, desconoce el ser de quien se ha hecho máscara o estúpido, lo «reduce» a nada *(niente)*, sigue el mismo método de la anonadación, se hace impía para el prevalecer de la egoidad por odio a la alteridad por amor. No tiene en cuenta, vencida por la soberbia y por la «devoción» a su pedestal, que la «masa» de las máscaras es tal por necesidad, que puede ser de orden vital e intelectual —miseria e ignorancia—, de orden moral, el embrutecimiento que de ello se sigue; en pocas palabras, la impiedad de quien la disfruta como masa en vez de «llamar por su nombre» a cada uno de los componentes, que es reconocerlos como personas o como el «otro» semejante que hay que respetar; llamados, se «componen» cada uno como ὑπόστασις. Además no tiene en cuenta que el disfrute, y con él el proceso de reducción a máscaras, se puede representar en un nuevo disfraz de la estupidez dirigente, autoritaria y más astutamente o intrigantemente humanitaria: satisfacer al má-

ximo las necesidades vitales, dar una apariencia de «saber», pero que sea de la misma calidad que el de la estupidez, reducir todos los valores a las «satisfacciones» que, puestas como fin último y saciada felicidad, produzcan el mismo embrutecimiento intelectual, sentimental y moral, la misma impiedad, con la variante de que, en el primer caso, ella era el fruto del sufrimiento desesperado y ahora lo es del placer a placer, pero, en el fondo, no menos desesperado. Y de esto y de otras cosas es responsable también la inteligencia por todas las veces que se ha «retirado» a gozar de su «beatería» impasible; y ésta ya no es inteligencia, sino estupidez togada y grave, que se opone a la opulenta y a la vez miserable: el fuego, perdidos el ser y los valores, crepita alimentado por la propia ὑπόστασις que cada πρόσωπον le echa dentro.

Es de la esencia de la inteligencia ponerse al descubierto, ya que, constituida por el ser, es ella la medida y el signo; mover la dialéctica de los límites e «incidir»: si no se empeña en ahondar el signo hasta bajo el espesor de la máscara, ¿qué inteligencia es? Y bajo la máscara está lo otro, lo perdido que hay que volver a encontrar con diligencia y discreción, aquel que, aunque se ha hecho máscara, es el semejante igual a mí en ser ambos hombres o criaturas de Dios, aquel con quien establecer un vínculo de alteridad por amor. No se trata de volver las espaldas o de fingir no ver ni comprender —es así como la inteligencia cae en estupidez—, y que cada uno se vaya por su propia cuenta; ni tampoco de contraponerse en una lucha de enemigos, sino de *atravesar* todo el campo del adversario, por descorazonador y peligroso que sea. Atravesarlo con mucha humildad e infinita paciencia, porque en aquel campo hay por recuperar cuanto de válido ha quedado invalidado por la estupidez, que todo lo reduce a su nivel, para elevarlo al

de la inteligencia, que «piensa» en restituirlo a su ser y a sus límites, en hacerle justicia; con mucho amor, aceptando lo que al espíritu de inteligencia se ofrece tal como se le ofrece, como si cada ocasión, y todas son buenas, fuera una elección personal; atravesarlo para asumírselo y cargárselo, sufrirlo y en tal sufrimiento ver, no el mérito que hace «superiores» respecto a los otros —el ojo que ve sus méritos o se espera que los vean los otros y lo remuneren es ya ciego a la caridad—, sino la larga cuenta de estupidez que ningún hombre, por inteligente que sea, acaba nunca de pagar. La inteligencia que desdeñosamente abandona la estupidez a sí misma es el producto más perfecto y mortífero de la estupidez, el máximo de reducción a nada *(niente)* por egoidad por odio: si la sal se hace insípida, ¿con qué salaremos?

La estupidez se le para delante como enemiga, como una muralla: se arrastra y ataca, corrompe y rechaza, persuade y ridiculiza, lisonjea y muerde, adula y denigra: cerca y aísla, mata. La inteligencia «aislada» no se deja aislar; se empeña en «soledad» en su acción de atravesamiento, se recoge en su espacio de reflexión, de meditación, de oración: da testimonio de su amor unánime y siempre al descubierto, atraviesa el aislamiento y, sola, se hace la voz silenciosa de todos, la palabra acaso no escuchada, pero que, sin dejarse comprar o sofocar, repropone a los aislados en masa la solidaridad entre hombres. La estupidez trata de arrancarla de tan peligrosa soledad para agruparla, con el pretexto de que es preciso actuar en pro de los otros si no se quiere ser egoístas, coartada que esconde su egoidad por odio, la ambición y la avaricia [14], su sordidez espiritual; pero a fin de que la soledad pueda ser odiada no hay más que hacer a todos «mecánicos»: «en efecto, es propio de los mecánicos

---

[14] Montaigne, *Ensayos*, L. I, cap. XXXIX.

odiar la soledad»[15]. La inteligencia debe lanzarse a desmontar el mecanismo que pretende hacer a todos mecánicos, de modo que incluso los mecánicos no sean tales como hombres, sino inteligentemente ellos mismos y por esto buenos mecánicos. Incluso en el caso en que la estupidez emplease, y el proceso está avanzado, todos los fertilizantes idóneos al vigor de sí misma de modo que la sabiduría llegara a ser la zona desértica, incluso en este caso la voz de la inteligencia *clamans in deserto* es la única energía humana, la única esperanza: la semilla no caída entre abrojos, la semilla que no puede olvidar, sin secarse, que detrás de la máscara de la estupidez hay siempre el problema del estúpido que es un hombre, el otro que hay que respetar y que hay que amar para que con todo nuestro empeño se empeñe en hacerse el ser que es.

---

15 Petrarca, *ob. cit.*, L. I, cap. IV B.

SEGUNDA PARTE

LA ESTUPIDEZ "HISTORIZADA" O EL PROCESO DEL OCCIDENTALISMO

CAPÍTULO I

EL OCCIDENTALISMO

1. LA PÉRDIDA POR NIHILISMO DEL OCCIDENTE. HEGEL, ROSMINI Y NIETZSCHE

La inteligencia y la estupidez son propias del hombre en singular, pero también de épocas en que prevalece la una o la otra, a veces durante largos períodos y con varias gradaciones, según que se afirme el respeto por la inteligencia y los valores que ella revela, o la imitación de la estupidez. «Ser inteligentes» es frecuentemente el «existir» de pocos o hasta de uno sólo: su irradiación educa en los otros, cualesquiera que sean, la «sensibilidad» propia de aquel plano de existencia, aunque cada uno comprende de él lo que puede; pero quienes se han formado o elevado a aquel nivel, por mínimo que sea el grado de comprensión, tienen la misma *pietas* por cuanto pertenece a la inteligencia y es su producto, aunque cueste muchos sacrificios. La estupidez, es cierto, tiene mayor potencia de difusión, porque es fácilmente imitable, gregaria, «atrayente»: maliciosamente persuasora, da a todos la ilusión de vivir inteligentemente, «liberados» de los límites o de las inútiles constricciones impuestas por

fines inconfesables; embriaga por una ficticia igualdad que, pisoteada la autoridad, da vía libre a los instintos animales y humanos. De aquí su totalitarismo autoritario; en efecto, se establece permanentemente para oprimir, denigrar y destruir la verdadera cultura; sobre todo trata de herirla de raíz, ya que el resistir, incluso subterráneo, de la tradición prepara la explosión de la inteligencia.

«Tiempo vendrá en que los estúpidos tendrán autoridad sobre los inteligentes» [1]. Este tiempo comenzó para Occidente en el siglo XVII: desde entonces, la parábola del oscurecimiento de la inteligencia por la pérdida del ser «sube» descendiendo hasta el nihilismo. Su proceso de «ascensión» es siempre y solamente horizontal, aun cuando no sea movimiento hacia la naturaleza para adecuarse a ella, sino tensión a Dios, entendida, como hemos advertido, como aniquilación de la existencia (desvanecer de la apariencia) y fagocitación de la esencia, la chispa que retorna a la divina substancia: la parábola de este proceso está destinada a descender hasta la identificación de Dios con las cosas y el hombre, es decir, a la «reducción» del Ser a lo real natural o histórico, a lo finito extendido ilimitadamente en el espacio o en el tiempo, cuyo movimiento es el hacerse mismo del Absoluto resuelto y negado en tal finito agrandado o desmesurado. La negación del Ser o su reducción al mundo se sigue, o se acompaña, de la negación de la primera verdad no producida por la razón y su luz, y por esto de la inteligencia del ser, reducido a función o categoría del conocer racional y con esto mismo perdido en cada una de sus formas: de donde procede la reducción del saber y de lo real a un conjunto de sensaciones-hechos-fenómenos «sin ser», racionalmente calculables

---

[1] *Vite e detti di Santi musulmani*, ed. de V. Vacca, Turín, Utet, 1968, pág. 390.

y organizables para fines prácticos. De aquí la deformación ontológica de los términos eterno, infinito, absoluto, etc.: su sentido análogo viene asumido como propio, y por esto son usados en sentido impropio; pero, perdido lo propio, lo análogo enmascarado de propio ya no lo es de nada *(niente)*; es algo impropio, que poco a poco pierde significado hasta ponerse como lo significante de nada *(niente)*, que, como tal, es lo insignificante y lo insignificado.

Tener conciencia de la pérdida del límite es el reproponerse de la inteligencia del ser en medio de tanto oscurecimiento, la invitación a la existencia de confín entre Dios y el mundo creado. Tal invitación, en la manera más concienzuda y profunda, es el pensamiento de Rosmini en su núcleo esencial siempre por repensar y profundizar. La misma plena conciencia de la pérdida del ser, pero no su recuperación, es propia de Nietzsche, el genialísimo y despiadado denunciador de la «muerte por nihilismo» de Occidente. Por lo tanto, Rosmini, positivamente, y Nietzsche, negativamente, son la «buena conciencia» de tal nihilismo del pensamiento occidentalístico desde Bacon-Descartes a Hegel y al hegelianismo: lo que Occidente ha pensado después y hoy en la línea de la pérdida o del desconocimiento del ser es pre-rosminiano y pre-nietzscheano, arqueológico; si se considera como sustitutivo del ser y no en relación al ser mismo, un fuego fatuo del Occidentalismo, el cadáver que va dando vueltas desde hace cerca de tres siglos; y cuanto más «abona» el terreno al descomponerse, más llamativos se hacen aquellos fuegos en el oscurecimiento progresivo de la inteligencia. De aquí la inactualidad para el Occidentalismo de los «actuales» Rosmini y Nietzsche y la actualidad de Hegel y cuantos de Hegel derivan, los «inactuales» para Occidente: de Hegel es actual para Occidente cuanto en Hegel o en sus derivados no es hegeliano; me refiero al discurso, sucesivamente des-

viado o extraviado, sobre el fundamento del saber o sobre el principio, que es discurso sobre el ser, el mismo que Rosmini conduce hasta el fondo sin equívocos o extravíos en la tentativa poderosa de recuperar la inteligencia del ser o el problema del principio. También de Nietzsche es actual para Occidente no la solución por él propuesta contra el nihilismo, que sigue siendo Occidentalismo, sino el profundo y lúcido discurso sobre el nihilismo de este último y su implacable denuncia.

Por lo tanto, el único y verdadero discurso «interesante» que hoy merece ser desarrollado y profundizado desde dentro y más allá del Occidentalismo es el propuesto por Hegel, rescatado de su caída historicista, y por Rosmini; por conducir, sin embargo, hasta el fondo, con toda la conciencia nietzscheana del nihilismo occidentalístico, como discurso sobre el ser y no sobre el único devenir histórico o natural, sobre las cosas y los fenómenos, los hechos. Tal discurso permite que, enterrado el cadáver, reconquistada el alma que ha dejado el cuerpo —los despojos mortales en descomposición del Occidentalismo—, puedan ser redescubiertos los valores del Occidente para ser reinstalados en una nueva cultura que, alimentándose de ellos, los renueva e innova: su comienzo marcaría la atenuación del oscurecimiento de la inteligencia, el retorno de su luz y el desvanecimiento de los fuegos fatuos. Pero estos últimos, como hemos dicho, son tales mientras la estupidez pretende sustituir a la inteligencia del ser; dejan de ser tales si son vistos desde la perspectiva negada por la estupidez: no son estúpidos los llamados valores vitales o corporales ni los sentidos o los instintos o las cosas; es estúpido, repitámoslo, reducir todo a esta perspectiva, o ver sólo este aspecto de la realidad humana y natural y negar lo que no se sabe o no se quiere ver. Vencida la estupidez, aquellos valores y toda la zona de lo vital-cor-

póreo-sensible readquieren, en la inteligencia del ser, cada uno en su límite dentro de la dialéctica de los límites y de la alteridad por amor, su ser precioso al igual que los otros, y son replanteables para nuevos desarrollos históricos. Por consiguiente, vale cuanto queda dicho: no se puede marginar o ilusionarse con ignorar o despreciar la zona de la estupidez —caída en otra forma de estupidez—, sino que es necesario «atravesarla» para que sea verdadera su problemática, como la que es también propia del hombre contra la estupidez misma que la hace exclusiva.

Tal recuperación permite, siempre desde la perspectiva del ser, lo otro, de cuanto en Occidente ha producido el pensamiento desde el siglo XVII hasta hoy, y en oposición a la línea del Occidentalismo o de la estupidez que se ha ido historizando. Quiero decir que los pensadores —y no aludo sólo a los filósofos— que han repropuesto el discurso sobre el ser en confrontación con el Occidentalismo que sigue avanzando hacia el nihilismo más radical, no han tenido influencia auténtica, antorchas que han continuado ardiendo pero sin ser motores de la historia: o han sido marginados o violentamente «reducidos» e «integrados» en la línea occidentalística, casi cómplices involuntarios, tímidos o enmascarados, y a la vez marcados de ingenuidad, de nostalgias anacrónicas, de residuos del pasado en homenaje a una tradición muerta y ya a nivel de mito o de superstición. Desconocidos o adulterados, no han podido ejercer su «autoridad», presentándose como autorizada la sola estupidez que, carente de autoridad intrínseca, se ha impuesto sólo como autoritarismo opresivo de la autorización de quien la posee; por lo demás, el error y el mal tienen frecuentemente una proliferación histórica superior a la verdad y al bien. Así, por un lado, el cadáver triunfante ha tratado de mantener lejos el alma y de mortificarla con la «propaganda» hostil en el

momento mismo que se la acaparaba reduciéndola a sus opiniones; por otro, el alma constreñida a moverse y a proponer sus problemas contra corriente ha permanecido, a veces, extraña a los problemas nuevos que aquellas opiniones han ido levantando y que, aunque respetuosos y no sustitutivos de los otros, eran y son problemas serios que hay que resolver. En pocas palabras, el pensamiento occidental desde la perspectiva del ser, el único que merece todavía este nombre, reducido al otro o por éste marginado, desde hace casi tres siglos no ha podido dar la prueba histórica de su validez —la inteligencia no se ha historizado al par de la estupidez—; como, en el fondo, no la ha dado todavía el Occidentalismo, precisamente porque, en el oscurecimiento de la inteligencia, ha puesto y pone los valores por él defendidos e impuestos desde el punto de vista de la estupidez, que comporta, bajo su aparente exaltación e incontrastado dominio, el envilecimiento y el nihilismo de los valores, cualesquiera que sean. Una reconquista de la inteligencia del ser, enterrado el Occidentalismo, permitiría, por un lado, la historización de cuanto la inteligencia ha producido contra este último, de modo que pensadores como Campanella y Pascal, Vico y Rosmini, por citar algunos, no sean ya las semillas caídas entre abrojos y, cuando resulta cómodo, robados para ser «reducidos» a fertilizantes de la estupidez, o sólo admirados, pero como pertenecientes a un mundo «extraño» y casi «irreal» (es la suerte, por ejemplo, de Dostoievski); y, por otro, la definitiva conciencia de la importancia de los valores exaltados por la estupidez y envilecidos también por ésta al nivel de lo «material» y de la nada *(niente)* de valor, de modo que no se vuelvan a proponer ciertas formas de «espiritualismo» y de «angelismo», cierta retórica del espíritu que desprecia al cuerpo y a este mundo para hacerse refinado. Estupidez esta última producida tam-

bién por el oscurecimiento de la inteligencia, «reducción» del ser del hombre a puro espíritu, como si el cuerpo y todo lo creado fueran nada *(niente)*; pérdida del ser o el nihilismo, por otro lado, según decíamos, para ser indulgentes al menos una vez con la triste moda de politizarlo todo, de «derecha» en oposición al de «izquierda», pero prontos a estrecharse la mano en perjuicio de la inteligencia: dos modos de «ultra cogitare» que hay que atravesar con el justo y recto «pensar».

La falta de conciencia del nihilismo ha engendrado en los últimos tres siglos poco más o menos los más infantiles triunfalismos en cadena, en que poco a poco el Occidentalismo se ha autoexaltado, formas del «optimismo débil», propio de quien «desplaza» el fin último del hombre y de lo creado y lo coloca en el tiempo, escatología secular que los hace converger a todos en el triunfal mañana terreno, lunar o saturnal... siempre adelante. Por otra parte, la toma de conciencia del nihilismo sin la reconquista del ser ha engendrado el «pesimismo débil» de Nietzsche y de sus epígonos —el pesimismo de la muerte de Dios, matado por los hombres—, que, no obstante la inversión de los valores y los nuevos cometidos del superhombre, desemboca también en la nada, porque siempre queda al nivel de la naturaleza y del hombre, aunque pretende colocarse por encima de lo humano. El optimismo triunfalístico de la negación del ser y el pesimismo consiguiente a la conciencia del nihilismo que de él deriva, son dos caras de una misma medalla que ha de refundirse en el crisol para que sea provechosa su lección: la nietzscheana, de que no se vence el nihilismo con el paliativo del mañana llevado en procesión entre las fogatas del bienestar y los fastos de la técnica, y la iluminístico-marxista-tecnocrática, de que no se vuela en alas del ser desconociendo o perdiendo la realidad económica, jurídica y política y cuanto está ligado a nuestra vida de cada día y a su mejo-

ramiento, que también es cometido indeclinable de la inteligencia. La doble lección, sustraída a la estupidez, nos insta a reproponer el discurso sobre el ser en sentido análogo y en sentido propio: sobre el ser finito inteligente y sus límites y sobre el Ser infinito, a fin de que sea inquietud y empeño de toda conciencia la alteridad por amor sobre el fundamento de la dialéctica de los límites, es decir, de reanudar para nuevos ahondamientos el discurso propuesto por Rosmini en el surco de la tradición renovada, sembrado para cuando, sobre las ruinas de la historia de la estupidez, pueda prevalecer la de la inteligencia.

Tal ruina será un modo de renunciar al crédito que por largo tiempo todos hemos dado más o menos a la estupidez, impuesta por el humano egoísmo a los desheredados sojuzgados, constreñidos a negar lo que es y no ven por estar privados de cuanto cada uno debe tener para no cegar, no pudiéndose exigir, por parte de quien se divierte y a fin de continuar sin ser perturbado por los «tumultos», que quien más sufre sufra hasta el heroísmo o el martirio para el bien de aquella alma que, por su parte, el moralismo cómodo y gazmoño ahoga descuidadamente en lo superfluo malgastado. Pero el remedio no consiste en el paso de la estupidez impuesta y no culpable a la aceptada alegremente al canto del *slogam* que la difusión del bienestar aporta a la liberación de la primera, camino oculto hacia el salón de montaje de la otra y la victoria total de la estupidez misma, sino en la conquista de la inteligencia de modo que cada uno, aceptando su ser en sus límites y no ya víctima obligada o persuadida de una o de otra forma de estupidez, pueda hacerse todo el ser que es en base a cuanto es necesario que él tenga para realizar este fin con dignidad igual a la de cualquier otro. Ninguno puede ser él mismo, la plenitud de su persona, sin el tener que le corresponde, pero todo el tener es nada

(niente) sin el ser: la defensa de lo llamado económico o material es defensa del ser sin el cual se pierde incluso lo económico, todo. La estupidez tiene dos caras: el ser en el desprecio fingido o en el desinterés por el tener, y el tener en la pérdida del ser; una cara engendra a la otra y se alimentan entre sí: hacer que no se nutran recíprocamente es la vida de la inteligencia, la cual, consciente de los límites del hombre, sabe que la estupidez le pisa los talones amenazante.

2. HELENISMO, ROMANISMO, OCCIDENTALISMO

El principio que preside el producir y el consumir no es el mismo que hace fuertes y valientes ni, por lo demás, con que se gobierna; hay, pues, el principio del saber, propio de quien gobierna, el de quien se ocupa de la defensa del Estado, y el otro, de cuantos se dedican a la producción para las necesidades de todos: el principio intelectivo, el irascible y el apetitivo [2]. El Estado es justo cuando se realiza la οἰκειοπραγία, es decir, cuando cada ciudadano, según su naturaleza y sus capacidades y sin reducir un principio al otro, «se ocupa de lo suyo» [3]. Platón enseña a Saint-Simon y a tantos otros del mismo parecer que no se trata de «producir y no percibir», sino de producir *y* de percibir; de otro modo se niega el principio del saber, y con él la misma posibilidad de una vida un poco por encima de la de los cerdos: «¿de qué sino de esto se saciaría una ciudad de cerdos?» [4]. Y cuando el principio apetitivo prevarica, también la ira generosa se apaga; los guerreros vienen a menos, pero no la violencia, que, perdido el principio del saber, estalla

[2] Platón, *República*, 369 b y sigs.
[3] *Ibid.*, 434 c.
[4] *Ibid.*, 372 d.

incontrolada al par de los apetitos que indiscriminadamente se quieren satisfacer más allá de la misma saciedad, provocando por rebosadura la rebelión, el falso ascetismo purificador: van a igual paso los pequeños «corredores del Maratón» detrás de cuanto puede satisfacer todos los apetitos —sustitución o reducción de los otros valores, y por esto violencia, a los de la producción y del consumo por lo que el hombre se reduce a la servidumbre de esta actividad— y los rebeldes a la «integración», los «pies veloces» que de un salto quieren hacer *tabula rasa* y volver al bienaventurado hombre primitivo. Es la condena que cae sobre el hombre colectivo o todo «hecho» por la sociedad: por un lado, se siente en deuda hacia ésta de todo lo que «tiene»; por otro, está «resentido» por lo que no tiene, a lo que cree tener derecho, y por lo que no «es», ya que la sociedad le ha hecho como lo «colectivo» ha querido: el «satisfecho» y el «insatisfecho», frecuentemente coexistentes en el «compacto» de lo colectivo, en formas diversas tienden a lo «primitivo» —para el uno descivilizado, para el otro civilizado— en la ausencia de lo «originario», es el ser, y, por tanto, de la verdadera cultura y de la verdadera civilización. Las dos posiciones, caras de la misma medalla o de la reducción de todo al «producir y no percibir», se alimentan entre sí y apuntan al mismo resultado: la destrucción de la cultura y de la civilización en nombre de la civilización *(incivilimento)* progresiva, o por odio a esta última en el momento mismo que quieren hacer a todos partícipes de ella. Platón diría que nos encontramos en una ciudad con dos clases de «cerdos», la una hacendosa, que produce y consume olvidada de cualquier otro cuidado; la otra ociosa, que añora las cavernas y quiere que la humanidad retorne a ellas; ¿y cómo puede ser de otro modo, si se niegan a «percibir», si viven sin medida?

En el «jardín» de su villa, en los alrededores de Atenas, y en el «pórtico pintado» de la misma ciudad, Epicuro, el iniciado en la filosofía de Demócrito, la más «científica» de Grecia, y Zenón de Citio, inspirado por el cínico Cratete, creyeron «filosofar» en la ausencia de la Hélade que ya no sabían ver. Epicúreos y estoicos, una especie de «tecnólogos» de la antigüedad griega; los formuladores de breviarios de la vida feliz en este mundo, y no hay otro para el hombre: la búsqueda de la verdad y su mismo ser verdad, de lo bueno y su mismo ser bueno (y así de lo bello, etc.), van subordinados a la de la felicidad, la única que el hombre debe buscar y a la que debe sacrificarlo todo. La filosofía por la sabiduría, fábrica de recetas del elixir de felicidad que debe presentarse a las farmacias que despachan «tranquilidad» con el seguro premio de la indiferencia pacifista y humanitaria; en la dosificación de la bebida epicúrea predomina la vida sensible según cálculos racionales; en el de la poción estoica, la vida racional como rigorística disciplina de los sentidos. Pero toda tecnología empeñada en éstas y otras «técnicas» o «fórmulas», y refractaria hasta el problema de la «forma» de la existencia, por lo que el reformar se reduce para ella a que una fórmula más eficiente sustituya a otra, engendra de su seno a los rebeldes, que no reproponen los verdaderos valores humanos, ni se oponen al dogma de que el fin del hombre es buscar y procurarse la felicidad en esta tierra, pero rechazan las recetas por otras más simplificadas y radicales. Y así los epicúreos del goce de los sentidos sin las trabaderas de los controles racionales, o los herederos de los cirenaicos y los estoicos de la indiferencia total que se remontan a los cínicos, unos y otros enemigos y destructores del vivir culto y civilizado, se hacen los «contestatarios globales» de la tecnología de Epicuro y Crisipo[5]. Sí, sus antepasados, compren-

[5] Cínicos y cirenaicos parecen estar en los antípodas: los primeros,

didos los sofistas, son contemporáneos, o casi, de Sócrates, Platón y Aristóteles y de los otros de la gran Hélade, pero en ésta representan el filón secundario, el otro aspecto siempre presente en toda época, ya que Protágoras y Sócrates se dan en cada hombre y en él luchan —no hay tiempo de estupidez sin la presencia de la inteligencia y viceversa, sincronía que no excluye los momentos históricos del prevalecer de la una o de la otra, de la luz o de la oscuridad—; cuando, por los motivos y las causas por los que mueren históricamente las civilizaciones, pero no los valores que han revelado, toman la delantera, el Helenismo sustituye a la Hélade. Y es típico de las civilizaciones en vía de corrupción adulterar o renegar los valores que ellas habían revelado cuando eran creativas; en efecto, por el oscurecimiento de la inteligencia, o no los ven o, no logrando ya soportar su carga y responsabilidad, los recusan como un peso oprimente e inútil; sólo alguno tiene conciencia de la corrupción, y los repropone para después, cuando el cadáver haya sido enterrado [6].

---

enemigos del placer y de la vida civil, los segundos, refinados hedonistas. En realidad, son intercambiables: Diógenes habría podido ser un esteta de la incivilidad y, por lo mismo, del placer —un buscador de «paraísos artificiales» de la antigüedad, cargado de barba y de piojos—; Aristipo, por exceso de estetismo, podía haber vivido en una cuba. No habría cambiado nada: el criterio hedonístico, de cualquier modo que sea entendido, como asceta o como gozador vulgar o refinado, no es un criterio para decidir acerca del bien y del mal, y menos aún para vivir felices: de la inmoderación, a la tristeza sombría y desesperada, y de ésta, a la otra.

[6] No es éste el lugar para poner de relieve las afinidades e incluso las diferencias entre el Helenismo y el Romanismo, respectivamente corrupción de la Hélade y de Roma, y el Occidentalismo, corrupción del Occidente. Todas las épocas en que una civilización muere para dar lugar a otra en que renacen de manera original los valores por ella revelados, presentan, además de las diferencias, afinidades constantes, ya que la enfermedad mortal es siempre la misma: la pérdida del ser y del logos, oscurecimiento del pensamiento y prevalencia de los intereses prácticos y mundanos, aun cuando en algunos de sus

La difusión de la cultura helenística a través de tres períodos —alejandrino, romano, bizantino— abraza un arco de casi ocho siglos y, desde la muerte de Augusto, viene a coincidir con el Romanismo, corrupción de los valores de

---

aspectos rechacen la vida práctica y el mundo; más aún, una nota característica es el «debatirse» entre un opuesto y el otro. Esto se puede ver en el Helenismo, y el lector puede hacer por sí mismo la confrontación con el Occidentalismo en la fase que va del iluminismo a hoy: individualismo egoísta (la egoidad por odio sobre la base del método de la reducción), ética de «aislados» y de grupos y cosmopolitismo humanitarístico; nivelación de clases y de pueblos, de bárbaros o extranjeros y helenos, de esclavos y libres; pero, tratándose de una falsa igualdad, se destruyen las tradiciones y se elevan nuevas barreras y discriminaciones; escasa originalidad de pensamiento y pulular de sectas filosóficas o culturales que remastican, «reduciéndolas», doctrinas precedentes, aunque cada secta, precisamente por la lógica fanática de las opiniones, es rígidamente «dogmática» y, de rebote, genera otras sectas, incluso desde su interior, dogmáticamente «escépticas»; prevalecer de las investigaciones científicas, pero en función práctica: montañas de erudición típica de los ingenios minuciosos en ausencia de cultura creativa, reducida a comentarios, exégesis, filología, enciclopedismo; cuidado de difundirla y, por consiguiente, nacimiento de nuevos centros culturales (Pérgamo, Rodas, Antioquía, Alejandría), descentralización que sólo difunde una cultura divulgativa de imitación, incapaz de producir nueva cultura; reducción de la filosofía a recetarios prácticos y de la investigación especulativa a lo que contribuye a la felicidad terrena; exaltación de la razón y, al mismo tiempo, su deterioro hasta reducirla a puro cálculo por el bienestar, reducción que conduce al nominalismo, o a rechazarla como guía eficaz respecto de la felicidad; de donde el proponerse de nuevo la exigencia religiosa, dentro de una fundamental arreligiosidad, en el sentido de un naturalismo soteriológico y mistérico que trata de mezclar todas las religiones en el «sincretismo», especie de «ecumenismo» a nivel mundano, aunque se presente como ultramundano; religión sin fe. Todo pierde en profundidad para ganar en extensión; el espíritu crítico se hace «bizantino» y escéptico hasta que se contiene en la erudición como fin de sí misma. —No negamos cuanto de positivo pueda haber y hay en estas épocas, pero quedaría perdido si épocas sucesivas de renacimiento de los valores revelados y perdidos por las civilizaciones en disolución no lo recuperasen dentro de una civilización nueva.

la Romanidad. Ya el tipo de educación o de cultura delineado por Quitiliano en el siglo I d. C., en la *Institutio oratoria,* está fuera del tiempo —los valores culturales tienden a la mera erudición—; la obra lleva los signos de la «decadencia» de la Romanidad, a la que sigue la «corrupción» o la *asunción de la decadencia misma como progreso;* de aquí el rechazo de los valores de la tradición, acompañado del optimismo por falta de conciencia de la corrupción; la decadencia, en cambio, es pesimista y deplora los valores perdidos; se destroza, y a la vez se consuela, en su nostalgia [7]. En la cultura romana no penetra la Hélade auténtica, aunque se conocen sus autores, sino que, con la conquista de Grecia, se difunde el Helenismo, que provoca el Romanismo, la

[7] El proceso de disolución de una civilización —de la que «queda» casi olvidada la cultura, que renace, alimentándola, en una civilización nueva, de la que a su vez se alimenta para producir nueva cultura— comienza desde su decadencia, lenta o rápida, a la que sigue un período de corrupción que puede ser contemporáneo de escritores decadentes. A la corrupción puede seguir otra fase de decadencia, hasta que la primera elimina definitivamente esta última, sellando la muerte de aquella civilización. Plotino y Séneca, y podríamos citar otros nombres, en el Helenismo y en el Romanismo, representan la decadencia de la Hélade y de la Romanidad hacia la corrupción, mientras una y otra «se esconden» para hacerse luego «presentes» en la cultura del Occidente, que toma forma en la civilización occidental. Decadencia y corrupción se alimentan mutuamente; en efecto, a una fase de decadencia sigue otra de más avanzada corrupción, precisamente porque la primera no es reconquista de los valores en su autenticidad y se limita a lamentar la «crisis», a denunciar su «caída» más con complacencia y nostalgia que con empeño y esperanza de su renovación. Pero esta advertencia ayuda a estimular a aquellos pocos espíritus, no decadentes ni corrompidos, que reconfirman la validez de los valores renegados, los ahondan e innovan echando los fundamentos de una nueva cultura —y es ésta la obra de la mejor Patrística, sobre todo de San Agustín, que es su genio. Cuando la corrupción llega al colmo, apaga la decadencia, sofoca las pocas antorchas, y se exalta en esta obra; de aquí los fuegos fatuos hasta las cenizas, de las que surge el renacimiento.

decadencia y la corrupción lenta de la Romanidad, comenzada con Tiberio; Roma helenizada, «romanística» y ya no romana, difunde con sus conquistas esta cultura y no la de la Hélade y de la Romanidad auténtica, cultura que, poco a poco, se hace cada vez más imitativa y escasamente creativa.

Pero bajo Augusto nace Cristo; nace cuando el logos humano está ofuscado, pero, bajo la ofuscación, ya maduro desde hace tiempo. El Romanismo helenístico continuará su expansión englobando pueblos en sus estructuras, proceso que favorecerá la difusión del Mensaje; pero con Cristo comienza su disolución hasta el enterramiento del cadáver —de donde la oposición tenaz e implacable en todos los frentes al Cristianismo. Los valores de la Hélade y de la Romanidad renacen en una nueva cultura creadora, la que va de Carlomagno al Renacimiento: el Occidente. Con Agustín, aunque de formación helenístico-romanística, de espíritu cristiano-helénico-romano, comienza, en el momento en que Helenismo y Romanismo van hacia la descomposición sin ni siquiera ya el brinco de la decadencia incluso por el «vigor» destructivo con que los bárbaros le asaltan sin dejarse corromper por ella, comienza, repito, el renacimiento del logos, del «principio de verdad» y de los valores de la Hélade y de la Romanidad; pero la tarea es lenta: cuanto más vigorosas y creativas han sido las civilizaciones, tanto más largo es el tiempo para consumar hasta el fondo su corrupción. A través de siglos oscuros —pero si las invasiones no hubieran destruido el obstáculo de la corrupción helenístico-romanística no hubiera existido la condición para la silenciosa elevación—, nace una nueva cultura; en efecto, a la corrupción de una civilización, y al hundimiento de una cultura, antes del renacimiento, sigue siempre un período oscuro de gestación. En el momento mismo en que el Cristianismo va venciendo al

Romanismo helenístico, se sirve, por un lado, de la potencia de expansión de este último y, por otro, de su desgaste por obra de los bárbaros, vitalidad no corrompida: las civilizaciones corrompidas sirven para favorecer, contra sí mismas, el renacimiento en una nueva cultura de los valores de que han renegado y con ellos también de las aportaciones que han hecho; pero la corrupción continuaría nutriéndose de sí misma si fuerzas frescas y vírgenes no la vencieran [8].

Las épocas de corrupción brillan: casi siempre coinciden con la potencia militar, política, burocrática, y con la expansión económica; se dedican a apremiantes y frenéticas reformas de «estructuras» y a construir siempre cosas nuevas, confiadas en que basta cambiar los andamiajes para que cambien también las disposiciones interiores: están extinguidas y parece que estallan de vida; y existe la vida, pero sólo «material», dirigida a la posesión, a la expansión incluso violenta, al placer, al desenfreno, al lujo y a la orgía, casi como una mujer en el ocaso de la madurez: se lanza, «bella figura» aún, a la aventura exaltante; pero la juventud está muerta, y la madurez va muriendo. Roma imperial brilla, se expande y reforma, pero la Romanidad ya está perdida; después, los bárbaros y las otras fuerzas entierran el Romanismo, y el trabajo dura hasta el siglo IX.

El Occidente en pleno siglo XVII brilla con la potencia inglesa, pero con Francisco Bacon se huele ya lo dulzarrón del Occidentalismo. La época de deshojamiento —y después, a través de fases de decadencia, de corrupción de una civilización— comienza casi siempre por la potencia político-

---

[8] Éstas y las precedentes indicaciones sobre el Helenismo y el Renacimiento podrían haber sido desarrolladas, ahondadas y matizadas. Creemos que son suficientes para poner de relieve las afinidades, y también las diversidades, con el Occidentalismo.

económico-militar de una Nación dirigida a prevalentes o exclusivos fines de «organización» para la felicidad terrena, y concluye su proceso corruptivo con otra potencia del mismo tipo: en el momento en que comienza la pérdida de los valores de Occidente, el proceso expansivo de Inglaterra, contrastado por la España de Felipe II, otro síntoma de Occidentalismo —dominio sobre el mundo en nombre de Dios— o de contaminación, contraatacado por la mística, del Catolicismo en el terreno histórico. Este primer oscurecimiento de la inteligencia alcanza su cumbre con el Iluminismo, que celebra su triunfo en la revolución francesa y en empresas de potencia, de «grandeur» de Europa; en el Iluminismo tienen su origen también la independencia y la constitución de los Estados Unidos de América, la potencia que sustituirá a la inglesa y a las otras de la Europa continental. Se sigue que los Estados Unidos, que asimilan y expanden a su vez la civilización preiluminística e iluminística difundida por la potencia inglesa, jamás han sido Occidente, ni jamás han asimilado y difundido sus valores, al igual que la Roma imperial, que no difundió la Romanidad ni la Hélade, sino el Romanismo helenístico; en efecto, cuando nacieron, el Occidente estaba ya oscurecido y maduro el Occidentalismo, que, por lo tanto, no podía dejar de encontrar en ellos la punta avanzada de la corrupción y la potencia político-militar-económica, que concluirá probablemente su proceso cuando nuevos azadones vuelvan a sacar a la luz los valores occidentales soterrados.

El Occidentalismo ya no tiene nada que enseñar ni exportar, excepto técnica y bienestar, datos, números, cálculos, *robots*, computadoras y corrupción: no tiene para exportar valores morales, religiosos y estéticos, ni siquiera sociales, políticos y jurídicos, a los que en su totalidad ha adulterado y perdido; lo que declara en las fronteras como «occidental»,

etiqueta para engañar a los funcionarios de aduanas, es mercancía deteriorada, de baja calidad. Incluso el bienestar y sus bizantinos inventos técnicos los produce y exporta no para dar al alma de los suyos y de los otros pueblos las condiciones de vida, sino a costa del alma, que odia en sí mismo y en los otros; lo poco de verdadera cultura que todavía resiste, lo sofoca, para que no ejerza ninguna influencia ni eche a perder la orgía de la producción y del consumo, fin de sí mismos. Los pueblos que miran al Occidente con la esperanza de ayudas o remedios a su hambre y a sus mil tribulaciones deberán percatarse de que dirigen sus ojos al Occidentalismo avaro, mercader de todo, que todo lo ha reducido a mercancía, al solo principio apetitivo, para decirlo todavía con Platón, y, por consiguiente, es incapaz de valentía y está dispuesto a servirse de armas mortíferas. Su alma, ya sólo intrigante, no tiene escrúpulos, calcula incluso la caridad y especula con el hambre: la egoidad por odio es taimada, astuta, sanguinaria. La pretendida industrialización del llamado «tercer mundo» o de los países subdesarrollados —necia soberbia del que, sin ser primero ni segundo, no es ya siquiera un «mundo», y es zona de creciente subdesarrollo intelectual y espiritual— no tiene, como predica el Occidentalismo, el fin de ayudar a los pueblos a alcanzar una condición humana de vida, sino que se sirve —nueva forma de colonialismo— de esta «operación» para hacer buenos negocios en nuevos mercados; y, sobre todo, arrolladas con la barbarie industrializada las culturas locales, para desarraigar aquellos pueblos de sus tradiciones, a fin de que no germinen, violencia que facilita la venta de los productos «culturales» del Occidentalismo. Así, oscurecido cualquier otro ideal que no sea el del bienestar, monopolio de la industria, la corrupción occidentalística puede penetrar con seguridad antes de que nazca una cultura nueva, quizá heredera del Occidente y su

renacimiento: es conjurado el peligro de que la inteligencia pueda amenazar el férreo control ejercido por la tecnocracia a través de la Organización mundial tecnológica sobre la «masa universal».

Estas consideraciones nos permiten poner en evidencia otro equívoco: muchos pueblos son hostiles al Occidente porque, habiéndolo conocido, han sufrido su opresión; pero desde el siglo XVII en adelante, los europeos primero y los norteamericanos después, no han exportado, con la connivencia desgraciada y frecuente de las misiones religiosas cristianas, con sus conquistas coloniales patentes o enmascaradas, los valores y el alma de Occidente, sino el Occidentalismo; no la inteligencia occidental —y donde es inteligencia el vínculo humano es de alteridad por amor—, sino la rapaz estupidez occidentalística, gobernada por la egoidad por odio, humanitaria en regalar alguna escuela, hospital, carretera, para consolidar dominios; humanitarísima y «tolerante» hoy, para facilitar la invasión de sus productos; pero el revés de la muy decorativa medalla del humanitarismo es la violencia en todos los sentidos, principalmente sobre el espíritu, por ausencia de verdadera humanidad. Estos pueblos, en el fondo, no han conocido y no conocen al Occidente: en la medida en que, por necesidad de vida, se dejan invadir por el Occidentalismo o por el neocolonialismo, contribuyen a engrasar el cadáver y a dejar más lejos en el exilio al Occidente, truecan su alma por el bienestar a cuentagotas, corren el peligro, como las clases desheredadas de todos los tiempos, de llegar a ser estúpidos por imposición. Si, en cambio, defienden sus tradiciones culturales y resisten al Occidentalismo de modo que aceleren su disolución, y al mismo tiempo se esfuerzan en conocer mejor y profundizar los perdidos valores culturales de Occidente, a cuya elaboración han contribuido algunos de estos pueblos —y por

esto sería también una toma de conciencia de sí mismos— podrían ser ellos, aunque les costase la renuncia consciente y madura a algunas comodidades, los allanadores del terreno que lleven a nueva luz al Occidente verdadero; heredarlo y, sobre el fundamento de las tradiciones, dar lugar a nuevas culturas, que no serían occidentales, del mismo modo que las europeas, a través de la asimilación cristiana, en los primeros siglos, de la Hélade y de la Romanidad, no fueron, desde el siglo IX al Renacimiento, griegas ni romanas. No se trata de asimilarse al Occidente o de dejarse asimilar por él, sino más bien de asimilar al Occidente redescubierto para un nuevo ciclo cultural, trabajo profundo que les permitiría, atravesando el Occidentalismo sin dejarse arrollar por él, recuperar toda la aportación técnico-industrial, hoy ciegamente maniobrada por el Occidentalismo mismo que la ha producido, en una verdadera cultura bajo el signo de la inteligencia. Y creo que Iberoamérica podría ponerse a la vanguardia de este movimiento en vez de dejarse llevar por el castrismo-guevarismo o por el kennedismo, dos caras de la misma medalla, que hay que fundir para huir de la corrupción. Pero, repito, antes es preciso que no se dejen «comprar» por el Occidentalismo, por su *otomanismo*: destrucción de la cultura sin capacidad de crear una nueva y con la presunción y la manía de conquistar el mundo, como hizo el Imperio otomano, y, por consiguiente, adulteración de cuanto de positivo le es propio.

De revolución en revolución desde el siglo XVII en adelante; y el contagio se ha propagado con la difusión del Occidentalismo: cada revolución, una herrumbrosa cadena lustrada con sangre, una vieja opresión para nuevos esclavos. «Ayer existía el zar y existían los esclavos; hoy no existe el zar y han quedado los esclavos... Hemos atravesado la época de la opresión de las masas; atravesamos la época

de la opresión de la personalidad en nombre de las masas; el mañana traerá la liberación de la personalidad en nombre del hombre». Así Zamiatin. Para este mañana, que cada uno haga su obediencia sin perderse en el cómodo triunfalismo utópico del bien, ya que el mal y el sufrimiento pertenecen a la naturaleza humana, y la estupidez ha estado, está y estará manos a la obra; sin olvidar jamás que el progreso social no es todo, y es nada *(niente)* si no mira al perfeccionamiento del individuo singular *(singolo)* y de la comunidad, que es el fin del progreso mismo; pero este mañana será todavía un mañana de nuevos esclavos si se quiere la liberación sólo a base de hechos y de cálculos y no sobre el fundamento del ser, sólo en nombre del hombre y no en nombre de Dios, que es la salvación del hombre. El Occidentalismo ya no comprende este lenguaje filosófico, moral y religioso; lo ridiculiza estúpidamente: ya no tiene un porvenir histórico, sino el de arrastrarse brillando; sólo después de la intervención del sepulturero providencial para el enterramiento del lujoso cadáver junto al orgiástico carro europeo y al brillantísimo y tosco cochero estadounidense, se podrá volver a hablar del Occidente, no importa en qué parte de la tierra.

3. EL OCCIDENTALISMO EN SUS ETAPAS Y LA PÉRDIDA DEL OCCIDENTE

El Renacimiento [9], bajo ciertos aspectos, marca el máximo esplendor del Occidente, pero encubre los primeros síntomas

9 Este término, que no se refiere sólo al Renacimiento italiano, ha de extenderse a una parte del Seiscientos. Tampoco las otras indicaciones cronológicas han de tomarse rígidamente.

del Occidentalismo; diré que representa, con el renacimiento de los valores mundanos, el vigoroso intento de un nuevo equilibrio entre lo humano y lo divino, lo natural y lo sobrenatural, entre la *civitas hominis* y la *Civitas Dei*, entre el movimiento horizontal del hombre hacia el hombre en el mundo, y el vertical, propio de la Edad Media, del hombre que prepara al hombre —comunidad de almas— respecto al Reino de Dios, que no es de este mundo. La «ruptura» provocada por la Reforma, no obstante su inicial y equívoco impulso religioso, ocasiona la falta de equilibrio en favor de los intereses terrenos. El siglo XVII inicia la marcha del Occidentalismo, sufre sus primeros laboreos: la risa fácil, la imaginación caprichosa, la sensualidad, la disipación del tiempo, y sobre todo la muerte: comienza el dramático diálogo entre el tiempo y la eternidad, lo visible y lo invisible, cuya nostalgia es fuerte —el Barroco es decadencia y no todavía corrupción, aunque la incuba—, hasta que, a excepción de Vico, gran energía no escuchada o adulterada del Occidente, la presa del tiempo tratará de sofocar hasta la nostalgia de la eternidad, y la *civitas hominis* de sustituir en las mentes y en los corazones la *Civitas Dei*.

El llamado mundo moderno se presenta con un problema preeminente y casi exclusivo, el del método: no ya el problema del *principio del saber*, que es también y sobre todo ontológico-metafísico, sino, prescindiendo de él hasta relegarlo entre los no-problemas, el *problema del método* para conocer cuanto sucede en este mundo, conocimiento cada vez más limitado a las cosas y a los llamados hechos de experiencia y entendido como *medio* respecto al fin de mejor dominar el mundo, a su vez *medio* para construir la *Civitas hominis* autosuficiente y fin último de los individuos singulares *(singoli)* y de la historia. Operada esta «reducción» del saber y del pensar a «método» sin «principio» y, por

consiguiente, en odio a la verdad hasta la «sustitución» del «principio» por el método, es inevitable la gradual «reducción» de todos los valores a los «prácticos», dominadores tiránicos y sustitutivos de los otros, del conocimiento a criterios pragmatísticos, con fines cada vez más utilitarios, económicos: éste es el camino, coincidente con el gradual oscurecimiento de la inteligencia, recorrido por el Occidentalismo.

Tal movimiento de la razón y de la voluntad desenganchadas de la inteligencia del ser y del signo del límite, por lo que también los sentimientos se embotan y prevalecen las pasiones y los fanatismos fomentados por la gloria (*doxa* = opinión), que a su vez fomenta la «doxología» o manía de gloria y la «doxosofía» o vanidad de saber, entra decididamente en la historia de Occidente con uno de los «filósofos» del método, que vivió bajo el reinado de Isabel y de Jacobo I, del naciente y brillante Imperio británico, Francisco Bacon, el superficial y entusiasta artífice de la *restauratio ab imis*, consistente en una sistematización de las ciencias, en un «nuevo método», obstétrico prodigioso del *partus maximus* o *masculus* del siglo, la nueva ciencia sometida a la finalidad práctica del dominio de la naturaleza: acción y no contemplación; utilidad práctica y no verdad de un principio o de un concepto; física o ciencia de la naturaleza y no metafísica; las tareas y no las virtudes como dignidad moral del hombre. «Saber es poder»; y así el saber, reducido a lo útil y a instrumento de potencia, sale a la plaza y se hace trivial y picotero, eufórico y palabrero en torno a los magníficos y progresivos destinos de la humanidad. Desde este momento —y para todo el Occidentalismo que se mantiene en esta línea— no sólo la filosofía es negada en la ciencia, sino que ésta es puesta al servicio de las ideologías políticas y económicas, único y potentísimo campo de verificación de toda actividad humana. El *novum organum*

es sólo una «técnica» a la que es reducida la razón, un mecanismo aplicable a los datos sensibles observados y verificables con pesas y medidas —aquí es donde reside todo el alcance del problema del conocer— prescindiendo de la verdad o del ser de las cosas y del hombre; el progreso del conocimiento consiste sólo en perfeccionar los instrumentos de observación y el instrumento que es la razón con nuevas técnicas de cálculo respecto al fin del disfrute de las cosas, del dominio del hombre sobre ellas y sobre el hombre mismo: saber es poder de dominio también, sobre todo, de un hombre sobre los otros. No sólo se pierde el límite entre la naturaleza y el hombre derribado desde su «confín» por rechazo de su ser y renuncia a su dignidad ontológica, sino también el ser de todo ente, «tomado en consideración» no por ser sino por la utilidad que se puede sacar de él, en cuanto utensilio, decentado con experiencias y cálculos, instrumentos también ellos del hacer, del que el hombre mismo es instrumento. En efecto, el envilecimiento del ser —todo él mundanizado, naturalizado, historizado, secularizado y perdido— es también envilecimiento de las cosas, de la razón, de la experiencia que se pretende revalorizar; perdido el ser, se pierde el saber y el ente: el *ens* sin el *esse* es nada *(niente)*, es un sin sentido, lo insignificante; lo es el mismo hacer humano, que triunfalísticamente se pretende que sustituya al ser.

Contemporáneamente, Galileo, el verdadero filósofo del método de la nueva ciencia, marca la distinción entre ésta y la filosofía, las pone en relación, no opera ninguna reducción o sustitución: Galileo renueva la tradición, no la rechaza; es la ciencia la que encuentra su justo puesto en el complejo armónico de los valores en la forma propia del Occidente.

Pero la posición de Bacon —que, heredada por el empirismo y por el iluminismo, por medio de Kant, ha atravesado el siglo XIX y el nuestro— puede ser entendida como correc-

ción; en efecto, bajo ciertos aspectos, puede ser vista como reacción respecto a cuantos exaltan el puro bien personal, la sola «salvación del alma», como si el hombre no tuviera un cuerpo con mil necesidades, que también son del espíritu; respecto a cuantos desatienden a la *civitas hominis.* Posición ciertamente fácil para quien *tiene,* pero que «reduce» la ontología al ser «invisible» y viola también un precepto cristiano; se empuja a la egoidad por odio cuando es defendida como protección de intereses con la coartada de la «superioridad» de los valores espirituales y el ascético desprecio de los bienes materiales que uno posee y tiene muy cogidos incluso a costa de matanzas. Como hay una opresión de la «materia» sobre el espíritu, así hay una del «espíritu» sobre la materia, dos formas de estupidez opuestas y en el fondo idénticas; en efecto, la segunda es ejercida por quien posee tanta «materia» que está cegado por ella, ya que quien está de verdad a nivel del espíritu y del ser no desprecia cuanto es «bien» material, sino que más bien le tiene un sagrado respeto porque sabe que es al mismo tiempo bien espiritual si es considerado como bien del hombre para su prueba en el mundo.

Esta última posición es la del Occidente auténtico, la de la mejor cultura cristiana desde la Patrística hasta el Renacimiento, la cual, fundada en el principio del ser que empapa de sí incluso al tener, tiene respeto por las formas del ser y por todos los seres. El problema, por lo tanto, planteado explícitamente por el Renacimiento, era, y es todavía, el de corregir la estupidez del «vale sólo lo invisible» sobre el fundamento del ser en todo su proceso dialéctico hasta Dios —de donde la reafirmación de que el fin de cada existente no es sólo social y mundano sino, «a través» de lo mundano y de lo social, la personal purificación del mal en la vida comunitaria— y no el de rechazar el ser por los hechos

«visibles» con la insolencia de construir el reino del hombre sobre la negación del reino de Dios. En otros términos: sólo manteniendo y profundizando la cultura occidental y los valores que la constituyen, cuya laboriosísima gestación en pleno Romanismo helenístico requirió nueve siglos desde Tiberio a Carlomagno y cuyo desarrollo se expande por otros seis, hubiera sido posible corregir sus insuficiencias y deficiencias, hacer replegarse en un proceso de perfectibilidad cuanto de estupidez también ella contiene para hacer más operantes todos los valores incluso respecto a los fines de la *civitas hominis*, consagración, si se prefiere, también de las realidades terrestres y de lo corpóreo, que a fin de cuentas es concepto cristiano siempre presente en la cultura cristiana. En cambio, se ha pretendido revalorizar estas últimas con la opresión de las otras, exiliando así al Occidente de la historia o insertándolo en ella adulterado y «reducido» por una cultura no occidental: con la ruptura del equilibrio renacentista, que, en cambio, era necesario consolidar, ya que se inclinaba del lado del mundo, y con el torcimiento del problema comienza el Occidentalismo y su marcha hacia el nihilismo [10]. Si Bacon y sus descendientes de ayer y de

[10] De esto es prueba el hecho de que, desde aquel momento, el enemigo por abatir, el objetivo primero y constante por destruir, ha sido y es la Iglesia católica, alma de la cultura occidental, aunque sufra ella misma, y ¡cómo!, todas las miserias humanas. Esta lucha ha contribuido a la pérdida del Occidente, pero no de la Iglesia que, enterrado el Occidentalismo o incluso con él, puede empapar de sí misma cualquier otra cultura, dentro de la cual renacerá el Occidente, no ya, repito, como cultura occidental, sino como cultura nueva: toda cultura nueva es el porvenir de una pasada, viva en ella, pero diversa de la de otro tiempo; por eso mueren las civilizaciones, pero no cuanto de válido han revelado las culturas, aunque durante siglos sean exiliadas de la historia. Puede también suceder que el Occidente geográfico sea destruido junto con sus «productos» culturales; no importa: la humanidad volverá a comenzar el duro camino de búsqueda de sus valores, que darán lugar a nuevos productos culturales, y la

hoy hubieran sido y fueran «filósofos», habrían tenido o tendrían una lejana sospecha de lo que es filosofía, no habrían contrapuesto una «reducción» a otra, sino que, atravesándolas a entrambas, habrían planteado el problema con inteligencia para una profundización adecuada y siempre susceptible de ulteriores desarrollos.

Contemporáneamente a Bacon, otro filósofo del método, Renato Descartes, «reduce» el pensamiento a la razón matemática de las ideas claras y distintas, y ataca a la tradición y a la cultura humanística: matemática y física, aunque Descartes continúa escribiendo metafísica y ensartando pruebas sobre la existencia de Dios, como por lo demás no pocos empiristas e incluso deístas e iluministas. Pascal replantea, contra la reducción cartesiana, el principio dialéctico y la problemática de la cultura occidental, pero queda dentro de la decadencia en curso, en vez de atravesarla con la profundización del problema impostado desde el Renacimiento.

Sustituido el principio del ser por el método y reducido el ser a un *quid* incognoscible o vacío, inútil al progreso humano, después de un siglo de preparación, en el que todavía el Occidente con escritores significativos resiste al Occidentalismo, éste tiene su afirmación explosiva en el iluminismo, el siglo de las «luces», de la razón humana deificada, diosa que, en último análisis, como «razón natural», se reduce al sentido común, cuyos instrumentos de conocimiento son los sentidos y los instintos, infalibles como en los animales y sustitutivos de la argumentación conceptual, en busca de particulares para fines particulares, útiles al bienestar humano y a la civilización. La inteligencia y la verdad son suplantadas y perseguidas con furor de salón

---

Iglesia católica continuará su viaje en el mundo hasta que Dios ponga el «punto» a la breve y milenaria «frase» que llamamos historia.

y fanático para liberar al hombre de las supersticiones y de los prejuicios, que en el lenguaje antifilosófico y anticultural de los iluministas son: los principios metafísicos, ontológicos y morales, cualquier verdad sobrenatural y que en cualquier caso no sea reducible al sentido común o a la razón natural, cuyo cometido es el de limitarse a los «hechos» y de rechazar como prejuicio intolerable y tiránico todo lo que no es reducible a este nivel de conocimiento, el único que merece el nombre de «verdad» digna del hombre. De aquí la ruptura con la cultura occidental auténtica, de la que se reniega en bloque, o su reducción, incluido el pensamiento clásico griego y romano, al nivel de la *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et de métiers*, donde se habla de filósofos y de filosofía en la medida en que entran en estas tres casillas iluminísticamente entendidas; el proceso al Cristianismo como responsable de todas las injusticias, tiranías y miserias de la humanidad —y es el primer clamoroso proceso que el Occidentalismo hace al Occidente, renegando de sus valores, que ya no sabe conocer—; la negación de la libertad, en nombre de la cual funcionaba la guillotina, depurada como dimensión y purificación interior del mal y reducida a capacidad de dominio de las cosas e incluso de los hombres, a la sola «libertad de hacer», es decir, a la remoción de los obstáculos en favor de la espontaneidad animal y humana, correspondencia perfecta entre el determinismo de las leyes naturales y el de las humanas acciones. Sigue la ingenua utopía de que, hecha *tabula rasa* del pasado, en brazos de la sola razón natural, dirigida a cosas útiles y agradables, según las indicaciones de los humanos instintos y destapadas las más rápidas reformas de todas las estructuras —a excepción de las de las iglesias confesionales, todas para demoler— de golpe, por el prodigio de tantas «luces», la humanidad vendría a ser perfec-

ta, realizando el *regnum hominis* o el paraíso en la tierra, siendo alcahuetas la técnica, la ciencia y la tolerancia intolerable hacia la verdad que no fuera el «sentimiento universal» de los hombres, en nombre del cual, en el *Nathan* de Lessing, todos los protagonistas, ya no «divididos» por la verdad, se abrazan «unidos» por su ser sin verdad, es decir, por su no-ser ya a la altura del hombre [11].

---

[11] En el fondo de esta exaltación del hombre hay un radical envilecimiento y desprecio de la naturaleza humana, reducida al mecanismo de la vida vegetativa y sensitiva, a los instintos animales y humanos, con una «razón» a su servicio y también ella elemento del mecanismo, el hombre mero «animal racional» en el sentido que hemos aclarado en la primera parte. Concebido así el hombre, los iluministas, cuyos maestros son Bacon y Hobbes, no pueden admitir coherentemente otra verdad teórica y moral que no sea útil (o que no lleve a ello) o que de algún modo satisfaga la naturaleza humana, ni dejar reducir todo otro valor a lo útil mismo y a lo agradable; de aquí toda la vida social, política, económica y jurídica concebida como un conjunto de instituciones reguladoras de los egoísmos, y la justicia y la libertad entendidas como las resultantes de esta «reglamentación». En la raíz hay una concepción pesimista del hombre, sobre la que influyen, privados de sus elementos religiosos y teológicos, el protestantismo inglés y el jansenismo francés, que, mundanizados, dan lugar, el primero al puritanismo ético coincidente con el «decoro» y la «respetabilidad» que producen prestigio, carrera, ganancias y poder, y el otro al «libertinaje» del pensamiento y de la voluntad. En efecto, el jansenismo, negada la gracia divina, se propone como libre o espontánea extinción de nuestros instintos corrompidos. De Sade, como he escrito en otro lugar, es la ética iluminística al desnudo. Rousseau contrapone el hombre «bueno por naturaleza» al hombre corrompido por la civilización, y en apariencia parece invertir la antropología iluminística; pero su «hombre bueno» es también la «espontaneidad» de los instintos, que por naturaleza no están corrompidos: sólo se trata de no obstaculizar su desarrollo espontáneo. Sobre tal hombre basa su concepción política y de él hace una unidad de la «soberanía popular», que, sobre el fundamento de los instintos y de una libertad como espontaneidad, por un lado, lleva al estado totalitario y, por otro, hace *tabula rasa* de la tradición para recuperar la primitiva bondad humana, corrompida por la civilización. Rousseau es uno de los escritores más típicos del Occidentalismo. Una confirmación histórica del envilecimiento de los valores del Occidente la

El iluminismo marca una de las etapas fundamentales de la reducción de la filosofía a ideología, que es la negación *in toto* de la filosofía y de su problemática, de la misma cultura, de donde la reducción a la ideología de la gnoseología, de la moral, de la estética, de la religión, etc., es decir: métodos y principios cualesquiera que sean, desde los de la búsqueda de la verdad a los propios de la razón, son aceptados o rechazados en el plano social-político, el banco de la «verificación», como se dice hoy, que inapelablemente «juzga y manda». Pero este plano es caracterizado por el juego de las opiniones, mudables como es mudable la realidad social política económica; por lo inestable de las mayorías y de las tiranías y por sus humores del momento por conveniencias individuales o de grupos o de partidos; por todos aquellos elementos ocasionales, pasionales e irracionales que vuelven a entrar en este juego. Así la «verificación» no tiene nada de «verdadero» ni recibe su verdad de alguna verdad, como tampoco hace verdadero a ningún hecho; es sólo la comprobación del hecho mismo social y político, de hoy y de mañana, verdadero en cuanto hecho; «verdad» del momento a que todo es reducido, asimilado y subordinado incluso con la violencia de los fanatismos de las opiniones en conflicto, ya que ningún «principio» los controla y los limita en la ausencia de la inteligencia. Una cosa es decir que la filosofía, el arte, la religión, etc., obran sobre la política y la vida social y, por consiguiente, deben tener en cuenta tales experiencias y sus problemas, y otra es asignarles como fin la realidad social y política, lo que significa hacer de ellas su instrumento y negarlas. Desde este punto de vista, aparte

dan las interpretaciones preiluminísticas e iluminísticas de Sócrates, tomado como figura emblemática, tal como las ha reconstruido profundamente M. A. Raschini en el volumen *Interpretazioni socratiche*, I, Milán, Marzorati, 1970.

cuanto ha renovado de estructuras —aportación positiva al «cuerpo» del Occidente, pero ya no positivo ni siquiera para el cuerpo en la medida en que ha envilecido su alma—, el iluminismo es una etapa del oscurecimiento de la inteligencia y del «historizarse» del Occidentalismo en su primera fase «burguesa» o de dominio de una clase social «respetable» democrática y materialista, no obstante algunas oposiciones pronto marginadas o debidamente reducidas por el progresivo proceso de pérdida del Occidente [12].

El iluminista Kant cree llegado el momento para la «revolución copernicana» de la filosofía: el mundo gira en torno a la razón, legisladora de la naturaleza; la razón ha alcanzado la mayoría de edad, ha aprendido bien el uso de sí misma y lo aplica a los datos de la experiencia sensorial, haciendo posibles las ciencias matemáticas y físicas; la voluntad se da a sí misma la ley moral e instaura el reino moral de los fines. El ente no se conoce en el ser ni el hombre piensa para el ser, reducido a una de tantas categorías de la razón, órgano funcionante en los límites de la experiencia fenoménica: el conocimiento racional es «representativo» sobre la base de la «aprehensión» sensorial. El ser, reducido a lo que no es el ser, se pierde en el punto de partida; la ontología de discurso sobre el ser revelador del ser o de la verdad de todo ente se resuelve en la gnoseología entendida como representación del ente para expresarlo [13].

La llamada revuelta romántica, que, por un lado, replantea el tema de lo eterno y del misterio en polémica con

12 Para un juicio más desarrollado sobre el iluminismo, su «antifilosofía y su «anticultura», véanse nuestros libros *Filosofia y antifilosofia*, trad. esp. cit. y *Gli arieti contro la verticale*, cit.

13 A quien objetase que Kant «no es sólo esto», le respondería que lo «otro» o el «resto» se funda en esto y lo confirma. Véase sobre este punto mi obra *Filosofia e metafisica*, trad. española con el título *La existencia de Dios*, Buenos Aires, Troquel, 1960.

Kant o con Fichte, pero siempre dentro del kantismo, y, por otro, reanuda con Hegel el discurso sobre el ser o sobre el fundamento, mas para decaer en un historicismo que tiende a hacerse radical, es otra fase de decadencia, aunque, teniendo en cuenta sus otros aspectos culturales, la más vigorosa y rica en despuntes positivos y en fermentos válidos; inescuchado, Schopenhauer entrevé el nihilismo hacia el que el Occidentalismo avanza, pero su solución no lo supera; sólo Rosmini, como ya he dicho, sistematiza una original reanudación del discurso sobre el ser y, en polémica sobre el pensamiento moderno desde Bacon a Hegel y al naciente socialismo, plantea el problema del renacimiento de los valores del Occidente en su complejidad; pero también él es marginado. Los desarrollos del kantismo prevalentemente hacia el positivismo, y los del hegelismo hacia la llamada «izquierda hegeliana», de acuerdo con el progreso científico-técnico y el surgimiento de la cuestión social exasperada por el capitalismo, engendran un nuevo iluminismo, todavía hoy en pleno desarrollo: las fuerzas de la decadencia, a excepción de Nietzsche, se hacen cada vez más débiles hasta llegar a ser expresión de la misma corrupción; cada vez en menor número las antorchas que esta última amenaza y aterroriza [14].

El avance de lo que globalmente se llama «socialismo», sobre todo en la teorización de Marx, y la consolidación del capitalismo en la teorización liberal han dado lugar al choque de dos puntos de vista, anverso y reverso de una concepción

---

14 Los tres momentos —decadencia-corrupción-reafirmación de los valores— se hallan frecuentemente sincronizados, aunque no faltan momentos diacrónicos hasta el momento en que prevalece la corrupción, en la que una civilización se disuelve; pero precisamente esta disolución, después de una fatiga más o menos larga, permite el nacimiento de una cultura nueva.

materialista, cara y cruz de la misma medalla iluminista puesta al día respecto a las nuevas situaciones históricas: el Occidentalismo en la forma liberal-capitalista «se estabiliza» y avanza hasta tener en los Estados Unidos de América —ya con la Primera Guerra Mundial— su aceleración y hoy el campeón del llamado Occidente; penetra en Rusia con la Revolución de Octubre en la forma marxista-anticapitalista, hasta hacer de la U. R. S. S. el campeón de la revolución mundial para un nuevo mundo; pero en un caso y en otro con el «peso» de su materialismo, con su método de reducción de todos los valores al de la sociedad del bienestar y de la justicia social, hasta tocar un secularismo tan envilecedor y chato que ya no puede llamarse ni siquiera «horizontal». Y así también los valores del Oriente ruso propios de su tradición y de su siglo XIX, encadenados por el zarismo, son perdidos por el Occidentalismo de importación, que llega a ser una forma de Orientalismo, mientras que el europeo, primero con la ayuda y después con la aplastante prevalencia de los E. E. U. U. de América, entierra también los restos del Occidente y con ellos a los «occidentales» supervivientes, los sepultados vivos que esperan a los excavadores, a los mismos que, también para recuperarle a la inteligencia todas las aportaciones positivas, serán los enterradores del Occidentalismo en todas sus formas, incluso del que ha penetrado en Asia y en otras partes.

El proceso reductivo o anonadador y a la vez triunfalístico —perdido el ser, incluso el particular, el fenómeno, el dato, son sustituidos por fórmulas en función «operativa» o del hacer, y la concepción del hombre sigue la misma suerte— caracteriza dos aspectos significativos de lo que hemos llamado el «optimismo débil». La euforia de rehacerlo todo hoy en vista del mañana masculino —la vida eterna reducida a lo secular perpetuo— da peso al *homo faber*, todavía orgulloso

de ser él el principio de la verdad y de la moral; por eso se exalta hasta autodeclararse el «heredero de Dios»: Kant es el pedante notario de esta transmisión de herencia, y Fichte el primer despreocupado propietario. Pero como todos los arribistas, el forjador, caído del nivel kantiano y fichteano, pasa a insultar al «viejo» Dios «amo» y «tirano» y a exaltar al «nuevo hombre» nacido de la muerte de Dios, pero quiere para sí los atributos de la «buena alma» como decoraciones para las fiestas [15]. El otro aspecto del optimismo débil, coherencia del primero, no hace al hombre heredero de Dios ni lo pone en su puesto; simplemente habla de Dios filológicamente, sociológicamente, en términos de antropología cultural, etc., como uno de tantos mitos que la humanidad ha ido construyéndose, a estas alturas caído definitivamente en desuso como «superfluo» o «dañoso»; así, de Dios no se plantea ni siquiera el problema, y el hombre puede dedicarse

---

[15] Concebir a Dios como el «amo» del hombre, su negativo, el «usurpador» de lo que corresponde al hombre, es típico de las civilizaciones corrompidas y materialistas, que lo conciben todo en términos de potencia y de dominio; perdido el plano religioso, la «insensibilidad» y la estupidez desahogan su odio contra lo divino y lo sagrado. Buena parte de la publicidad del llamado «libre pensamiento» propaga este ateísmo vulgar y vociferante, forma de satanismo: hacer creer que nos pertenece lo que no compete a nuestro ser, y, por tanto, persuadir de que nos han usurpado algo que es nuestro por derecho. Así Dios, en el marxismo y en otras ideologías sedicentes antimarxistas, es considerado como una de las fuerzas opresivas, y la religión, como aliada de la «reacción»; eliminarlas es contribuir a eliminar la «alienación», que en cambio es típica de todas las sociedades impías. Es ésta la consecuencia del llamado proceso de «desteologización»: Hegel desteologiza el cristianismo protestante; Feuerbach, Marx y la «izquierda» hegeliana desteologizan a Hegel, todavía desteologizado por Croce y por otros; los neomarxistas y los tecnócratas desteologizan a Marx e incluso a Lenin, etc., una verdadera «república democrática y progresista» de párrocos, de los que uno se afana por laicizar al otro; al final, una serie de sectas de curas reducidos al estado laico.

atentísimo a hacer, no molestado ya por ningún tipo de ideales, viejos tabúes de vacía retórica, y disponible en su totalidad para «valores» al día. Este «vacío» es el trampolín de lanzamiento del binomio producción-consumo de las cosas para mínimos usos como las más espectaculares, buena mercancia en la planificación de los gustos para todos los mercados, cuyo ser es sólo el ser usada y tirada; y también el hombre es mercancía. Y cuanto más se produce y consume, más sube la fiebre de la euforia, estimuladas por la propaganda y la publicidad, medidas por los termómetros bien amaestrados de la estadística y la sociología: la mentira orquestada e impuesta.

Esta última forma de optimismo débil ha descendido no poco de nivel respecto a la de los siglos XVIII y XIX, pero no le ha menguado la carga; es más, se considera el definitivo parto masculino, destinado según las previsiones infalibles de los técnicos y de los expertos a un radical secularismo humanitario, al terrestrismo omnicomprensivo, la «nueva frontera» de la felicidad universal y permanente, de que se habla con acentos proféticos; y el profetismo pululante es una de las características constantes de las épocas de corrupción, el portavoz de la desacralización en su aspecto, negado lo sagrado, de consagración de lo profano, que no puede llamarse ni siquiera ídolo o fetiche; en efecto, éstos, en su primitividad, son formas religiosas y sacrales. Así el Occidentalismo coincide con el extremo nihilismo, inconsciente de que comporta la pérdida del ser y también de la nada *(nulla);* esa, y no esta o aquella forma de ateísmo, la verdadera corrupción que marcha hacia la edad post-occidentalística, pero en modo alguno postcristiana, como profetizan los secularistas; más bien el Cristianismo, no ligado a ninguna civilización o cultura, precisamente en el post-occidentalismo, continuará en condiciones más favorables su obra de salvación. Llega-

dos a este punto, no hay «discurso» —y en efecto no lo hay— sobre el arte, la moral, la religión, ni tampoco sobre la ciencia, la política, la economía, ya que la pérdida o el desconocimiento total del ser aniquilan todo discurso y diálogo, la comunicación; quedan una cabalgata de cálculos destinados a las varias «especies» de producción para el solo «género», el Consumo, y una avalancha de apetitos apremiantes; la catarata embiste también a los productos intelectuales y morales, que de grado o por fuerza organizada se van al garete.

En el plano filosófico, este nihilismo hace imposible también el discurso sobre la Nada, propio de algunas formas de «pesimismo fuerte». En efecto, aquel discurso sigue siendo filosófico: no puede prescindir del otro sobre el Ser, ni, por consiguiente, del principio dialéctico; es todavía búsqueda del logos, aunque lo niega y lo reduce a la opinión o a lo que no es logos del pensamiento; es antifilosofía, pero en relación a la filosofía. Tal, por ejemplo, el discurso de Gorgias y, en un sentido muy diverso, de Hegel; de algunas páginas de Bacon y de los mejores iluministas, etc. Puede conducir a la construcción de ideologías a las que quedan reducidas la filosofía, la moral y la religión —y en este sentido es antifilosofía, antimoral, antirreligión—, pero sigue siendo un discurso que no puede dejar de tener en cuenta la exigencia filosófica, religiosa, etc., incluso de sufrirla en el momento en que la maltrata, reduce y subroga. En el nihilismo inconsciente hasta el punto de que se presenta como plena conquista del verdadero hombre —y es el máximo de corrupción y a la vez de responsabilidad y de culpa por haberse reducido a ceguera—, el ser se hunde y se produce la oscuridad, y será cometido del post-occidentalismo volver a hallarlo y reeducar las mentes para soportar gradualmente su luz. Con el ser también se ha hundido la nada *(nulla):* no hay la Nada en lugar del Ser y por consiguiente ontologizada, hay *nada*

(niente), por esencia no entificable ni nulificable. No sólo el filósofo, también el sofista, a pesar de ser tan prolífico, está muriendo en la apretura de la estupidez afilosófica, o mejor anoética *tout court*. Montones de «barruecos» como «L'Être et le Néant» son superadísimos y sustituidos por otros montones, como, por ejemplo, «Les nomes et rien».

Del Ser que deviene y del hacerse histórico del mismo principio de la verdad y de todos los valores, a la Nada del ser y de los valores; de la Nada *(Nulla)* a nada *(niente)*, negación del mismo devenir, de la historicidad y de la historia, no queda ni siquiera lo empírico, en el escuálido conformismo que se baraja y estanca: *nombres* sustituibles, intercambiables, según que sea útil o cómoda o agradable esta o aquella manipulación técnica; queda un cerebro electrónico cada vez más cargado de tantas y tantas palabras, al mando de quien ordena la hipnosis del pensamiento. El nominalismo contemporáneo, a diferencia del de los siglos precedentes, aunque descendiente suyo, es la gnoseología de nada *(niente)*; de aquí las deformaciones radicales del derecho y de la moral, de la política y de la filosofía, del arte, de la religión y de la teología, que dan lugar al nominalismo jurídico, moral, teológico, etc.; en el límite, se desciende más acá del crimen, del inmoralismo, del ateísmo, y todo viene a ser un montón de etiquetas insignificantes[16]. Y las palabras llenas

---

16 Esto explica por qué el laicismo de la «conciencia moral», de la cultura como «vida moral», de ciertos ideales de honestidad privada y pública, de libertad, de humanidad, etc., propio de hombres ligados a conceptos iluminísticos del siglo XVIII, positivistas e idealista del XIX y del XX, se encuentra hoy desorientado, envilecido, impotente aunque se dé qué hacer; solícito, más aún que muchos católicos arrastrados por el Occidentalismo, en defender los valores morales y religiosos contra los ataques de la «disensión» e incluso contra las llamadas concesiones de la Iglesia, como si tuviera miedo de que le faltase aquella barca que sin embargo quería abismada para siempre. En cierto sentido, se ha deshecho también el laicismo; si se quiere, ha

de nada *(niente)* van velocísimas, se persiguen, se amontonan, mezclan y confunden; las ideologías duran un alba de bizantinismo; las vanguardias sin interrupción nacen muertas, y nada hace más ruido que los esqueletos; todo se presenta confuso a la primera mirada, y superado a la segunda; y se nos exalta y se nos glorifica tan vertiginoso «progreso», las rápidas mutaciones y los cambios, que es como decir que no hay nada sólido, estable y verdadero, de lo que nacen los verdaderos cambios profundos, siempre lentos y por eso duraderos. En realidad, no se mueve nada, nada cambia; sólo se destruye cuanto sigue sobreviviendo del Occidente y de sus productos culturales; por lo demás, la parálisis, el inmovilismo en la cadena producción-consumo, al hilo de *smog* de la facticiencia en que el Occidentalismo va consumando su corrupción. Lo creado natural y humano en esta concepción nihilista, vanificado, «sustituido» por un cúmulo de *fiches* para la *roulette,* juego en que todos triunfan fácilmente; pero cuantas más *fiches* cobran, más los aplasta la insignificancia de nada *(niente).* Éste es el oscurecimiento de la inteligencia o la ciega rebelión mixtificada del Occidentalismo contra el Occidente.

sido engullido por el nihilismo: esta vez no ha sido Saturno el que se ha comido a sus hijos, sino el hijo ciego y derrengado el que ha devorado al padre. Y quizá es un bien que se llegue al fondo de la nada *(niente)*; en este punto y hora cesa cualquier resistencia al redescubrimiento del ser, a su hacerse presente al pensamiento purificado y liberado del Occidentalismo desaparecido. Y el Dios de Cristo y de la Iglesia por Él fundada renacerá en el corazón de los hombres.

CAPÍTULO II

LA TECNOCRACIA O DE LOS FUEGOS FATUOS DEL OCCIDENTALISMO

1. LA TIRANÍA TECNOCRÁTICA Y EL CAMINO INVERTIDO DE LA SOCIEDAD DEL BIENESTAR

«Quienes se han hecho tiranos... han ganado crédito haciéndose partidarios de la libertad; pero, puesto que se han asegurado la potencia, han llegado a ser tiranos más graves que los que oprimieron» [1]. Desde hace tiempo, por un conjunto de condicionamientos externos bien maniobrados, fuerzas al menos potencialmente liberadoras, como la ciencia y la técnica, según se ha advertido, se han sustraído al servicio del hombre y han sido empleadas para nivelarlo y tirarlo fuera de sí mismo. De aquí la lucha en todas direcciones contra el principio de autoridad, a fin de que, hecho el «vacío», como ya he dicho, se instalase el autoritarismo tecnocrático, para el que sólo vale la «eficiencia» productiva creciente. Lo escribe en buenas palabras uno de tantos estadounidenses propagandistas propagados, consejero de Ken-

[1] J. B. Vico, *Il Risposta al «Giornale de'letterati d'Italia»*, edic. cit.

nedy: «la tecnología es siempre buena; el incremento económico es siempre bueno; las grandes empresas tienen como norma interna un incremento indeterminado; el consumo de los bienes que producen constituye el óptimum de la felicidad: y nada debe interferir respecto a la tecnología y al incremento económico, y al aumento de los consumos acordados por nosotros». Justamente ha sido observado [2] que «una sociedad así configurada no admite autonomías de superestructuras culturales, religiosas y políticas...»; es la sociedad del bienestar, tal y como se ha ido configurando, intrínsecamente totalitaria y «democrática» sólo en las formas, lujo que se puede permitir disponiendo de los instrumentos de control y de opresión [3]. Las democracias no son infalibles y raramente democráticas en la sustancia; también los totalitarismos tienen el sufragio de la mayoría y se adornan con distintivos que no les pertenecen.

Espanta en aquel himno a la tecnología el fanatismo implícitamente destructivo de todo valor que a ella no se reduzca o que en cualquier modo pretenda «interferir», consecuencia del oscurecimiento de la inteligencia unido a una obtusidad cerrada y ensombrecida: por un lado, el creciente progreso tecnológico da la «sensación» de que el hombre se ha embarcado en una fascinante aventura más allá de todo límite, de la misma medida del ser, como si se hubiera liberado de los grilletes; por otro, precisamente esta sensación revela a qué mezquindad lo ha reducido la estupidez reductiva de todo, hasta el punto de poder afirmar dogmáticamente, como palabra revelada de salvación, que el «óptimum de felicidad» consiste en el «consumo de los bienes» producidos e impuestos por las «grandes empresas», cuya norma es el «incre-

---

[2] U. Segre, *Ideologie*, 1968, pág. 29.

[3] A. Del Noce, «Appunti per una filosofia dei giovani», *Vita e pensiero*, núm. 5, 1968, pág. 403.

mento indeterminado». El ideal iluminístico-hegeliano-marxista de que el hombre puede realizar la «razón» en la historia —aunque la razón es entendida de diversos modos— desciende a un grado ulterior de decadencia o de corrupción, pierde el halo de la gran aventura, todo empuje moral e incluso social.

Pero hay más. El Occidentalismo, en la ausencia del pensamiento, «calcula» exclusivamente según la «lógica del poder»: imposición del poder neocapitalístico para el neocapitalismo, del poder burocrático del «aparato» para el comunismo ruso, del poder ideológico para el comunismo chino; las tres formas tienden a converger hacia una tecnocracia anónima a nivel mundial, ella misma máquina monstruosa perfectamente organizada, Jefe absoluto, y no ya un hombre o más hombres, de modo que se pierda también la memoria del *líder* o de quien tiene intrínseca autoridad y la pone al servicio de los otros, los ayuda con paciencia y dedicación para que cada uno se construya la propia vida personal según su inteligencia. Así, al empuje tecnológico, se van achatando las «puntas» del comunismo y las del neocapitalismo, maniobra de acercamiento de las posiciones para el apretón de manos entre la «izquierda» y la «derecha» por encima de la «cabeza» y sobre la base del común «pie» materialista: del encuentro de dos totalitarismos, desactivados el uno del fulminante de la «iniciativa privada» y el otro de la «dictadura del proletariado» y llamados a repartirse el poder, nace un nuevo feudalismo que hace posible el totalitarismo tecnocrático.

Su grandeza es la opulencia, y los *medios* le sobran: nuevos medios de producción, su perfeccionamiento técnico ininterrumpido, medios para todo respecto a no acabar, ya que la «máquina» exige el «incremento indeterminado»; el hombre mismo es medio de esta máquina, medio de produc-

ción y medio de consumo, a ritmo cada vez más acelerado: fin de tantos instrumentos, el bienestar. No aquel que tiene como fin al hombre y el desarrollo de su *humanitas,* sino el bienestar que se tiene como fin a sí mismo, es decir, el incremento elevado a fin supremo, donde el hombre ya sólo tiene un peso humano por un fenómeno de alucinación, por el sueño de la estupidez drogada por el «óptimum de la felicidad», que le hace ver como real lo que es fruto de su imaginación corrompida. Pero es ésta la condición, muertos de inanición el pensamiento y la libertad, a fin de que mande, sin sobresaltos o alzamientos de cabeza, el totalitarismo autoritario, el *trust* de «cerebros» privados de «mente». El método de la reducción y la egoidad por odio, separado el medio del fin —característica de las concepciones materialistas— y puesto el medio como fin —característica de las concepciones materialistas y también tecnológicas—[4] ha corrompido el mismo concepto de bienestar; le ha hecho perder el significado social de su difusión para todos, fundado sobre el principio moral y religioso de la unidad del género humano. De tal modo, por esta satánica inversión, el fin de crear las condiciones para la abolición de la esclavitud, el único que justifica una sociedad del bienestar, se resuelve en el de hacer a todos los hombres esclavos del bienestar convertido fin de sí mismo, no puesto dialécticamente «en relación» a los otros valores, sino «sustitutivo»

[4] Esto confirma cuanto hemos apuntado más arriba: la convergencia del neocapitalismo y del comunismo en la sociedad tecnológico-tecnocrática con la pérdida de aquellos «valores» que, bien o mal, el capitalismo burgués y el primer comunismo creían expresar y de los cuales innegablemente han contribuido a hacer tomar conciencia. Por lo demás, concepciones ambas materialistas y con matrices culturales comunes, no pueden dejar de reencontrarse en la «estructura» tecnológica, apagados los ardores de un tiempo por un «ardor» común, nueva profecía de felicidad terrena.

tiránico de cualquier otro, y, por tanto, fuera de la alteridad por amor. Llegados a este punto, es violentamente suprimido el problema, aplastada la opción, de cómo reproponer los valores morales y en general culturales de la tradición occidental, y queda impuesto triunfalísticamente, a través de la burla y el vilipendio sistemático de éstos, según ordena la corrupción occidentalística, el bienestar de una categoría, de una sociedad, de una nación, del mundo: «nivel de vida», nada más. Y esto por sí solo es nada *(niente),* ya que, repetimos, es nada «tener» sin «ser»: tiene quien es; quien no es, no tiene nada, aunque lo tenga todo. Fundamento del tener es el ser, que es también su medida, lo que signa su límite y lo hace significante, digno del hombre, el ser inteligente; pero la tecnocracia, como todas las tiranías, odia a la inteligencia: no puede imponerse, mientras no la oscurece. Por la lógica interna de sus presupuestos, el Occidentalismo ha alcanzado su éxito, que probablemente es aquel grado de corrupción que, consumido todo su pringue en el ritmo productivo y apagados los fuegos fatuos, permitirá al hombre tirarlo al osario.

2. EL PLAN RACIONAL DE LA TECNOLOGÍA O LA CONJURA CONTRA LA INTELIGENCIA

El plan de la tecnología al mando de los tecnócratas, minuciosamente calculado y siempre verificado, racional o funcional hasta la pedantería, no permite interferencias, como tampoco disturbios del pensamiento, de la inteligencia, que, teniendo por medida el ser en su extensión infinita, es crítica y dialéctica por esencia; sólo autoriza aquellos disturbios que él mismo provoca para mejor consolidarse y proce-

der, tolera los reabsorbibles que ya ha tenido en cuenta como partida pasiva en el balance de previsión, acepta los inevitables como desequilibrios internos al sistema y sólo para rectificar. Mande el «vértice» o la «base» —de aquí la inutilidad, respecto a la reconquista de la inteligencia y de los valores, de la contestación «de izquierda» o «de derecha», carente también ella de pensamiento crítico—, toda oposición al «universo tecnológico» es tronchada con la inflexibilidad que exigen los cálculos para el tranquilo funcionamiento de la máquina: no oposición, sino propaganda y publicidad organizadas; no pensamiento crítico, sino «investigaciones en equipo», para que el engranaje sea perfeccionado en eficiencia, según manda el vértice burocrático y tecnocrático, esté en manos de la industria privada, del estado o del pueblo. «Diálogo» sí, pero en sentido único: para el oponente no hay puesto; y las formas de violencia se multiplican según los casos, siendo una de ellas el «terror» o la agresión propagandística para obligar a la rendición, y otra, cuando la primera no basta, el silencio. Es evidente que, cuando se asigna al «nuevo hombre» tecnológico y al progreso en este sentido la suprema misión de realizar el «óptimum de la felicidad» como solución del problema escatológico de la humanidad y de lo creado en cuanto tal, sólo se exigen consensos hasta cuando ríe el asno, último viviente que da señales de humorismo. No pueden permitirse dudas críticas, «ideas» que escapan a los cálculos y llevan muy lejos; se exige la reverencia supina, infantil, tanto más aquiescente cuanto más agudamente se cultiva el infantilismo, y tanto más entusiasta cuanto más se le hace pasar por la anhelada madurez, meta alcanzada o alcanzable por todos, con tal que «se conformen», se masifiquen. Se trata de «persuadir», con el palo y la zanahoria, con todos los medios de sutil corrupción y de embotamiento, a aquel «sentido común»

exaltado por los iluministas, hasta hacerlo automático, de modo que pierda el vicio de hacer preguntas no sugeridas o autorizadas, y se disponga a recibir respuestas. De aquí la intransigencia dogmática contra la verdad intelectiva, contra todo conocimiento que no tenga como origen la experiencia exterior y como resultado el cálculo basado en los datos.

No la búsqueda de la verdad para vencer la duda, sino la abolición de la aborrecida que divide, abre el diálogo en doble sentido y rompe el plan, y también de las dudas, que también hay que exorcizar, de modo que no caigan sobre la eficiencia del plan y sus resultados finales; además, ya se sabe, la duda hace infelices, y aquí se trata de realizar el «óptimum de felicidad». Por consiguiente, la «persuasión» no puede no ser «acrítica», adialéctica; no el «asentimiento» de la voluntad y de la razón, reducida a mera funcionalidad —racional-funcional o práctica, y por lo demás indiferente, de donde se sigue el declinar de la razón—, sino el «consenso» de todos, mantenidos incesantemente bajo la presión del *homo calculans*, de modo que corran de cosa en cosa tras la felicidad, en el tumulto del hacer para tener: nunca quietos, pero siempre opiados, ya que, si estuvieran en paz y despiertos, no podrían eludir su condición humana de seres inteligentes, volentes y racionales.

La nuestra es llamada también «civilización de la imagen», y no sólo por el desarrollo creciente de la fotografía, del cine y de la televisión, sino porque el dominio de la imagen entra en el plan de la sociedad de consumo: la imagen es inmediata, a diferencia de la lectura; una serie de imágenes pueden correr con movimiento acelerado, no así las páginas de un libro que se quiere estudiar e invita a la reflexión; la imagen se puede regular en las manecillas del reloj, es decir, alinear en el regulador inflexible de la sociedad industrial, cuya esencia es el movimiento sin «paradas», pero no se

alinea el pensamiento, que no respeta otro tiempo que el suyo, y sólo le apremia la cita consigo mismo para comunicar con la humanidad de todo tiempo. Pero, para quien corre, el tiempo jamás es suficiente —el hacer sin el ser es como perderse en lo que uno hace—; sólo se tiene el tiempo necesario para «mirar» sin saber «ver», que es precisamente lo que basta a la imagen que está allí inmediatamente, y se va. Así las relaciones entre los hombres, y del hombre con las cosas, son rápidas y al mismo tiempo obvias: la imagen de Pedro y de Juan, de éste y aquél; y Pedro y Juan quedan como un Pedro y un Juan, y las cosas, como cosas; «relaciones humanas», y no «encuentros» profundizados. Única comunicación, hacer directamente sensible lo que se quiere comunicar, la información relámpago; y ésta es la imagen, sustitutiva de la intuición intelectiva, que sondea a fondo, de la conceptualización, del razonamiento discursivo, de cualquier mediación intelectual. El lenguaje ideográfico dispensa de la palabra y del pensamiento; y, ya se sabe, la palabra es la vía del ser, lo perdido en la carrera por el puro hacer con el fin de tener. Naturalmente la «opinión» que nos formamos del otro es ofrecida por la imagen de lo que de él se ve inmediatamente, por su «estado social», por lo que «parece» y no por lo que «es»; y el aparecer basta para las relaciones sociales, donde cada uno exhibe la propia imagen y es su apariencia, una máscara. De aquí la carrera por el tener, por lo adquirido, por el consumo, a fin de que la imagen sea cada vez más opulenta; y así los «asociados», cada uno en exilio de sí mismo e ignoto para el otro, viven sin existir; pero no deben existir, sólo deben vivir para la imagen que ofrecen, «felices» de ofrecerla. De aquí el martilleo de la imagen impuesto por el poder tecnocrático: entonces, rinde y no molesta, y refuerza el mecanismo. Y se repropone el «diálogo» en sentido único: cuanto más

pierde el ser una sociedad, más margina, envilece y desconoce el valor, más corre al nihilismo y a la corrupción y es más «avanzada» y «progresiva», y tal «progreso» va a la par con el avance de la tecnología, aunque ciencia y técnica no tengan ninguna culpa de ello.

Llegados a este punto, ¿cómo no avergonzarse del pasado, de la tradición, del Occidente? Y el Occidentalismo se avergüenza de él, destruye lo posible, y se dispone a hacer olvidar el resto como el tiempo perdido del ser, de la inteligencia, del pensamiento, de las «cosas elevadas» —de la usurpación de *élites* aristocráticas— y en homenaje al tiempo recuperado del hacer, de la estupidez y de los «derechos» de las masas «democráticas», que nunca han sido tan esclavas como ahora; pero éste es el precio del plan «racional» de la tecnología. Y el plan es perfecto: no conozco aliados más formidables que la estupidez, marginada la inteligencia, del conocimiento reducido a las «impresiones sensibles» inmediatas para cálculos operativos de una razón sólo funcional, práctica en el sentido más despotenciado, dirigida por los instintos animales y humanos y por la malicia que, ininteligente, es sagaz, astuta, oportunista, prepotente y servil; todo ello alineado en la horizontal terrestre y de una terrestridad reducida al mecanismo producción-consumo, en la ausencia incluso de aquellos valores que el terrestrismo del Setecientos y del Ochocientos tenía la ilusión de preservar. Pero el plan no puede imponerse sin acabar con *todas* las fuerzas de «oposición», una a una, para después destruirlas conjuntamente en un ataque concéntrico.

De aquí: *a)* la ofensiva contra el principio de autoridad, tachado, como hemos dicho, de autoritarismo, a todos los niveles y en todos los sectores —desde la familia y la escuela a la magistratura, a la administración pública, a la Iglesia, etcétera—, con objeto de instaurar sobre aquel «vacío» el

propio autoritarismo; así, corrompiéndose a sí misma, la autoridad económica se hace autoritaria respecto a los otros valores que no ve y niega; *b)* ofensiva contra la naturaleza y el ambiente, con objeto de destruir su «fuerza», para debilitar las resistencias del hombre «radicado» y con un *habitat* humano; *c)* ofensiva contra los sentimientos, de modo que la riqueza de esta zona humanísima que incluye entre otras cosas el amor y la fe religiosa, se haga estéril; *d)* ofensiva contra todo principio moral, contra la virtud, que son también fuerzas de resistencia incluso porque implican un concepto de libertad y de justicia, odiado por la sociedad del bienestar, y *e)* ofensiva contra las mismas ideologías políticas, cuya disolución abre la vía al poder industrial-sindical y lo hace simultáneamente poder ejecutivo, legislativo y judicial, absoluto [5]. Cada una de estas fuerzas implica el pensamiento —también la naturaleza, el sentimiento y la fantasía lo implican—, la «oposición» que hay que eliminar de raíz, la de la inteligencia del ser, el tremendo ojo que «ve» el plan tecnológico como es, y lo mide. De aquí la conjura contra la inteligencia.

3. LA OFENSIVA CONTRA LA «OPOSICIÓN» DE LA NATURALEZA Y DEL AMBIENTE

La tecnocracia, entendida como reducción de todo otro valor a la técnica usada como instrumento de poder en toda dirección, es impía por esencia al par de cualquier otra forma de estupidez; como tal, no respeta nada, sólo se ve

---

[5] De los puntos aquí enumerados, en este capítulo trataremos de los que atañen a la naturaleza-ambiente y a las ideologías políticas; estas últimas, por el motivo que se lee al comienzo del núm. 4 de este capítulo. Hablaremos de los otros en los dos capítulos sucesivos.

a sí misma, niega que exista otra cosa y, si existe, tiende a someterla o a destruirla como fuerza que se le opone. Para realizar el plan, a fin de que pueda avanzar sin peligros, es necesaria la «programación racional»; el elemento primero que hay que «integrar en ella» es el hombre, reducido a «unidad laboral» o productiva y a «unidad de consumo»; el otro es la máquina: el hombre es considerado como el que produce industrialmente y consume los productos que la industria saca de sus hornos. Pero el mecanismo no puede funcionar perfectamente si no se «persuade» por todos los medios al hombre de que su «óptimum de felicidad» consiste exclusivamente en emplear una parte de su vida en producir objetos industriales y la otra parte en consumirlos «agradablemente», con un margen para otros placeres o diversiones siempre a nivel industrial-consumístico, para alimentar también a la industria de estos productos, desde el sexo al libro, desde la excursión al cuadro. La persuasión no es fácil, aunque se dirige a un ser que, precisamente por inteligente, es estúpido, y el serlo puede ser muy cómodo y seductor; sin embargo, algunos elementos de la humanidad del hombre ofrecen tenaz resistencia, y la naturaleza humana no se puede destruir. No queda más que desviarla o desnaturalizarla, adormecerla o corromperla; el cometido de tal operación es confiado a la «programación», la cual se propone, siempre con métodos racionales o funcionales, destruir donde y cuando puede, desviar y corromper, escarnecer hasta gritar de vergüenza, todas las fuerzas de oposición o de resistencia.

Una de ellas es la naturaleza: el hombre es creado para vivir en ella, y de ella es como cuerpo una parte; se adhiere a ella substancialmente, si la siente correr en la sangre y la siente en todos sus sentidos y también en el alma, es su misma vida; la voz de lo creado lo llama, y la llamada es irresistible, lo sustrae al mecanismo de los dos vasos comu-

nicantes producción-consumo, bien ensamblados a fin de que él salga de uno para entrar en el otro. De aquí el programa de extrañarlo de la «madre», quitarle el terreno bajo los pies, destruir de la naturaleza cuanto es posible, embrutecerla, presentarla como responsable de la miseria, de la infelicidad y de la esclavitud del hombre durante tantos milenios. Pero, finalmente, han llegado la técnica y la industria liberadoras. El asalto indiscriminado a la naturaleza forma parte del programa y se articula en un perfecto plan táctico y estratégico: de destrucción del paisaje, de modo que la belleza natural ya no sea un atractivo, y el «estar viéndolo», la contemplación, no entretenga en el sitio más de cuanto baste a una visita turística o a una excursión con tanta batahola; de desacralización o profanación, de modo que no despierte ningún sentimiento religioso; de propaganda de las «ventajas» de la vida en las ciudades, hasta despoblar el campo y dilatar con otros brazos la producción industrial, obligando a cuantos permanecen en él a industrializarlo, de modo que sirva a otra expansión y esté en dependencia de la industria, apéndice de ella y sólo para aquellos productos que ésta no puede manipular del todo. Así se obtiene, por un lado, la erradicación de la naturaleza, incluso para quien vive en el campo, con la pérdida de aquellos valores propios de la vida agreste, y, por otro, el control de la producción agrícola en función de la industrial, manteniendo bajo su renta y sobre todo eliminando el producto «genuino», que hace competencia al adulterado, el óptimo.

El buen resultado de esta operación es confiado también a una bien organizada exaltación de las «ventajas» que se sacan del cambio y a la sordina puesta a la enorme partida pasiva [6], reforzada por la sistemática deseducación con rela-

[6] Aparte el problema de la contaminación del agua y del aire —de los elementos primeros de la vida universal— la denuncia es inequí-

ción al respeto y a la escucha de la naturaleza, sordina que se quita lo suficiente para alguna alarma provocada a propósito por entrar en el juego. Pero la naturaleza ha de ser «cultivada»; no se daña impunemente por avidez: obrar sobre un punto sin conocer hasta el fondo cuáles son las consecuencias y si se alteran los equilibrios, no es ciencia; es confiarse al acaso, otra denuncia de la pérdida del límite. Ahora bien, el orden del universo es tan complejo y secreto que, por cuanto el hombre pueda observar, experimentar y calcular, lo que puede conocer es casi nada respecto a lo que ignora. De aquí la cautela de la verdadera ciencia cuando no es envilecida y arrollada por intereses extraños, cegada por la *cupiditas* de todo; la prudencia, que es conciencia moral o la capacidad de distinguir el bien del mal, con que toca un equilibrio sin alterarlo, consciente de que se puede romper algo y desencadenar una serie de desequilibrios que

---

voca: 500 millones de hectáreas de tierras cultivables perdidas a causa de la erosión y de la salinización; dos tercios de los bosques improductivos; 150 especies de aves y animales extinguidas y otro millar en peligro de extinción, etc. En cambio, la técnica nos promete la utilización de las algas y de otras cosas con fines comestibles. En una reciente relación del «Centro de Informaciones de la Naciones Unidas» se lee: «Si las tendencias actuales se confirman, la existencia futura sobre el globo terrestre se verá ciertamente comprometida. Es urgente reclamar la atención del mundo sobre problemas que corren el riesgo de impedir a la humanidad vivir en un ambiente que permita la realización de sus más elevadas aspiraciones». Pero la tecnología no se desanima; nos hace saber que está dispuesta a otros cálculos, máquinas e instrumentos técnicos para solucionar fácilmente los «inconvenientes», y así el proceso de expansión técnica e industrial nos resulta siempre ganancioso. Justamente ha observado el escritor sueco Artus Ludkvist: «En último análisis el hombre vive siempre de los productos de la tierra: no se nutre de máquinas. Su verdadera patria es la naturaleza, esa naturaleza que el proceso de fabricación industrial somete a una explotación y a un despilfarro nunca visto». ¡Cada vez más bienes de consumo superfluos, y faltan el aire, el agua y el sol!

no se sabe dónde acabarán: sólo Dios, como dice Vico, conoce el universo, porque es su creador. Pero la verdadera ciencia es combatida hoy junto con la conciencia moral y el espíritu religioso, fuerzas reaccionarias que quieren perpetuar autoritarismo y privilegios, a favor de los «expertos» o «técnicos», inmunizados contra prejuicios estéticos, morales y religiosos, que todo lo ven limitándose a un puntito, y nada un milímetro más allá; se obra sobre este o aquel punto sin saber cuáles pueden ser las consecuencias; si se prevén, se callan, porque es bueno de momento disfrutar lo «encontrado». Las consecuencias se presentan puntualmente: dos lágrimas de cocodrilo, que, pagado el tributo, sigue siendo cocodrilo, encargando a otros «técnicos» reparadores de los estragos y a la vez manípulo de nuevos gastadores impíos.

Pero el ambiente del hombre es también la casa, su casa, en la otra más grande, que es la naturaleza; el «*habitat* humano» en el «*habitat* natural»: no es suficiente, para los fines de la operación contra las «oposiciones» al plan, desnaturalizar la naturaleza sin hacer «inhumana» la casa. Mas, para que los hombres, «persuadidos» respecto al disfrute de la ciudad, permanecieran en el «*continuum* de metal y cemento», era necesario, en un primer tiempo, dejar las casas de campo en el abandono, desvastar la armonía de la ciudad preindustrial, construir ese «geroglífico sociológico», como lo define Aldous Huxley, que es la mega-tecnópolis, sede de una humanidad radicalmente secularizada, inclinada, en la pérdida de todo otro valor, al puro buen éxito material; en un segundo tiempo, raer hasta el suelo cuanto sobrevivía de las casas de campo, aldeas o pueblos —otro negocio— para construir en ellos una *dépendance* de la ciudad que no despierte nostalgias. Convertido en soberano el espíritu «práctico», las ciudades debían ser construidas con el mismo cálculo cuantitativo, abstracto y anónimo que se aplica al

estudio de los fenómenos naturales; por consiguiente, nada de *habitat* «reveladores» de lo humano, sino funcionales e impersonales «cajoncitos» superpuestos sin ninguna preocupación estética, ningún «inútil» ornamento, aunque sea de buen gusto, de modo que el funcionalismo esterilice la fantasía y haga morir de mortificación los sentimientos y los afectos. La casa como «máquina para habitar», desacralizada y desacralizante, donde las familias, casi imposibilitadas de construirse vínculos afectivos, se «agrupan» —periferias suburbanas o barrios residenciales— según el nivel económico, única cosa que las «pone juntas» y las hace odiarse unas a otras, y divide los miembros del mismo núcleo familiar: todos juntos y cada uno encerrado en su aislamiento, cada uno solamente «hombre técnico», estúpido frente a lo bello y a lo feo, frente al bien y el mal, frente a Dios y a Satanás, sin escolta de alma y, por tanto, incapaz de invenciones religiosas, morales, estéticas y humanas. Y los fuegos fatuos se intensifican a la señal de «la casa para todos».

4. LA OFENSIVA CONTRA LA «OPOSICIÓN» DE LAS IDEOLOGÍAS POLÍTICAS Y LA «OBRA MAESTRA» TECNOLÓGICA

No está fuera de lugar, como puede parecer, tratar este tema en este capítulo; en el fondo, la actividad política en el sentido más amplio es la que debería contribuir a la construcción del tercer *habitat* del hombre, la sociedad. Si las clases políticas actuales cooperasen a este fin, habría hablado de él en el capítulo siguiente; pero las responsabilidades que pesan sobre estos ejemplares de corrupción y de Occidentalismo, de insensibilidad cultural y religiosa, me

obligan a hablar de él inmediatamente después del *habitat* natural y del *habitat* urbano, pues sus exponentes están próximos al reino de la fauna y de los vegetales y al del cemento y los ladrillos.

No obstante todas las santas alianzas, la tecnocracia no se siente segura y extrapotente mientras tiene que compartir el poder con los «políticos»; de aquí la lenta pero constante obra de marginación de la influencia de la clase política y de las ideologías, operación no difícil por hallarse esta clase en estado de avanzada disolución. Ya por sí misma, la sociedad llamada opulenta atenúa los contrastes sociales: las digestiones laboriosas adormecen los intereses políticos, y no solamente a ellos; los debates, a nivel utilitario-operativo, son puramente técnicos sin ideas que separen, turben y distraigan del hacer, por lo cual sólo hay puesto para los organizadores, los burócratas, los futurólogos, etc., con guarnición de sociólogos y psicólogos: falta asiento para quien piensa, y ni siquiera le está permitido asistir a los debates de pie. Arrinconar las ideologías políticas es evitar los contrastes de opiniones discutibles para ponerse de acuerdo sobre las «cosas» acerca de las cuales la disensión se resuelve por los cálculos basados en datos, que no admiten discusión: también la búsqueda de la «verdad» política separa, como toda búsqueda de verdad; el acuerdo se ha de alcanzar, pues, al nivel práctico de hacer aquellas cosas que favorecen la producción y el consumo, prescindiendo de cualquier otra consideración. Después, el otro sector de la organización, funcionalmente predispuesto, hará lo necesario, adormecido el asentimiento, para arrancar el «consentimiento». Además de las múltiples hambres —de Dios, de espíritu, de cultura, etcétera—, todas sistemáticamente amortiguadas por la superfluidad del obrar en el oscurecimiento de la inteligencia del ser, está hoy el hambre del pensamiento político, por

ausencia de políticos que piensen y de pensadores que reflexionen sobre los problemas políticos a nivel filosófico.

Lo mismo que hay moralistas de la «desmoralización» y teólogos de la «desteologización», hay políticos de la «despolitización»; todo ello es parte del programa de la tecnocracia: «hacer vivir la democracia», como escribe Servan-Schreiber, «sin democracia, inyectándole fuertes dosis de tecnocracia pseudodemocrática». De aquí la eliminación gradual de la influencia de los políticos para que el «sistema» sea más eficiente; la tendencia a formar gobiernos de técnicos, burócratas y funcionarios y, cuando no se logra, gobiernos que tengan, sí, un credo político, pero dominado por administradores técnicos; el sueño de una eficiencia productiva, mientras la pera no esté madura, con parlamentos compuestos por tecnólogos, por representantes sindicales y por cuantos cerebros estériles de ideas no sean fríamente funcionales. De aquí, además, el renacimiento de las castas, el totalitarismo, la dictadura tecnocrática, que puede ser ejercida por persona interpuesta, por un jefe de estado portavoz de la eficiencia, cuya «democraticidad» funciona así: los planes se prevén, elaboran y realizan en sede tecnocrática, la única que tiene el poder de decisión; luego hay que «persuadir» con la propaganda y la publicidad a las «masas» trabajadoras y consumidoras; por último, lograda la persuasión, someter los planes a la consulta «democrática», que da el «consentimiento», y ni siquiera a nivel del querido por Rousseau, aunque es su descendiente, en cuanto es «prefabricado» o, mejor dicho, «premeditado». A estas alturas, el duelo es entre falsas conciencias «democráticas», sustancialmente, cada una, totalitaria: la falsa conciencia de la ideología que se presenta como la verdad, y que es, en cambio, su mixtificación por ansia de poder y de predominio; y la de la tecnocracia, que quiere eliminar las posibles perturbaciones del

orden constituido y de la tranquilidad social, pero que permite desahogos de «izquierda» o de «derecha», porque son reajustables «racionalmente», integrables en las estructuras, de modo que la perturbación momentánea se resuelva en provecho de la productividad. En el segundo caso, los conflictos políticos racionalizados constituyen, desde luego, una ideología también, pero al servicio de la eficiencia, es decir, de quien, dominando las palancas del poder, dirige el desarrollo económico. ¿Cómo podría un sistema así ensamblado no odiar la inteligencia y la cultura también a nivel político?

Esto hace necesario el funcionamiento del otro aspecto de «democraticidad» de la eficiencia: potenciar la producción a costes cada vez más accesibles, de modo que «democráticamente» todos tengan y consuman las mismas cosas, sin privilegios de clase, y, al mismo tiempo, preocuparse constantemente de que cuanto se hace no incremente la formación intelectual del hombre, sino al nivel querido por la tecnocracia, y esterilice lo más posible la formación espiritual, una y otra peligrosas enemigas del «hacer para tener y consumir», en cuanto despiertan el ser para entender y crear obras reveladoras de valores. Y he aquí que el tecnócrata se interesa por la «modernización» o «funcionalidad» de las «estructuras escolares» y por la escuela «democráticamente» para todos, mas no por la formación o educación de docentes y discentes, que deben ser «como tú quieras»; se interesa por «estructuras» jurídicas, para que se bajen los «costes» de la administración de la justicia, mas no por la bondad de las leyes ni por su conformidad con el derecho; se interesa por los ferrocarriles, para que también ellos sean modernísimos, mas no por los viajeros, etc. Lo mismo que el urbanista está empeñado en construir la «máquina para habitar», así el «experto» escolar está llamado a construir la «máquina para aprender», el «experto» de la ley, la

«máquina para regir» los tribunales, etc. ¿Y la cultura, la justicia, la inteligencia? Suprimidas por «corte técnico», según la preclara enseñanza de los medios de comunicación de masas.

La compleja operación exige otros retoques desde el punto de vista político: la colusión con el sindicalismo y la domesticación del comunismo mundial incluso para corromper mejor a aquellos pueblos donde todavía es vigoroso o podría llegar a serlo. Debilitadas las ideologías políticas y reducida cada vez más la influencia de los partidos, el primer retoque es posible con un acercamiento del «poder» industrial al «poder» sindical, y de éste a aquél, no tanto en el plano de las reivindicaciones de clase, tema en vías de agotamiento en los países «desarrollados», sino en el de la administración del poder decisorio, ya que todo debe ponerse en términos de poder, eficiencia, éxito. Industria y sindicato, el gran matrimonio soñado por el tecnócrata, dos grandes «corporaciones» que pueden formar una «unidad» que haga invencible al colectivismo productivístico-consumístico, muerte de cualquier otro «incómodo» ideal: la industria concentrada en muchos potentados, casada con un sindicato unitario, administrado por los mismos trabajadores, uno y otra perfectamente funcionales y burocratizados. Hay lugar para el lujo de salvar las «formas» democráticas: un parlamento elegido por el pueblo soberano y «formalizado», algún centenar de «máscaras» para el doblaje.

Pero, volviendo al principio: para obtener este resultado no basta despolitizar los sindicatos, sustrayéndolos a la influencia de las varias ideologías políticas y de los partidos, sino que es también preciso vaciarlos de las ideologías sociales. De aquí el otro retoque: servirse de los diversos comunismos, incitarlos a renunciar a sus ideologías de modo que, desconectada la carga revolucionaria, se burocraticen, inte-

grándose en el juego, se envilezcan y se achaten en un socialismo incoloro y en un humanitarismo genérico: esto quiere decir la incitación martilleante a hacerse «democráticamente maduros», «modernos», de «rostro humano» [7]. La misma invitación es dirigida a todas las instituciones, incluidas las iglesias, de modo que se achaten las llamadas «ideologías» religiosas y se vacíen a través de la más radical secularización; así todo converge a la realización del «óptimum de felicidad» previsto por la sociedad tecnológica con vértice tecnocrático. Llegados a este punto, es idéntico el *slogan* en boca de socialistas y comunistas, de liberales y curas, de creyentes y ateos: «Felicidad para todos bajo la bandera de la producción y del consumo», mientras que, junto con todo signo que de cualquier modo apunte a un credo religioso, es amainado el zalamero: «Proletarios de todo el mundo, uníos».

El liberalismo burgués se oponía al socialismo y al comunismo en nombre de su ideal de libertad, y a las confesiones religiosas, en nombre del «libre pensamiento», herencia iluminística; el socialismo y el comunismo se oponían al liberalismo burgués en nombre de la «justicia social» y de la liberación del trabajo de la alienación, y a las confesiones religiosas, también ellas alienantes de los derechos y poderes del proletariado, capaz de realizar por sí, con la revolución, lo que antes delegaba en un imaginario y tiránico Dios cómplice, a través del conservadurismo de la casta eclesiástica,

---

7 Esto explica la decadencia primero y la corrupción hoy de la ideología marxista y leninista, en la U. R. S. S. y en los países del bloque soviético, y los ataques al comunismo chino y a sus derivados, que aún no se han dejado corromper, como también las simpatías que el último suscita en aquellos sectores del neocapitalismo que discuten a éste; pero, con ello, lo ayudan en cuanto lo liberan de las escorias que, depositándose en un punto, forman un forúnculo que el neocapitalismo mismo hace «estallar» o «reabsorber» según mejor le va a su salud.

de los abusos capitalistas; las iglesias, sobre todo la Iglesia católica, se oponían al uno y al otro en nombre de las verdades de fe y del destino del hombre a la salvación eterna. El desarrollo tecnológico industrial, para constituirse en poder tecnocrático totalitario, trata de eliminar las oposiciones, de castrar al liberalismo, al comunismo y a las religiones, de modo que haya una burguesía sin ideal de la libertad y del libre pensamiento, un socialismo-comunismo sin ideal revolucionario para una justicia milenarística, un catolicismo-cristianismo (incluso un islamismo, etc.) sin fe ni ideal de eternidad. Suprimidas las oposiciones que «separan», es fácil hacer resbalar a todos sobre la plataforma del «óptimum de la felicidad para todos» según el modelo tecnológico, amalgamarlos y fundirlos en un *amorfo* compacto, sin más sueños ideológicos [8]; ya no hay motivo para que burgueses, co-

---

[8] Como es sabido, un precedente significativo viene representado por el pensamiento político y social de Saint-Simon, definido por Santonastaso como una «tecnocracia liberal» y un «socialismo aristocrático». También para Saint-Simon, la clase industrial, que produce los medios para la satisfacción de las necesidades, es jeráquicamente superior a las otras, que le están subordinadas y deben trabajar para ella (justicia para las clases pobres y sociedad jerárquica); a los industriales o sabios corresponde hacer las leyes, y a los banqueros ponerlas en práctica (dominio de los bancos, de las compañías de seguros, etc.); el parlamento sólo debe tener carácter técnico y el cometido de armonizar la producción económica —fin de las contiendas ideológicas—; también el arte y la cultura en general deben ser científicos e industriales; política y ciencia se identifican; la política es ciencia de la producción, y el desarrollo de la ciencia es desarrollo de la política, de donde la función privilegiada del científico. Tal política tiende al gobierno del hombre sobre las cosas, dominio que desarrolla la civilización, de la que la libertad es una consecuencia: hay libertad donde hay prosperidad social, donde es vencido el pauperismo bajo el mando de los propietarios industriales; el capitalismo industrial —libre concurrencia e intervención moderada del Estado— representa el más elevado grado de la evolución social, la encarnación perfecta de la ley universal, la realización de la felicidad en la tierra, fin único y exclusivo de la organización política.

munistas y católicos no se «concilien» y entren de bracete en la «habitación del mando».

Para vencer todas las oposiciones [9], la tecnología se halla empeñada en ostentar su extrapotencia: la *máquina perfecta,* absolutamente racional e ininteligente, para la que han trabajado y trabajan millares de otras máquinas y centenares de millares de técnicos. Moderno Faraón, construye la pirámide de los «deslumbrantes» fuegos fatuos, la «torre» de la estupidez que sólo se hace ver a sí misma a través de su prosopografía hipertróficamente organizada, y trata de persuadir a negar todo lo que ella no sabe ver; la estupidez armada de todos los cálculos y calculadores, de una multitud de serviles προσωποποιοί, soberbia de la potencia que indiferentemente hace considerarse poderoso al poseedor del transistor o de la bomba de hidrógeno, al escritor «comprometido» y al de Estado, armados de premios a cambio de sus servicios: la «torre» de la estupidez completa de todo contra la inteligencia, triunfo del *homo calculator,* persuadido de que dominar las cosas o el espacio es la libertad o el dominio de sí mismo. El «Apolo» es el triunfo de la tecnología tecnocrática: ésta, por un lado, se halla lanzada al progreso técnico y a la expansión industrial; por otro, como resultado de un trabajo de «equipo» o de «masa de cerebros» [10], es el «producto» cultural que debe mortificar, hasta la extinción por vergüenza, a la cultura verdaderamente creativa, a los productos de la mente pensante, que son los que quedan y no envejecen. Uno de tantos alabadores de la empresa ha escrito con satisfacción: «hoy, el agente

---

9 De las de la cultura y de la religión hablaremos en los capítulos sucesivos.

10 Es de notar cómo hoy difícilmente se dice «mente» ni tampoco «cabeza», sustituidas por «cerebro», por el «órgano»; y *mens* deriva de *mensura.*

del progreso ya no es el genio, sino la organización, el encuentro entre los hombres en un plano de paridad». Aquí reside el saber humano, sumado todo en la empresa espacial sin espacio para el pensamiento personal y creativo; suma —y proscripción a las «síntesis»— de las especializaciones de una miríada de técnicos; el saber en su más compacta y masificada «expresión colectiva», única anónima protagonista, que se burla del «héroe romántico» como demiurgo del saber. Mucha es la fe y la esperanza de la tecnocracia en cuanto a exorcizar con este y otros espectáculos el sentimiento, el pensamiento, la fantasía, el aburrimiento y la muerte para realizar su ideal: la Organización Mundial Tecnológica, es decir, la difusión del Occidentalismo que englobe en una tecnocracia socialista o en un socialismo tecnocrático la explosión comunista, nacida en una fase de su proceso de corrupción, de modo que tal proceso se perpetúe y el Occidente quede enterrado. Éste es el plan de «democratización» de la cultura, coincidente con el de la total reducción del hombre a masa, de suerte que, reducido a número, se puede prever puntualmente su conducta o predeterminar su orientación según el interés de los poderosos, cosa imposible cuando la comunidad consta de personas «formadas», cada una de las cuales es ella misma. La masificación radical permite al poder el dominio sobre la masa; por eso la deja siempre en manos del ama de cría, ocupada en mamar, para tenerla en su poder [11].

Los filósofos son présbitas: ven mal de cerca, y por eso no saben observar; pero ven bien de lejos y ven lejos, reflexionan —la presbicia es un defecto que comienza con la madurez—; los científicos son miopes: ven bien de cerca

[11] Véase para este u otros temas, ampliamente tratados y ahondados, Juan Vallet de Goytisolo, *Sociedad de masas y derecho*, Madrid, Taurus, 1969.

y sólo de cerca, en efecto observan —y la miopía es defecto de jóvenes inmaduros—; por eso los científicos no pueden sustituir a los filósofos, a los poetas y a los santos, ni éstos a aquéllos. Sólo estos dos «defectos», si la inteligencia del ser es la medida, y si se ejercen según el orden del ser que produce la alteridad por amor y el control de la egoidad por odio, hacen al hombre inteligente; el ojo que sabe observar y reflexionar, sabe ver y no niega o desconoce estúpidamente lo que no ve o no puede ver[12]; sabe asumir, como su cruz,

[12] Las varias formas de «protesta» de estos últimos años, tanto en los contenidos como en los modos de quererlos realizar, no creo que se puedan considerar síntomas de un despertar contra la tecnocracia, ni una fuerza de oposición de la que esta última deba aún preocuparse: no sólo son un derivado suyo, sino que en cierto sentido la consolidan. La protesta, en efecto, no discute las negaciones metafísicas ontológicas y teológicas de los siglos XVIII y XIX, es decir, acepta los presupuestos de que parte el «sistema» que quiere destruir; con su anarquismo acaba por contribuir a la eliminación de cuanto había aún en el marxismo-leninismo de impulso moral y «religioso», de pensamiento dialéctico y de doctrina de la revolución; es decir, consuma hasta el fondo aquel proceso de reducción del marxismo a puro sociologismo operado por la sociedad del bienestar, que, de tal modo, corrompiendo al mismo marxismo, manifestación ya del Occidentalismo, puede lanzarse a un grado ulterior de corrupción. De esta manera, la protesta colabora a la descomposición de la revolución y de toda revolución, a la destrucción «cínica» de la tradición y de la cultura, otro fin perseguido tenazmente por la tecnocracia; pero en esto hay una coherencia interna al «sistema», la misma del nihilismo, que no respeta ningún valor. No basta ser viejos o jóvenes para tener razón, que no es cuestión de células o de cabellos negros o blancos, sino de inteligencia, que es lo opuesto a la ciega destrucción, es restauración del signo del ser, el único control válido del proceso industrial y de la sociedad del bienestar; como no es cuestión de «reaccionarios» o «progresistas», posición todavía por debajo de la verdadera impostación del problema, que comienza a ser bien planteado cuando no se adora ya al becerro de oro; de otro modo, con ritos diversos, nos arrodillamos delante del mismo ídolo. Por eso la tecnocracia ha podido absorber la protesta, instrumentalizarla para sus fines, explotarla ganando así también en su partida pasiva. En otros términos, la protesta habría sido una esperanza por sus elementos

toda la zona de lo trivial y de lo vulgar, para atravesar, purificándose y rescatándola, su estupidez y la ajena.

---

positivos si se hubiera rebelado contra el proceso de radical desacralización y deshumanización buscado sistemáticamente por las dos sociedades impías —la marxista y la neocapitalista— destinadas a refluir la una en la otra; en vez de impulsarlo adelante para tocar el fondo de nada *(niente)*. Por lo demás, algunos «maestros» de la protesta no han perdido tiempo en «alinearse», reacomodándose en el «sistema» con acrobacias bizantinas dignas de «airados» reaccionarios y conformistas. Por otra parte, uno de los signos más evidentes de la carencia, no sólo de ideales políticos, sino de cualquier ideal, de fe y de buena fe, de toda conciencia moral y de verdaderos intereses culturales, es la desenvoltura con que los «escritores» y los «artistas», sólo en busca de fácil éxito y de garantizadas ganancias, se desplazan de derecha a izquierda y viceversa, según el mero «aparecer» de nuevos y ya viejos movimientos; pero tampoco las palabras «derecha», «izquierda» y «centro» significan nada, carecen de signo, anegadas como están en la estupidez.

CAPÍTULO III

LA IMPIEDAD CULTURAL

1. LA OFENSIVA CONTRA LA «OPOSICIÓN» MORAL

Como hemos dicho, la pérdida de la inteligencia del ser empuja al nihilismo, demonio que devora al Occidentalismo: nihilismo ontológico y nominalismo gnoseológico, estético, etcétera. En el lenguaje corriente, «formalizar» ya significa solamente reducir a mera formalidad, perdido el sentido de forma o esencia o acto; incluso lo empírico, que sin embargo ponía la exigencia de lo particular, es anonadado. Por un lado, como ya se ha dicho, la reificación de todo respecto a los fines del consumo; por otro, la *res* sin ser, un «nombre de nada» *(niente)*; hasta el hombre y los valores son reificados en este sentido sin sentido. Pero sólo así se puede condenar el pensamiento a callar, a apagarse; y la tecnocracia, al abrigo respecto de Sócrates e incluso de Gorgias, puede ordenar la producción de objetos culturales inocuos o aparentemente «escandalosos», y «críticos» bajo mandato, de modo que se «tranquilicen» cuantas conciencias resisten todavía a la oleada: ni discursos, ni problemas, ni preguntas que no sean en torno al discurso sobre la producción y el consu-

mo; burla de todos los valores hasta el decreto de destierro y dogmatismo sobre la absoluta validez del cálculo cuantitativo para fines prácticos escrupulosamente asépticos. Este tiro al blanco contra la inteligencia abarca también la zona del *sentimiento*, todos los sentimientos enemigos de la egoidad por odio, en primera línea el sentimiento moral y el religioso, que hay que «desmitizar» y terrestrizar hasta la total corrupción: la lógica del totalitarismo autoritario tecnocrático se prefija construir, vaciándolo de lo humano, al *hombre-cosa* calculadora «cerrada» al ser y a la verdad, corrompido en los sentimientos y en la fantasía, de modo que el sentido moral, religioso, poético y artístico, no se comprenda y no se pierda tiempo detrás de prejuicios: ésta es la gran promesa del «óptimum de felicidad» mientras a la nueva y calculadísima Babel no se le haya hecho hundirse.

Las ideologías modernas, desde el iluminismo en adelante, excepto aquellas casi inoperantes históricamente que lo reproponen cual es, niegan el principio metafísico-teológico, fundamento del orden moral objetivo, de donde su convergencia en el rechazo de los valores morales: existe, sola, la vida y la satisfacción de las necesidades vitales en que reside la felicidad terrestre del hombre, fin de la llamada moral. De ello se sigue la anonimia o la pérdida del ser de la persona que lleva consigo la anomía o pérdida del νόμος en el sentido de «ley» y de «costumbre reconocida» como respetuosa de la ley y a ella correspondiente. De aquí, perdido el principio y el orden moral objetivo, la moral «libertina» propia de una libertad en franquicia, pero sin peso; la voluntad al abrigo de las heridas, pero otra zona del espíritu se hace gris; la felicidad al alcance de todos para el libre despliegue de la vida, pero ya infelizmente encaminada a concentrarse en la felicidad sexual. Con otras palabras la esterilización de las bacterias morales se lleva a cabo con la promesa de

la felicidad terrena, de la que es preciso ocuparse no para ordenarla según el asentimiento al ser y a los principios de la moral y por consiguiente respecto a los fines de la purificación del mal, sino para el «libre» goce de todo lo que a cada uno agrada. Sin embargo, los sentimientos morales no pueden corromperse sin esterilizar el *humus:* una planta buena y vigorosa sólo crece en terreno adecuado; una planta mala, también en uno malo. Esto ha hecho necesaria a todos los niveles la operación «pérdida de la conciencia moral» o de la capacidad de distinguir el bien del mal, unida a la persuasión de que bien es lo que agrada y agrada todo lo que satisface instintos y deseos cualesquiera que sean: en tal satisfacción, la «liberación», si toda la libertad coincide con el «libre» despliegue de la espontaneidad, que es precisamente la felicidad. Si hay un mal es la virtud, si hay una obscenidad de que avergonzarse es la honestidad y la pureza de las intenciones y de la conducta, complejos de inferioridad debidos a la «represión» y de los que es preciso liberarse: es la «moral», repetimos todavía, del marqués de Sade, coherencia de la iluminística y alma de la actual sociedad tecnológica.

Todas las civilizaciones corrompidas y en vías de descomposición (Helenismo, Romanismo, etc.) son hedonísticas en sentido orgiástico, mágico, pseudo-profético y pseudo-místico: el placer como orgía, magia, visión, evasión estática; la contemplación al revés: «estar para *no* ver», oscurecimiento total de la inteligencia y también de la razón por exceso de «cerebralismo»[1]. Y la orgía y la pornografía, el erotismo, son construcciones cerebrales, desencadenamiento de la imaginación para la conquista de un placer construido y artificial, complicado e inédito por la visión aberrante de

[1] El otro aspecto de esta civilización es el «catarismo»; puede coexistir junto al hedonismo, en el sentido de que hemos hablado más arriba, incluso en el mismo hombre.

paraísos desconocidos. Tal cerebralismo se ejercita en repetir mecánicamente lo «primitivo», no por amor de recuperación o por nostalgia de una «inocencia» perdida o de la naturaleza espontánea, adulterada por la civilización, sino por exceso de corrupción: lo primitivo separado de lo «originario», y por eso no ya «ontológico», sino meramente «óntico», revuelto en la trivialidad de lo orgiástico y de lo puramente erótico, sin tener ya el signo natural, moral y religioso que originariamente le daba el significado propio y lo hacía lo opuesto de la orgía y del erotismo; «desmoralización» y desacralización del ser o de la verdad de lo auténticamente primitivo en la «repetición» motivada no por el «porque vale», sino por el «porque agrada» en su materialidad. Por esto no recuperación del estadio primitivo de la conciencia moral por la pureza que le era propia —y esto vale para cualquier otro estadio—, sino voluntad de corrupción de este y de cualquier estadio, en la pérdida o en el desconocimiento del principio moral que está presente en todo estadio entendido como momento revelativo de él. El «retorno» a lo primitivo a través del libre despliegue de la espontaneidad de la vida para reinsertar la civilización en la naturaleza es un malicioso pretexto de conciencias corrompidas, que tiene uno de sus maestros en Rousseau.

Este hedonismo como satisfacción de todos los deseos, instintos y pasiones, que ha ido creciendo desde el siglo XVIII y durante todo el XIX, ha estallado con la sociedad del bienestar [2]: su disfrute es objeto de propaganda en las sociedades todavía «no desarrolladas», como la gran «esperanza» de felicidad por realizar y que el Occidentalismo ayudará a

---

2 No hay época de la historia humana que no haya conocido el fenómeno de la corrupción o de las llamadas malas costumbres; pero aquí se habla de otra cosa: la pérdida de la moral como conquista y progreso, y la corrupción elevada a «principio» de felicidad.

administrar. Su potenciamiento hace a la tecnocracia un doble servicio: la expansión de la producción y el oscurecimiento de la conciencia moral, enemiga peligrosa de la felicidad puramente terrestre, unido a la debilitación de aquellas resistencias intelectuales y espirituales que todavía se oponen a su incondicionado dominio; por eso una buena dosis de drogas para todos es un «bien» que hay que perseguir. Así, una vez más, el progreso técnico y el bienestar, potenciales condiciones de perfección espiritual, son utilizados como instrumentos de corrupción, es decir, puestos por la estupidez que no ve y niega, reduce y odia, como fines de sí mismos; de aquí también su corrupción[3]. De aquí el cometido, casi un deber público, de educarse y de educar para el placer, para la deshonestidad, para la ambición desenfrenada, para la violencia, etc.; para el derecho inmotivado a todos los goces, sin que haya puesto ya para palabras como «pudor», virtud», «deber», «renuncia», «amor», en el sentido propio de los términos: su pérdida es considerada «irreversible», el usarlas se tolera sólo en anacronísticos «matusas» o en pobres «neuróticos». ¡Y no pocos católicos ven en este progreso un buen signo del avance de la caridad cristiana, finalmente desmiti-

[3] «El desarrollo económico, las mejoras en las condiciones de vida son ciertamente elementos positivos de la civilización. Sin embargo, debemos recordar que no son ni pueden ser considerados valores supremos; sólo revisten carácter esencialmente instrumental... No son pocos los seres humanos en los que se ha invertido la jerarquía de los valores, es decir, en los que los valores del espíritu se han descuidado, olvidado o negado; mientras que los progresos de las ciencias, de las técnicas, el desarrollo económico y el bienestar material son fomentados y propugnados frecuentemente como preeminentes, y hasta elevados a única razón de vida» (Juan XXIII, *Mater et Magistra*). Llegados a tal punto estos progresos, corrompidos por el hedonismo, dejan de ser elementos positivos y se hacen, como hemos dicho más arriba, también ellos elementos de corrupción. Es éste el motivo que guía nuestra crítica «radical» de la sociedad del bienestar y de la tecnocracia impía que la construye a «su» modo.

ficada! Desde luego: las virtudes no favorecen ni los deshagos ni los consumos y, por consiguiente, se oponen a la felicidad y dañan al incremento de la producción: ¿es caritativo hacer infelices y provocar una recesión económica por aquellos pobres diablos del pudor, la tímida esquivez y la acomplejada abstinencia, agrias gatitas muertas?

Naturalmente —*noblesse oblige*—, la operación es conducida a nivel técnico y científico, a la altura de «expertos», sobre todo en lo que atañe al «amor» sexual, confiado al vértice de los escritores «comprometidos», con no avaras bendiciones de curas y frailes: movilizadas en masa la pseudociencia, la pseudoliteratura y la pseudorreligión con el macizo apoyo de rotativos, filmes, documentales, *comics*, etc., que son los ejércitos tecnológicos. En todas las épocas de corrupción, junto a la arrogancia de poder hacerlo todo contra todo derecho, la soberanía corresponde al sexo; ella impone que el amor como acto natural y de sentimiento sea puesto en berlina y con él también la familia: sólo existe el placer, que, como tal, nunca es vicio ni enfermedad; es siempre salud, porque, satisfecho, da el goce sosegante y liberador. El sexo, que procede de la creación, y en este sentido tiene algo sagrado al igual que la vida, cuando enloquece y, sobre todo, se corrompe, parece irrumpir desde los lugares oscuros de la devastación y de la catástrofe, romper hasta el punto de cegar y de parecer él la luz y la plenitud de la felicidad.

De aquí la promoción de todos los incentivos a la invasión del erotismo y de la pornografía, etiquetados como sexualidad; y la malicia en mantener en la oscuridad —logradísimo «oscurantismo»— que πορνόγραφος es el pintor o el escritor de cosas obscenas, de πόρνοι o sodomitas y de πόρναι o rameras, y πορνεία significa a la vez «fornicación», «adulterio» e «incesto», pero también, en sentido figurado, en el

griego neotestamentario, «idolatría» o adoración de lo pornográfico, el fetiche *(facticius)* que da el «divino» placer. Elevar el erotismo y la pornografía a la sexualidad, es perseguir con consciente malicia la corrupción de esta última, hacer públicos no sólo los actos sexuales —cuya característica es la intimidad— sino también los vicios, las anomalías, las perversiones, invadir el mercado de falso oro, de suerte que el oro sea desechado en nombre de una «tolerancia» que cualifica ciertas casas, embalaje «liberal» de mercancía equívoca para el proselitismo del vicio. Modo también éste —como el capitalista, marcado por Marx, de disimular con la religión el orden público, etc., sus ganancias por explotación del trabajo ajeno— de disimular con la libertad y la tolerancia conspicuos negocios; pero Marx la emprende también con la religión, la moral, etc., implicando en los delitos de los hombres también los principios, y por esto se encuentra teniendo como legítimos herederos a los neomarxistas, más o menos freudianos, nuevos negociantes a expensas de la libertad entendida como «todo está permitido» desde niños [4].

No comprimir ni reprimir los instintos y el inconsciente, dejarlos a su espontaneidad, para no crear inhibiciones peligrosas y no acumular en el fondo fango explosivo, puede ser una terapia, aunque no milagrera, que tiene sus ventajas individuales y sociales, a condición de que esté preparado el orden moral según el cual, a medida que son liberados, son orientados, guiados y educados, de forma que la operación ayude a la salud del hombre en su integralidad de cuer-

[4] Tampoco a propósito de esto vale, por los motivos dichos más arriba a propósito de la repetición de lo primitivo, la objeción de que, en tiempos más o menos primitivos o antiguos o en pueblos todavía hoy primitivos, la desnudez y las satisfacciones del deseo sexual son «públicas» a la manera de los animales. Aquí se trata de servirse de lo que se llama el «estado natural» con el fin «premeditado» de imponer el erotismo.

po y espíritu. Pero si se desencadenan el inconsciente y los instintos o, mejor dicho, se provocan y se excitan a propósito y artificialmente, de modo que se produzca la «exacerbación cerebral», y se deja correr la naturaleza espontánea, «liberada», según soplen los odres abiertos sin el control de la libertad, que no es si no es según la ley moral, el hombre es arrojado fuera del subterráneo de sus inhibiciones y del inconsciente y aprisionado en la «dulce» jaula de la corrupción, sin luz de conciencia moral. Por eso el problema no consiste en comprimir los instintos o disimular el vicio «privado» con el decoro «público», ni en «poner en público» todos los vicios privados —la hipocresía interesada del primer caso vale la desvergüenza no menos interesada del segundo— sino en «liberarse de», de lo cual es maestra la libertad según el orden del ser, el mismo de la inteligencia y coincidente con el principio objetivo de la moral; consiste en la educación sexual, en el caso del sexo, no separada de una educación moral vigorizada y aligerada de la pesadez de prejuicios consuetudinarios, de sermones y de censuras. Pero en época de corrupción, cuyo punto de mira es la pérdida del sentido moral y la derrota de todas las virtudes con la reducción de la moral misma a la pura costumbre y a las costumbres de toda época, revueltas y repetidas como si no hubieran sido jamás expresiones o revelaciones de los principios o contrarias a ellos y, por tanto, moralmente evaluables precisamente por esta medida inmutable; en una época semejante, digo, con el reclutamiento de domesticados sociólogos, psicólogos, pedagogos y otros agregados a la fábrica, urge «persuadir» de lo contrario: que la moral es la esclavitud de los «tabúes», la «Justine» o «les malheurs de la vertu», la infelicidad, mientras que el desahogo de los instintos, cualesquiera que sea y como mejor y más agrade, es la inapreciable «Juliette» o «les délices de l'Amour», la

felicidad, que concluye un «pacto» con el ministro Saint-Foud, el maestro que la instruye acerca de su «sistema político».

Sentado esto, también el Iluminismo, Marx y Freud, expresiones del Occidentalismo, son trastornados por la nueva fase de corrupción que se reconoce en De Sade. La lucha misma entre burguesía y proletariado está subordinada a la lucha entre «moral represiva» y «libertad del sexo» para la felicidad sexual: la socialística «invención de la felicidad», ironizada por Nietzsche, se ha casi trocado por la invención de la felicidad sexual, panacea que sanará definitivamente del espíritu autoritario —institución represiva por esencia, la familia, cuya conservación no es «sociológicamente» autorizada por nada—; liberará a los hombres de la neurosis, llenándolos de iniciativas; los liberará de las tendencias militaristas y agresivas, promoverá el internacionalismo, realizando la Organización mundial y la paz perpetua. En esta concepción ha saltado —y no podía dejar de saltar una vez historizados y naturalizados el principio y el fin de la historia— la concepción marxista de la historia misma como fundamento de los valores y la realización del Absoluto al final del proceso histórico (Marx es un hegeliano); ha saltado la tesis de Stalin y del stalinismo, que ve en la libertad sexual un fenómeno despreciable de la «burguesía decadente» y de la «alienación capitalista» —y el comunismo occidentalístico se ha asociado hoy a la condena de la «moral represiva», mientras vuelve a la actualidad para los fines de la disolución de la moral la tesis de Trotzki y de Lenin de que no hay límites morales, cualesquiera que sean, para la acción revolucionaria—; ha saltado el mismo Freud, que no teoriza ni propone el libre desahogo de la sexualidad, sino sólo la toma de conciencia de los deseos sexuales reprimidos para quitar la inhibición, pero también para controlarlos.

La mezcla de hoy, técnica y científicamente reunida, es simplista y maliciosísima a la vez: no hay fines superiores ni valores morales, y el hombre no es más que un conjunto de necesidades físicas; entre ellas, la libre satisfacción sexual es la más importante respecto a los fines de su salud psíquica, de su felicidad y de la paz social y universal; pero tal satisfacción es posible en caso de que se eliminen la «moral represiva» y las instituciones autoritarias que la imponen. Por consiguiente, es posible la felicidad, y no se tenga en cuenta el rédito de sentimientos que producen los sacrificios ni la auténtica y sólida felicidad que frecuentemente dan. Por lo tanto: la abstinencia, la fidelidad, el pudor, etc., no son valores, sino «tabú»; la desnudez es alentada, al igual que la publicidad de todos los actos sexuales; las uniones homosexuales o lésbicas son lícitas; cualquier interferencia religiosa es intolerable[5]; una alcoba tranquila y confortable y anticonceptivos al alcance de la mano bastan para la felicidad de una pareja. No hay sociedad «democrática» sin la completa libertad sexual, cuya represión hace infelices y destruye la vida. Los países más preparados para la explosión de esta corrupción eran los tecnológicamente más avanzados y gobernados por la tecnocracia, los del más avanzado socialismo tecnocrático o neocapitalismo socialista; de aquí la nueva «moral sueca» y la nueva «moral americana».

---

5 «Arruinar definitivamente la abominable noción cristiana del pecado, de la caída original, del amor redentor, para sustituirlos con toda certeza por la de la unión divina del hombre y de la mujer... Una moral basada en la exaltación del placer barrerá pronto o tarde la innoble moral del sufrimiento y de la resignación, mantenida por los imperialismos sociales y por la Iglesia. La tiranía del hombre deberá ser sustituida... por un reino de la mujer». (J. L. Bédouin, *André Breton*, París, Seghers, 1966, pág. 18, cit. por A. del Noce, «L'Osservatore romano», 28 de febrero de 1970, pág. 3).

Es cierto: todos los valores pueden hacerse «tabú», y se hacen en cada hombre o sociedad todas las veces que dejan de ser vida interior, orden objetivo sobre el que fundar la conducta, la confianza y la esperanza; casi una piedra sobre la conciencia, un obstáculo intocable respecto al cual el hombre se siente extraño y enemigo, y, sin embargo, sometido por superstición. En tal caso, no se trata de liberarse de ellos, sino de reconquistarlos como vida interior, liberándolos de lo viejo y caduco; de hacer que dejen de ser «tabú», estrechándolos dentro de nosotros, cual alimento para nuestra vida integral, y transformándolos de obstáculos o impedimentos inhibitorios en agua viva y fresca para los canales de nuestra purificación. No es el valor, cualquiera que sea, el que es «tabú»; somos nosotros quienes lo convertimos en tal, haciéndonos extraños a él, no renovándolo en formas nuevas, perdiendo su significado, no tocándolo porque nos resulta cómodo «conservarlo» distante de nosotros; somos nosotros los que nos hacemos momias, no el valor, que nos apremia a hacernos nuevamente «vivos». Pero, cuando los hombres mueren a los valores, en vez de poner en una fosa la carroña de su mala conciencia para renacer a la conciencia, encienden las hogueras y se divierten en torno, felices de haberse liberado de los «tabúes», de los viejos «monigotes» malditos de la moral y de la religión; y los fuegos fatuos de la estupidez se prolongan en la cuaresma de la inteligencia.

Las censuras, los sermones y los prejuicios consuetudinarios son frecuentemente responsables de la incomunicabilidad entre conciencia y valores morales por «ruptura» provocada; de aquí que precisamente estos valores, que deberían ser los filtros para la purificación de los instintos, devienen su impedimento y provocan su acumulación, de donde la incubación de un odio sordo hacia ellos. El comportamiento

«aparece» irreprensible y «más allá de toda sospecha», ¡pero dentro, y cuando los otros no ven...! Cierta concepción del sexo y la exagerada importancia que en el mundo católico y cristiano en general se ha dado en el pasado, en menoscabo de otros, a los llamados «pecados mortales» a él unidos y frecuente y simplemente a cierta costumbre, en vez de moralizar interiormente, han dado lugar a ciertas formas «espirituales» y «puritanas» que pueden calificarse de indecoroso «decoro» exterior y de «pornografía interior», que no ha perdido la oportunidad, con el avance del Occidentalismo, de mostrarse en público. Y como aquel moralismo no tenía ninguna intrínseca fuerza moral, hoy, por la misma coherencia que lo hacía de manga estrecha, cree defenderse y poner diques haciéndose tolerante y de manga ancha, en vez de testimoniar una verdadera vida moral; como antes colaboraba con la moralística hipocresía burguesa, hoy colabora con el desbordante descaro de la sociedad del bienestar para acaparar el derecho a la tajada.

Pero así se favorece la operación «inserción del vicio y de las anomalías en la sociedad», de modo que se provoca, como hemos dicho, su «imitación social», haciendo de ellos una mercancía de amplio consumo para una nueva industria y una defensa de la tecnocracia respecto de la oposición moral. Desgraciadamente, los gastos los paga esta última y no cierta sociedad responsable de considerar más inmoral una falda corta que la usura, un beso en público que la explotación del trabajo; de condenar a muerte civil a una madre-soltera y de guiñar el ojo a los espasmos amorosos de las «señoras»; de marcar con el desprecio a la prostituta o al invertido y de exaltar el enriquecimiento de personajes indiscutibles sólo por enriquecidos, etc., echando siempre al ruedo esta o aquella pobre y maltratada virtud. Pero una cosa es exigir cuidados amorosos y ayuda para los que caen

—y caemos todos— y para los anormales, y otra llevar a las candilejas, para el aplauso, todas las caídas y anomalías; una cosa es la condena, por fines morales, del moralismo hipócrita y conservador por intereses laxistas y materiales, y otra la persecución de todas las virtudes para exaltar toda forma de vicio e incluso de enfermedades sexuales, por intereses todavía más materiales y con el fin de disgregar todas las instituciones sociales, vendiendo además esta mercancía como la obra maestra de la sociedad finalmente «democrática». Se critica el triunfalismo «burgués» y se le opone su gemelo, el triunfalismo amoral de todos los vicios, como liberación del hombre e igualdad en el sentido meramente aritmético: a la desmesura burguesa de los «buenos sólo somos nosotros» se opone la desmesura colectivizada de los «sinceros y libres sólo somos nosotros» que ponemos en público todos los vicios —como si el vicio se hiciera virtud pasando de «privado» a «público»—, no nos avergonzamos de ninguna vergüenza y ensalzamos sus beneméritas cualidades sociales. Son dos formas —una el progreso de la otra— de «razón ética» funcional, que se oponen a la «inteligencia moral» creativa[6].

De esta corrupción, que es un elemento esencial del Occidentalismo, somos todos más o menos responsables: el modelo ideal que él ha sabido proponer al mundo desde el siglo XVIII en adelante, aparte los sermones y la sordidez hacia los pocos que pensando han dicho y testimoniado, es sólo el de la felicidad mundana a través del bienestar, de la «ciudad mundana». «Políticos» e «intelectuales» se han preocupado de elevar a mito, «desmitizando» lo demás, la cultura técnica y científica para la eficiencia de la industria,

6 Véase sobre este asunto toda la parte segunda de mi volmen *El hombre, este «desequilibrado»*, Barcelona, Luis Miracle, S. A.

y de trocar por «humanismo» un mundo inhumano. Todas las abdicaciones han sido consumadas ante el dinero, ante la carrera, el éxito, el «prestigio» sólo conferido por las adquisiciones y por los consumos, ante los placeres más toscos o refinados, la pacotilla de fingidos valores; todo ha sido dado a la sociedad, y a los jóvenes en particular, desde la moto a los consejos de astucia para la escalada social, menos una educación moral tanto más necesaria precisamente por la irrupción del bienestar; menos una guía amorosa y segura entre tanta «protección» de *conforts.* Y así se ha creado el «vacío» de los valores, según el programa «racional» que la tecnocracia va perfeccionando desde hace casi dos siglos, vacío artificiosamente llenado por valores aparentes y falsos, habiendo dado por descontada y «utilizable» la confusa rebelión juvenil o de viejos que se disfrazan de jóvenes. Se tocan los timbres de alarma por la devastación de la naturaleza y de las conciencias, por lo demás prevista e igualmente perseguida con fingida ignorancia; pero se sabe anticipadamente que o son autorizados para tranquilizar los ánimos con proyectos de reparación de los estragos, o sofocados por el silenciador, de modo que la avidez y la especulación puedan continuar la obra destructora, que puede llegar al punto de irreparabilidad, es decir, al momento en que, para reparar un estrago, se hagan dos. Por lo demás, es sabido que la estupidez, como lo que está privado de medida, desencadena los excesos y la insensatez; y los «obsesos», como serpiertes en un foso, se devoran unos a otros.

2. LA OFENSIVA CONTRA LA CULTURA

La ofensiva contra la oposición moral, precedida de otra contra la oposición de la verdad, impiedad de fondo, allana

el terreno a la impiedad cultural en el sentido más vasto, en cuanto que la cultura pierde su significado si viene a menos su cometido formativo o de educación del hombre integral. De aquí, en primer término, la reducción iluminística de la cultura a la anticultura presentada como la cultura nueva, y, luego, la corrupción tecnocrática de tal concepción, hasta la supresión de la antítesis como la que es constreñida a mantener y a reproponer el problema de la cultura [7].

La «fantasía», como momento «poético» o creativo, es propia del arte; pero, junto con la intuición intelectiva y el sentimiento, está presente en toda actividad del hombre, ya que todo acto del espíritu es sintético e integral: no hay filosofía sin el momento «fantástico», «religioso» y «racional», como no hay arte sin el momento filosófico, religioso, etcétera; y así sucesivamente. La sociedad del bienestar y tecnológica apunta al oscurecimiento de la inteligencia y a la extinción del sentimiento, a la «construcción» de una naturaleza y de un ambiente que los esterilicen; apunta a la mortificación y a la extinción de la fantasía, de modo que la «intuición», como tal su irreducible enemiga, desaparezca para dejar el «vacío» que ha de llenarse sólo con lo formalizado y lo funcional, ya no estorbados por el «estro» —que es del «genio»— poético, artístico, moral, religioso, etc., el «tábano» (οἶστρος) que hace enloquecer a los bueyes y hasta enfurecerse a las ovejas. Así, la «reducción» del hombre a «cosa», incapaz de captar el significado de cualquier ente e incluso de sí mismo y de su existencia, alcanza su perfec-

---

[7] Para un tratado más amplio de este tema, véase nuestro volumen *Gli arieti contro la verticale*, cit.; y, precisamente, el cap. «Cultura e anticultura», del cual son las páginas aquí escritas un repensamiento y también un ahondamiento para ulterior remeditación del no fácil y tormentoso problema.

ción: una perfección, coincidente con nada *(niente),* que, aunque «contestada globalmente», dada la ausencia del significado, reduce a sí, anonada la contestación misma por incapacidad de esta última, nacida en el mismo plano, de delimitar su pregunta haciéndola significante. De aquí todavía la insuficiencia del conato de renovación por el motivo de que no tiene fe en ninguna renovación, y la fe comporta el significado de aquello en que se tiene fe; pero no hay significado sin el ser, el principio que, perdido, como sabemos, comporta, con el eclipse de la dialéctica de los límites, el oscurecimiento de la inteligencia y el desencadenamiento de la egoidad por odio. Y, como sucede a la mala conciencia que busca la buena y al corrompido que quiere la virtud, así hoy, en la insignificancia de todo, todos buscan el significado; buscan el tiempo «disponible» —cuanto más corren, más vertiginosas se hacen las velocidades y menos tiempo tienen—, y no lo pueden «tener», y, cuando lo tienen, no saben qué hacerse con él, ya que han perdido el ser del tiempo, que es con sus dimensiones, si es en el ser. Y la búsqueda del significado es hoy el afán de la ciencia, de la lingüística, de las nuevas antropologías, que «quieren» el significado después de haber perdido en el ciencismo el sentido de la historia y del hombre, de la cultura; es decir, después de la reducción a nada *(niente)* de lo significante.

Proscripción de los «clásicos» de todo tiempo, que expresan el privilegio y son instrumentos de opresión en manos de clases o castas dirigentes y autoritarias, inútiles o inutilizables para los fines funcionales o de potenciamiento de la eficiencia, o utilizados de manera que parezcan todavía válidos en lo que de ellos es reducible, incluso con violencia, a los problemas poco a poco planteados por la actual sociedad y, como tales, también disfrutables por un seguro consumo, ya que la capacidad de comprensión y de penetración

han sido debidamente reducidas y continúan siéndolo[8]. Proscripción, sobre todo, de las verdaderas energías creadoras, de los autores escorbúticos, de ideas puntiagudas, que no se prestan a redondeamientos y que han contribuido al crecimiento de la verdadera cultura y a la formación de un mundo humano y cristiano. También en este caso es rentable servirse de la mágica palabra «democracia», excelente para el «encantamiento», sobre todo si se la vende al revés, al peor ofertante, al «in quantum» para todos, operación a largo plazo; pero la vela, ya no de cera virgen, es una gruesa candela de sebo que permite al peor vencer en la subasta. En efecto, cultura y escuela «democráticas» se han identificado en la actualidad con la lucha contra el pensamiento creativo y contra el estudio formativo o que hace «cultos», privilegio de pocos «reaccionarios» antisociales, cuya eliminación ha sido y es tarea del populismo de ayer y del «masismo» de hoy: para que no le nazcan más, y, si le nacen, sean sofocados por el ambiente de modo que no se desarrollen, y, si precisamente son duros para morir, sean destinados al aislamiento, de modo que no sean ya comprendidos; no inteligibles, queden como documentos de épocas de alienación y de esclavitud, metidos en el mismo escondrijo que recoge los instrumentos de tortura[9]. ¿Y a qué

[8] Las tiradas de los «clásicos» en ediciones baratas o caras para vender también en los kioscos no es una operación cultural o de difusión de la cultura para una comprensión más extensa de ella, sino una operación industrial y comercial: la cultura como «adorno».

[9] «Si el objeto de la *democracia* es someter las masas a un poder totalitario de un grupo de tecnócratas, entonces la 'democratización de la enseñanza' no tiene más que deslizarse por la vía del igualitarismo»; pero, «si se considera que la democracia tiene su raíz, más que en un dado sistema político dado, en estar representada por las *élites* en los múltiples niveles sociales, en tal caso lo primero que habría que hacer sería suscitar en la juventud sus futuras *élites*» (M. Creuzet).

o a quién puede servir en la Sociedad mundial del bienestar, gobernada por los tecnócratas, la «comprensión» de Esquilo o de Platón, de Dante o de Goethe? No «estimula» la producción ni promueve los consumos y la expansión económica, no «responsabiliza» al poder industrial ni al obrero y, lo que es peor, los «burocratiza» por los «complejos» de que es responsable la «meritocracia», que, antidemocrática, impone «elecciones alienantes» en menoscabo de las «de fondo», las únicas que «culturalizan» sin diferenciar, ya que tienen tal impulso «promocional» que echan a todos en la única clase diferencial superviviente [10].

Aquí se encuentran dos voluntades diversas y convergentes: la tecnocrática, consciente de que sólo puede mandar y dominar si la cultura creativa del pasado se convierte en letra muerta o documento para ejercicios filológicos y deja de producirse otra, dos seguros contra la ascensión de niveles superiores, o al menos contra una educación más difundida de la sensibilidad respecto a los valores, y siempre en favor de la retrocesión irreversible incluso de cuantos están dotados; y la voluntad de la masa, solicitada y favorecida por los mismos manipuladores de la sociedad del bienestar, para instaurar evaluaciones favorables a ella, de modo que haga de protagonista en las candilejas, y no porque se halle educada o formada —verdadero cometido de una democracia auténtica—, sino porque todo ha descendido al nivel del «hombre-masa»: el que la tecnocracia puede dominar tranquilamente, sin el estorbo de las cabezas que sobresalen, difíciles de convencer, a no ser que se dejen corromper, de

10 En los pasillos de las Facultades universitarias se han leído escritos como el siguiente: «No por el derecho al estudio, sino por el derecho a la lucha contra el estudio». Esta sentencia procede de la protesta, pero el sugeridor es la sociedad tecnocrática: la versión neo-iluminística y la versión revolucionaria coinciden.

que la promoción del bienestar como tal sea el óptimum de felicidad. También el «hombre medio» está destinado a desaparecer bajo las ofertas del mercado, ya que no deberá existir uno «alto» y uno «bajo», ni el «primero» ni el «último», sino un solo tipo, para aplacar el «resentimiento» que protesta contra los méritos y las diferencias, y vendrá a menos también el rebaño, no porque sean todos leones, sino porque los pastores estarán al nivel de lo colectivo: y la asfixia de la cultura es completa.

De este modo, los mitos proletarios de la igualdad, del humanitarismo, etc., explotados por la sociedad del bienestar, que se finge socialista para enervar el socialismo, cristiana para vaciar el Cristianismo —se finge todo, incluso pacifista para mejor vender armas, y también feminista para que la demolición de la mujer no sea privilegio de pocas— son reexhumados y nuevamente propuestos, no en una ideología nueva, sino como ingredientes de otra subdesarrollada, al alcance de los bien deseducados e inmunizados contra los virus de los valores y de la cultura que los revela como ofensivos de la igualdad entre los hombres y como fuerzas destructivas de la sociedad del bienestar [11]. De aquí la des-

---

[11] Esto permite a los dirigentes dejar en el más completo abandono el patrimonio artístico y cultural de un pueblo, secundar la destrucción de las bellezas naturales a cubierto de cualquier reacción popular: la deseducación y la exaltación del mito del bienestar han producido sus efectos, la indiferencia o la intolerancia por tanta cosa «vieja» o «inútil» que frecuentemente obstaculiza el progreso y las ganancias, hasta la veloz fluidez del tráfico. Contemporáneamente, la misma deseducación hace, desde luego, que los demoledores de la cultura y de la civilidad mediante una plena «civilización» *(incivilimento)* se puedan permitir el lujo, que da todavía lustre, de animar ellos mismos una campaña de «escándalo» por tan deplorable y deplorada incuria, seguros de que no habrá ningún impacto en las masas y que todo continuará «avanzando» como antes. También los pocos hombres de buena voluntad que todavía luchan para salvar lo salvable, si quieren lograr que les presten un mínimo de atención, deben hacer hincapié en

confianza hacia quien «está por ver», que restablece desniveles intolerables; el odio hacia la cultura, que mortifica a la masa y es lujo inútil que pretende iluminarla a distancia; la guerra a la inteligencia por parte de la estupidez coalicionada, tosca, mezquina y vulgar; de aquí el desencadenamiento de la impiedad cultural. Lo mismo que es preciso abolir los privilegios de clase, dados por la detentación de la riqueza, fruto de la explotación del trabajo, no a través del desarrollo de la conciencia moral y religiosa, sino contra tal conciencia responsable de la explotación y en nombre de una «justicia» entendida como derecho a todo de todos y de cada uno, por lo que nadie da nada *(niente)* a ninguno; lo mismo que la riqueza de pocos no debe ofender la pobreza de los muchos y debe ser redistribuida con fines sociales, pero dejándose a las espaldas la pobreza en el espíritu, así urge abolir el privilegio del pensamiento y de la cultura para la realización de la «democracia cultural». Si tal democracia es asechada por alguna cabeza caliente, que se la compre o se la aísle, se la desanime con el silencio o el desprecio, se la obligue a callar; que se prepare en hora buena una escuela de todos, donde la enseñanza sea «estructurada» de modo que las que nazcan no se rebelen; si después alguna es tan «dura» que resiste, siempre hay el buen precedente de la roca Tarpeya para los deformes de mente; tanto ganan los tecnólogos, los sociólogos, los pedagogos y los cibernéticos.

---

el único resorte funcional, el bienestar; en efecto, aducen como argumento persuasivo que el deterioro del patrimonio artístico y natural provoca una merma en el turismo, que es una de las fuentes del bienestar colectivo. Y así también la belleza es vista sólo en función de la economía —y «no vista» por su «ser» belleza— como la maquinaria de una fábrica que, sin embargo, apenas se queda anticuada, se tira; y mañana se tirarán también los museos o se dejarán marchitar si se quedan atrasados en cuanto a la renta nacional y al bienestar de la colectividad.

A la tecnología y a la tecnocracia le basta la «cultura» mediocre, gris, incluso trivial, de la que la tecnología misma es fruto anónimo y poderoso: técnicos e inventores a nivel técnico lo pueden ser todos, como, al mismo nivel, cualquiera puede llegar a ser «experto» y burócrata; y quien nace para ser «científico» ha de ser reducido a «gran» tecnólogo pagándole bien; si no se corrompe, prívesele de las posibilidades de investigar. Así todos, sin estrujarse la cabeza, pero llenándose el cerebro de cálculos y métodos, pueden aspirar a un puesto en la bahía de Houston, obtener premios, éxito, popularidad, riqueza, o consolarse con el pensamiento de que quienes los obtienen son como ellos, aunque más afortunados; pero ninguno puede hacerse la ilusión de ser como Dante o Platón: todos aparecer y desaparecer, «máscaras prontas a destriparse al canto de «liberté, égalité, fraternité», con tal de permanecer un minuto más en el escenario, escuálidamente felices de tener muchas cosas en el olvido de ser y del ser, un mucho o todo que es nada *(niente)*, pero que da satisfacciones [12]. No ya la clase de los dadores de trabajo —poetas, filósofos, científicos, santos— y la de los trabajadores, sus glosadores o intérpretes, unos y otros necesarios para la cultura, que debe ser creativa, pero no puede carecer de conectivo cultural: una sola clase, la de los productores de «documentos» culturales al mismo nivel del lector, ya no ofendido por la autoridad del «clásico», y del

---

12 No tengo nada en contra de que esto suceda o, mejor dicho, lo consideraría un bien, si sirviese de estímulo para obrar mejor y para mejorar a los hombres interiormente descargándolos de la envidia, del resentimiento, etc.; como también considero que todos tienen derecho, ya que los medios existen, de salir, aunque sea por una hora, del anonimato y del olvido, al reconocimiento, que no debe ser monopolio de los más dotados o simplemente hábiles, que no siempre son los mejores. Pero todo esto sólo tiene sentido dentro de los verdaderos valores culturales y de una cultura que, en cuanto los revela, es formativa para todos.

intérprete que no tiene ya nada que interpretar ni que profundizar, él mismo autor de cultura; nadie hace mal papel y todos hacen el suyo, abolido el privilegio de quien emerge. No más «maestros», sino todos a hablar del más y del menos, de los hechos del día, de lo que interesa en este momento la categoría; no más cultura que marca las distancias, sino aquel tanto de aprendizaje útil y rentable, de modo que quien enseña y quien aprende sean «iguales» apenas el discente ha aprendido cuanto le es necesario para un arte o un quehacer [13]. Así, la masificación funciona a nivel cultural, y

---

[13] Negar el derecho a la escuela a quien no tiene medios es una discriminación clasista que ha de ser abolida; negarlo a quien tiene pocas o mínimas capacidades intelectuales es una crueldad inhumana y antisocial, en cuanto, por poco que pueda, cada hombre tiene que ser recuperado en su dignidad y en su servicio voluntario a la comunidad. Pero hoy se pretende otra cosa: la abolición del «privilegio» de haber nacido con buena cabeza, es decir, se quiere negar el derecho a la escuela a los llamados «superdotados», cuya presencia replantea el juicio de «mérito» y la «selección»; de aquí la esterilización del «genio» o también de lo «genial» con la construcción de un ambiente que lo sofoca y la indiferencia o el desprecio por cuanto no es funcional, práctico, etc. El problema ha de ser planteado diversamente: educar al «privilegiado» de modo que ponga su «cabeza» al servicio de la comunidad para el bien de todos. Una obra de genio vale más que cien mil mediocres, aunque tampoco éstas se han de despreciar, y hace caminar a la humanidad durante milenios: hace historia, es cultura. Pero hoy, una vez que se asigna al hombre como fin último o destino el progreso consistente en la eficiencia y en la productividad económica, sustitutiva de todos los valores, cualquier ambiente *debe* tender a formar al «hombre colectivista»; de aquí que la escuela sobre todo sea llamada a ser el lugar de «producción». Por consiguiente, nada de formas personales especulativas, sino organización de todo, incluso del ocio, a fin de que nazca «una única opinión colectiva» y «lo que dice uno sea pensado por todos». Ésta, según Makarenko, por citar uno de tantos, es la escuela que crea la dinámica de la esperanza: «el verdadero estímulo de la vida humana es la alegría de mañana», y a tal fin basta la «técnica pedagógica» que se debe aplicar a aquella «máquina buena y complicada» que es el educando.

Otra consideración: el discurso que no precisa poner a uno por encima de otro —al dotado por encima de los menos dotados— en

el quietismo *a priori* propio del hombre de hoy, que en el fondo ha renunciado a la lucha, la favorece. Dador de trabajo se llega a ser, pero lo llega a ser sólo quien nace para ello; trabajador se llega a ser solamente; el privilegio de nacimiento es abolido también en este campo, y por eso es necesario preparar cuidadosamente un ambiente familiar, social y escolar que opere como el Polo Norte sobre la rosa.

A esta obra contribuye también el empleo de la riqueza en dirección única, en cosas de utilidad económica respecto a los fines de la expansión: no de obras que «duran», sino de las que «rinden» y dan trabajo para aumentar las posibilidades de adquisición y, por tanto, de consumo, que se hacen y se deshacen, se hacen y perecen. No hay banqueros o mercaderes que, además de hacer sus negocios, piensen en construir Florencia y Venecia, ni siquiera en conservarlas, ni príncipes que permitieran a Ariosto escribir el *Furioso* contentándose con un poco de incienso en alguna octava; y la Romanidad no consiste en los acueductos ni en las vías que, sin embargo, seguimos usando. Esta dirección no ahorra nada, ni siquiera las obras culturales cuyo fin primario no es el consumo o el éxito, sino el «consistir» como tales, el nacer vivientes de vida propia, «duraderas» por sí mismas. Mercancía de consumo al igual que toda otra, debe llegar a ser de masa, «confeccionada» para las grandes tiradas

---

cuanto se opera una discriminación y con ella la represión de la mayoría, sólo aparentemente es humano y democrático, aunque se disfrace de humanitarismo y democracia. No se funda en el principio de que no es preciso mortificar o abandonar al menos dotado y que es «humano» educarlo, recuperarlo para la sociedad y darle una dignidad —es decir, en su reconocimiento, según el principio de alteridad por amor—, sino en una falsa igualdad, en el igualitarismo, en cuyo fondo existe la egoidad por odio. En efecto, si se fundase en el principio del reconocimiento de todos en cuanto hombres, aplicaría este principio también al más dotado, a quien sobresale, al genio, de modo que no sea «discriminativo» y «represivo» respecto a él.

o para empleos de progreso económico, o, mejor dicho, prefabricada en «equipo» sobre asuntos de seguro éxito, con ingredientes bien dosificados, según una técnica que es cada vez más perfeccionada con la ayuda de la sociológica y psicológica. A quien se rebela frente a la violencia, se le aísla: nada de editores, nada de difusión con los medios de comunicación de masas; quien se rinde, se le aprisiona en el engranaje y, si tiene talento, se le estruja; en cambio, gana mucho y mucho se habla de él; después, el olvido y la rebelión y el odio contra la sociedad de quien, habiendo sido un fingido «cualquiera», no se resigna por vacío interior a ser aquel Don Nadie que en verdad, no obstante los fuegos fatuos, siempre ha sido.

La impiedad cultural, consecuencia de la pérdida de la inteligencia del ser, eleva a principio el «pasar», negando todos los valores, la historia, que, como he escrito en otro lugar, no es «lo que pasa» sino «lo que queda», no lo que es de un tiempo, sino de todos los tiempos y a todos los agota: obsolescencia pura, corrupción y disolución de la cultura que no puede llamarse siquiera antihistoricidad, sino ahistoricidad del hombre reducido a cosa, a la especie que se reproduce, desierto de lo humano. Lo que se produce y envejece pronto se sustituye por algo ilimitadamente, y nada es completo, perfecto en sus límites: la *Ilíada* no se sustituye, ni se le añade nada, no pasa: es. Y así el hombre de hoy, oprimido por la obsolescencia de lo que produce y trastornado por la aceleración del producir-consumir, trata de evadirse a un pasado que jamás ha sido tan bello como lo recuerda, o a un porvenir que jamás será tan bueno como lo espera; se esfuerza en conservar lo que inexorablemente se le va, para que dure todavía un poco, o se rebela y quiere destruirlo todo. El trabajo de los adeptos a la cultura se ha reducido a un «comentario» diario de las mudables situa-

ciones, a la civilización tecnológica y a sus progresos sin sombra: tal como sopla el viento, vienen de allá y vuelven de acá; también la opinión pública está «persuadida» para juzgar los productos culturales no por el mérito, sino por las opiniones o humores políticos y sociales, según los esquemas artificiosos de «reaccionario» o «progresista», y al desgraciado que osa discutir, nadie le ahorra una campaña denigratoria o el silencio, terrorismo que provoca al mismo tiempo nuevas concesiones y nuevas actitudes protestatarias. Los llamados «intelectuales», con algunas excepciones, van a remolque de otras fuerzas, juegan cartas elegidas por los otros y se prestan al juego; juegan según ideologías ya manipuladas, se adaptan a lo que no nace de ellos; los llamados críticos han sustituido desde hace tiempo el juicio crítico por el comercial. También los científicos acaban por servir a la tecnocracia, pero son menos cortesanos que los literatos «sin letras», aunque no a la manera de Leonardo, si bien comienzan a pedir un poco más de *humanae litterae* y de profundidad filosófica, de *pietas* por la misma ciencia.

Cometido de la verdadera cultura en cuanto formativa del hombre integral —y en este sentido cultura es libertad— es oponerse a la reducción de todo a la funcionalidad, rehusar la invasión y la violencia del mecanismo, no entrar en el engranaje, ser ella misma: producto del espíritu que, como tal, no puede y no debe someterse a cuanto le es extraño, y menos que nada a la extrapotencia y a la omnipresencia de la comercialización; y precisamente en esta oposición están su autonomía y a la vez su compromiso social. No se trata siquiera de anticonformismo, posición tan cómoda como el conformismo, que hace vivir bien y poetizar mal: el verdadero hombre de cultura jamás se dirige a propósito de esta o a aquella situación, a esta o a aquella alineación, a la masa o a la *élite*, aunque tiene en cuenta esto

y lo otro, pero está todo en su obra creativa y le es extraña la mezquina preocupación de ir al paso con la realidad que le circunda. Ninguna obra de cultura, si lo es de verdad, se puede reducir a la práctica o puede aceptar su censura; si la acepta, ha nacido muerta. Pero incluso ser uno entre los mediocres sometidos, no a todos les va bien; y los vencidos, de muy inclinados, se hacen rebeldes y destructores, se desahogan con el pretexto de hacer la revolución, y todo queda como antes, inmóvil en su corrupción y en la impiedad, fajado de lugares comunes, de *slogans* publicitarios alejados del gusto, de la paradoja, del humorismo, en la ausencia del hombre sustituido por las cosas [14], todas insignificantes porque carecen del signo de la inteligencia.

No es del todo verdadero que la sensibilidad cultural y civil de un hombre o de un pueblo se revele en tiempos de violencia manifiesta y por la resistencia que sabe oponer; se revela también en tiempos prósperos y más o menos tranquilos, por la resistencia que sabe oponer a la violencia oculta y sutil, a las opresiones maliciosas o doradas, al totalitarismo, el de hoy, que serviliza la cultura hasta suprimirla bajo la tiranía del consumo, más peligrosa quizá que las dictaduras políticas, que al menos provocan el ansia de la libertad y no adormecen. Esta sensibilidad no se ha rebelado, ha cedido; el Occidente, en efecto, estaba perdido desde hacía tiempo, y el Occidentalismo ha barrido las últimas resistencias. La tecnocracia, como tal, es antiliberal y reaccionaria, ideológica en los límites que ella impone para un

---

14 «Ahora son las cosas las que han conquistado el poder. El cochero tenía espíritu, no el automóvil. La lavandera tenía espíritu, no la lavadora eléctrica. La visita de la tarde tenía espíritu, no la televisión» (del *Préface* de G. Bonheur al volumen *Autant en apportent les mots*, preparado por J. Gries y M. Charlotte-Pedrazzini, París, 1969). Y las cosas adquieren el poder cuando la estupidez oscurece la inteligencia.

«ordenado» progreso que favorece la eficiencia, confiada solamente en los *robots,* en los *managers,* en los técnicos y en los expertos: el Occidentalismo ha encontrado en ella su más plena expresión, el vértice de la corrupción para nada *(niente),* impresionado por los nuevos y fáciles entusiasmos ideológicos de Trotzski, Mao, etc., que sirven a su consolidación, siendo promotores de una escatología totalmente mundana, de un profetismo terrestre, de un retorno de los viejos mitos del humanitarismo y del pacifismo, que son cosa muy distinta del amor por la humanidad y por la paz, son radical escepticismo coincidente con el nihilismo o la pérdida de los valores, vendidos por el solo valor de la vida, que no es sacrificada, ni siquiera subordinada, a nada. Pero precisamente esto, con el humanitario pretexto de vencer el hambre en el mundo en un momento en que el Occidentalismo no sabe cómo resolver el problema de la supervivencia de los pueblos «desarrollados» ante las calamidades producidas por su mismo desarrollo, da nuevo impulso a la expansión y a la eficiencia, nuevo poder a la sociedad del bienestar, que continúa procediendo según el «método de la reducción a», propio de la egoidad por odio; y, sin el principio de la dialéctica de los límites, propio de la alteridad por amor, la impiedad continuará su obra de destrucción incluso del valor económico, que tiene valor si está signado por el límite del ser.

CAPÍTULO IV

LA IMPIEDAD RELIGIOSA

1. LA «NUEVA RELIGIÓN» DE LA ORGANIZACIÓN MUNDIAL COMO EL FIN DE TODAS LAS RELIGIONES

El Occidentalismo ha arremetido contra todas las religiones y contra todas las iglesias. No ha respetado a la católica, se ha infiltrado en ella y ha hecho explosión en su clero y en su laicado a todos los niveles, y no hay por qué sorprenderse, puesto que la Iglesia en su aspecto histórico está ligada al tiempo; de aquí no sólo el laboreo en su interior, renovación saludable, sino, desde el interior, la fuerza atrayente que trata de trastornarla en el momento mismo en que la solicita a hacer propia una de las dos sociedades impías, la neocapitalista o la marxista en sentido lato, encaminadas a encontrarse en un socialismo tecnológico o en una tecnocracia socialista. La sociedad del bienestar habría encontrado su límite y, con él, descubierto su verdad si, reconquistada la inteligencia del ser, hubiera acompañado al progreso con un poderoso despertar religioso capaz, sin disminuir su impulso, de contrastar su impiedad, de vencer

la desacralización; en cambio, se ha verificado una colusión cada vez más creciente entre los católicos[1] y el secularismo más radical, implacablemente buscado por aquellas dos sociedades, con el agravante de que la tecnocrática, más impía que la marxista, rechaza el principio dialéctico de la «revolución» y «reduce» el marxismo a «materialismo histórico», achatándolo, una vez vaciado de la «religión del Porvenir», a un sociologismo puramente pragmático. De aquí el «nuevo cristianismo» como religión laica[2], comprometida en favorecer la unificación de la humanidad en una especie de Organización mundial, que iguala a todos los hombres en un uniforme nivel de vida, realización terrestre de las promesas mesiánicas, donde la paz será perpetua, ya que la opulencia da la seguridad vital y la libre satisfacción de todos los deseos, sobre todo sexuales, sin el peligro de «apostarlos» por un valor o por una verdad superior a la vida: todo ello después de haber sido demolidos todos los tabúes y las supersticiones, entre ellas las de Dios y de una vida eterna, y vencida cualquier oposición del pensamiento y de la voluntad. Y así el pacifismo, el progresismo, el modernismo y todos los temas del laicismo más intransigente, desde el Setecientos hasta hoy, llegan a ser temas del «nuevo cristianismo», que cesa de existir como religión y se identifica con la sociedad impía, desposando sus métodos y finalidades. Evidentemente, «multi seductores exierunt in mundum, qui non confitentur Jesum Christum venisse in carnem, hic est seductor, et antichristus»;

---

[1] Tal colusión no ha respetado a los cristianos de ninguna iglesia, ni a los musulmanes ni a los hebreos; quizá, contra las apariencias, la menos comprometida es la Iglesia ortodoxa.

[2] Lo mismo vale para las otras religiones que el Occidentalismo lanza a la laicización de modo que coincidan con el programa de la sociedad del bienestar, lleguen a ser ingredientes de ella y en ella se disuelvan.

y muchos, seducidos, renuncian y no están firmes «in doctrina Christi», perdiendo incluso a Dios: «qui permanet in doctrina, hic et Patrem et Filium habet» [3].

El Occidentalismo, fuera y dentro de la Iglesia, se ha puesto en estado de alarma inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. El neocapitalístico tenía dos grandes temores: el comunismo, que avanzaba detrás de la potencia rusa, y el renacimiento católico; por otra parte, era consciente de que sin la ayuda de las fuerzas católicas habría sido arrumbado; de aquí la necesidad de utilizarlas contra el comunismo, de comprometer a fondo políticamente a los católicos hasta hacer prevalecer en ellos los intereses políticos y económicos sobre los religiosos, aplazando para después el ataque directo contra el comunismo. Y así ha sucedido: ha habido una afirmación política de las fuerzas católicas, una eficiencia social de las mismas, pero no un renacimiento de la fe católica y de la caridad cristiana, sino más bien un proceso acelerado de secularización o de corrupción del Catolicismo, hasta el punto de que los primeros en correr para adecuarse a las interpretaciones y a las críticas que el laicismo de todo color da y hace del Catolicismo verdadero son muchos católicos con un arsenal de especiosos pretextos y sofismas. Tal operación miraba y mira a un «encuentro» complejo, gracias al método de la reducción y a la correspondiente egoidad por odio: de los católicos y de los comunistas, sobre la común plataforma de la sociedad del bienestar tecnológicamente organizada, de modo que, por lo que atañe a las dos «teologías», se desteologizaran o desmitificaran al máximo, y de todos en una república mandada por la tecnocracia a la vez «socialista» y «cristiana» a su manera. Así se realiza perfectamente la «continuidad»

3 San Juan, *Ep.* II, 7, 9.

iluminística y neoiluminística entre liberalismo, comunismo y modernismo.

Otra alarma la suscitó en el Occidentalismo el anuncio del Concilio Vaticano II; entró inmediatamente en guerra durante y después de su desarrollo: por un lado, nuevo temor por el impulso renovador respecto a la revigorización de la fe; por otro, nueva y más vigorosa ofensiva (el temor al comunismo había disminuido mucho) para desnaturalizarlo, para convertirlo en instrumento de liquidación de la fe misma, y de reducción primero, y de destrucción después, de la Iglesia Católica. En otros términos, forzar la mano a fin de que la renovación de las llamadas estructuras se convirtiese en una subversión tal que atacase a las mismas verdades reveladas; impedir el despertar de la fe dentro de la sociedad del bienestar, que la transformaría de fin último en simple condición; hace pasar por verdadero mensaje cristiano, revelador de la «nueva fe», las tablas redactadas por la comisión mixta de tecnócratas, marxistas y freudianos con el auxilio fervoroso de cristianos católicos y, variablemente, protestantes o disidentes.

El tema de la lograda «madurez» del hombre moderno, en la versión iluminística actualizada durante todo el siglo pasado y el nuestro, ha vuelto a cobrar plena actualidad: reconquista de los poderes de la razón, alienados en Dios, de modo que se sustituya el dañoso prejuicio de la Providencia por el benéfico orden racional, descubierto y dominado por el hombre o impuesto por éste a la naturaleza para dominarla; rescate del trabajo alienado en el amo-explotador, y capacidad del hombre, una vez despertada y madurada la conciencia social, de construir por sí un orden perfecto de justicia, que antes alienaba en un Dios amo y tirano, invención del hombre mismo, explotada por las clases pudientes y dirigentes para conservar privilegios e injusticias;

conciencia totalmente desplegada de la potencia de los medios cognoscitivos y operativos, que, gracias al desarrollo irresistible de la ciencia y de la técnica, hacen al hombre cada día más autónomo y autosuficiente. Llegados a este punto, no se trata sólo de racionalizar la fe (religión natural que se remonta a la antigua Gnosis), de «purificarla» de lo sobrenatural, del misterio y de toda profundidad mística y ascética, sino de firmar el destierro o la defunción de la religión entendida como el conjunto de vínculos del hombre con Dios, para sustituirla por la socialidad o el conjunto de las relaciones de los hombres entre sí; no se tiende a difundir el ateísmo, sino a eliminar también éste, incompatible, igual que la afirmación de Dios, con la sociedad humana universal y autosuficiente por evolución hasta la cumbre de su madurez [4].

Como hemos dicho, la sociedad del bienestar fin de sí misma —al grito de «caza al ladrón», que es Dios, «y a sus encubridores», que son la «Ecclesia»— tiene una sola *chance* que imponer, la misma que el Occidentalismo ha comenzado a jugar desde su nacimiento: ideal común a la humanidad en él unificada es precisamente este tipo de sociedad, no ya una utopía, sino una realidad que cada día se va rápidamente realizando y se realizará del todo, cuando el plan tecnológico y los cuadros tecnocráticos sean perfectamente

---

[4] La negación del ateísmo o de la negación de Dios es la última etapa de la impiedad, de la «teología radical» o desteologización más allá del ateísmo. En efecto, el ateo que sufre la negación de Dios protesta cuando teme que la Iglesia se mundanice y que también los creyentes acepten la secularización de la fe. A él le gusta navegar en la noche confiándose a sí mismo, correr la aventura del hombre que dice en su corazón «Dios ha muerto» y se considera «heredero del Cielo», pero quiere estar cierto de que el faro (la fe) por él rechazado está alimentado por alguien: se siente fuerte con el faro a las espaldas, incluso porque alimenta la esperanza secreta de que, gracias a él, podrá volver a puerto.

funcionales. En este programa, que ni siquiera es una ideología, no se tienen en cuenta los límites del hombre, siendo él el producto de la pérdida del límite por el oscurecimiento de la inteligencia; no se atienden las contradicciones profundas internas al programa mismo por el hecho de que en la ausencia del principio dialéctico no se pueden ver: se afirma y se impone infaliblemente que la sociedad del bienestar es la felicidad esperada desde el antropoide al hombre de hoy y al fin inminente, sin reflexionar que lo «perfectísimo» es *ab aeterno* o no será nunca, ya que, precisamente por perfectísimo, no puede ser el fruto del devenir o de la evolución. Reducidos todos los valores a los productivos de la sociedad del bienestar liberada de todos los tabúes morales y religiosos, y puesta ésta como el óptimum de la felicidad y la completa liberación de la humanidad, es inevitable el odio contra todo lo que de cualquier modo se le oponga; y el mensaje de Cristo, del Dios viviente, depósito de la Iglesia católica, es el opositor más irreducible.

De aquí el plan de reducción del Cristianismo a la «madurez» del hombre moderno: un «nuevo cristianismo» aceptable por el adulto, de crecimiento acelerado por la técnica, por la ciencia y por las varias democracias liberales y progresistas. Todo el Occidentalismo, interno a la Iglesia católica y a las protestantes, ha puesto manos a la obra a nivel de periodistas, curas, frailes y laicos, como a nivel de teólogos, obispos e incluso cardenales, para hacer comprensible el mensaje de Cristo al hombre que se ha hecho adulto y está, por consiguiente, lleno de legítimas pretensiones. Juan XXIII había aconsejado a los Padres conciliares «no imponer nuevas doctrinas, no formular nuevos dogmas, sino hablar de la fe de modo nuevo y lúcido al hombre de hoy, con sus palabras y con su modo de pensar». Óptimo consejo: hablar de la *fe* al hombre de hoy con sus palabras, dejando sin

cambiar e inmutables la fe y su contenido dogmático. Pero no; no sólo se ha atacado a la teología «romana», desde la divinidad de Cristo a la infalibilidad y al Primado del Papa, sino que el lenguaje teológico ha sido traducido en términos de democracia, de sociología, de tecnología: cada Iglesia, la de Holanda, la de Alemania e incluso la de un pueblo, se ha sentido guía de «transformaciones» conciliares, en lugar y hasta en contra de Roma, con el apoyo de este o de aquel grupo y de todas las fuerzas laicistas de las dos sociedades impías, según las cuales una Iglesia al compás de los tiempos debe transformarse en una especie de «rotary» presidido por el Papa, en que cada uno exponga sus opiniones y haga un poco de bien [5].

¿Y qué es lo que el hombre de hoy, «madurado» por el progreso, no comprende del mensaje de Cristo? El hombre tal y como lo ha hecho el Occidentalismo culminante en la tecnológica sociedad del bienestar, no comprende absolutamente nada, porque se le ha oscurecido la inteligencia; no comprende, porque se ha puesto o ha sido puesto en la situación de no comprender, en el estado de estupidez, necesario para que pueda aceptar o creer como verdad infalible, o al menos como esperanza fundada, el mito del progreso infinito como su propia felicidad y cumplimiento, optimismo infantil por debajo de toda madurez, favorecido y explotado por la malicia de quien detenta el poder y quiere aumentarlo y extenderlo. De ello se sigue que, para que pueda comprender, es necesario restituirlo a su inteligencia, hacer que vuelva

---

[5] Decimos una vez por todas que no creemos desconocer cuanto de positivo han aportado estos fermentos (purificación de la concepción de Dios, caída de supersticiones y de anacronismos, etc.); pero una cosa es liberarse de lo viejo y otra echar al mar, con la envoltura deteriorada, también el contenido. Cámbiense esquemas y comportamientos, abandónese lo caduco, pero a fin de reconquistar para nueva vida cuanto no está sujeto a la erosión del tiempo.

a «pensar», obrar el milagro de hacerle «ver»; pero no se obran milagros sin fe viva, sin permanecer «fieles» al auténtico mensaje de Cristo. En pocas palabras, volver a dar al hombre de hoy el ojo de la mente o el *logos* humano, y ayudarle a abrir el ojo de la fe al *Logos* revelado; y no se comprende este último sin el otro, sin el principio de verdad, el único que hace creer como hombres, es decir, como seres pensantes y libres, y no por ciego fideísmo, que puede engendrar incluso la rebelión contra una fe irracional o puramente animal, que mortifica e incluso frustra. En cambio, se acepta el hombre de hoy tal cual es, y con él todo el Occidentalismo, más bien se le anima a avanzar, y se nos plantea el problema de cómo hacer aceptable a tal hombre el mensaje cristiano. El «cómo» es inevitable: diluyendo el Cristianismo en aguas contaminadas, corrompiéndolo de modo que sea aceptado por los corrompidos. ¿Cómo se puede hacer aceptar la virtud a un vicioso que se deja tal cual es y se le anima al vicio, sino corrompiendo la virtud o, si se quiere, elevando al rango de virtud el vicio y mandando a paseo a esa aburrida de agrio rostro? Pero esto es un círculo «vicioso» incluso en el sentido moral, unido a una carencia de conciencia religiosa; dice claro que quien se presta a la operación de aceptabilidad del cristianismo en estas condiciones ya ha aceptado su adulteración hasta la negación; no es un cristiano que quiere «atravesar» con todo el sufrimiento y el empeño exigidos la sociedad nueva para hacer operante en ella la Palabra de Cristo y restituir tal sociedad a sus límites o a la inteligencia de sí misma, sino un colaborador activo del sistema materialístico-tecnocrático, que contribuye a corromper al Cristianismo y a cualquier religión hasta su identificación con el programa del Occidentalismo. En efecto, dado que la sociedad del bienestar no comprende ni acepta el dogma del pecado original, en conflicto con el evolucio-

nismo histórico y con el seguro mañana de felicidad, no se hable de él o háblese de modo que no resulte chocante; dado que ha llegado a ser «madura», póngase el acento sobre Cristo-hombre o, mejor dicho, dígasele que, en el fondo, su divinidad no es necesaria para ser cristianos, y exíliense los ángeles, sin lugar en la sociedad de hoy; dado que la virginidad no es apreciada como en el pasado y ya no se cree en ciertas «fábulas», entiéndase el artículo de fe «nacido de María Virgen» en el sentido de que el nacimiento de Cristo, superior a la posibilidad de José y de cualquier hombre, es un fruto de la Gracia; dado que la vida ascética y de mortificación, la oración personal y la contemplación —la primera, como tal, siempre comunitaria, y la segunda, capaz de una actividad que los activistas ni sueñan— han perecido ya a causa del cambio de las costumbres, sean perseguidas como imposiciones autoritarias de la religión y de la moral represivas. En pocas palabras: puesto que la sociedad del bienestar es radicalmente impía y arreligiosa, interpretemos el Cristianismo de modo que ella, avanzando en su impiedad, tenga también el *confort* de considerarse todavía cristiana, en vez de despertarla de su estupidez trocada por madurez y de restituirla a la verdadera fe, a fin de que el bienestar pueda ser de verdad un bien y no su corrupción y su muerte espiritual. Y así se elaboran catecismos que ponen en duda o niegan todo lo que el hombre de hoy no comprende —no por maduro, sino por ofuscado y corrompido—, y lo que no comprende es la vida auténticamente religiosa y moral, lo sobrenatural y la vida eterna; no se pierda tiempo a hacérselas comprender, sino manipúlense con el lenguaje de la sociología, de la política, de la técnica, de la economía (completa democracia), para una completa desacralización presentada como la nueva religión del porvenir, en que sólo pueden creer quienes niegan la Revelación, aceptada la cual,

toda la historia humana es siempre nueva y contemporánea.

De aquí el profetismo y el mesianismo seculares, la ostentación de la «espera» inminente («la espera como fraude», escribe Zola), del reino terrestre, donde el mal no será ni siquiera un recuerdo, porque todo será lícito a todos —«si Dios no existe, todo es lícito», escribe Dostoievski— y nada será pecado. Pero la «inocencia» que se promete no es el fruto de una purificación interior, de la liberación del mal, el precio de la ascesis; al contrario, es una «pureza» que coincide con la pérdida de la conciencia moral, de modo que lo que era servidumbre del vicio y del pecado se haga libertad en el vicio y en el pecado. No se trata de hacerse «niños» para ser más sabios que Salomón, sino de hacerse «grandes», desde la primera adolescencia, a fin de ser libres para seguir todos los instintos y vicios predilectos, realizar la libertad sexual y con ella la felicidad, y continuar dejándose seducir por las máscaras a que se tiene afecto. La purificación y la ascesis, alto precio, son instrumentos del Dios muerto, tirano cruel, y de sus secuaces, carceleros espirituales, enemigos de todo sentimiento humanitario, al que es reducida la caridad cristiana, lo único que hace a todos bienaventurados. Éste es el nuevo apocalipsis secular e impío, que ni siquiera tiene ya la máscara religiosa: renovación de la humanidad sin purificación, simplemente a través de la Organización tecnológica universal, que proporcionará los medios para todas las satisfacciones. En efecto, los nuevos «cátaros» quieren que la Iglesia torne a la pureza de los tiempos apostólicos, y a la vez reclaman el máximo de indulgencia y de laxismo para todas las «libertades» de la sociedad de los consumos; protestan contra la actitud «servil» de la Iglesia respecto a regímenes totalitarios de derecha sobre todo si es en países católicos, pero le quieren imponer que dé su bendición al socialismo tecnológico y a la tecnocracia

socialista, a las dos sociedades impías; gritan contra la «riqueza» de la Iglesia, y ansían ahogarse en la opulencia[6].

De este nuevo mesianismo se sigue que lo que hay de divino o por divinizar no está en el pasado de las viejas

---

6 Como ya he puesto de relieve, en el Occidentalismo se encuentran dos formas fundamentales de impiedad, ambas de antigua fecha, pero que se propagan desde el momento en que el Occidente es arrollado por la corrupción occidentalística. La primera, desde el siglo XVI y desde el iluminismo hasta hoy, coincide en el fondo con el ateísmo vulgar del llamado librepensamiento: ruptura de los vínculos con Dios o irreligión y tentativa del hombre de ponerse como autosuficiente para poder congratularse consigo mismo, autoglorificación heroica o prometeica. La segunda, que se enlaza con la primera, se configura en formulaciones cada vez más precisas y perfeccionadas a medida que avanza el progreso técnico-industrial y con él la transformación ambiental de la sociedad: naturalización y humanización pura y simple de Dios en vista de la «gran esperanza» de la Organización mundial, en la que convergen, de un lado, Saint-Simon, los sansimonianos y el socialismo francés del siglo XIX, y, de otro, Feuerbach, Marx y los diversos marxismos hasta la actual «teología de la muerte de Dios». Tal humanización de la religión comporta «forzar... a entrar en los confines de la limitada naturaleza humana aquel elemento inmenso, sobrenatural» (A. Rosmini, *Frammenti di una storia dell'empietà*, cit., pág. 137); es decir, una doble violación o desconocimiento del ser, del ser del hombre, que ya no ve sus límites, y del de Dios, «reducido» al hombre. En vista de la humanización, la magnificación de la influencia saludable de todas las religiones y de los beneficios que han aportado a la humanidad; pero, excluido lo sobrenatural, todo esto es debido a la obra del hombre mismo, aunque él lo atribuya a un Dios. Los beneficios de que aquí se habla son de orden exclusivamente mundano y social; de aquí la reducción de la componente religiosa en la historia humana al nivel político-económico, es decir, al *quantum* de su contribución al progreso del *status* social de la humanidad; de ello se sigue que una religión es verdadera y el Cristianismo es auténtico en la medida en que colaboran con la política, la industria, la técnica, etc., es decir, «legitiman» este progreso en cada una de sus fases. Las llamadas revelaciones divinas no son más que inspiraciones que la humanidad revela a sí misma «y Cristo es aquel hombre que fue mejor que cualquier otro, hasta sus días, inspirado por esa humana naturaleza, que se desarrolla tan felizmente, hasta alcanzar aquella forma que tuvo en este hombre admirable, que fue

religiones, todas ellas malas o al menos muy imperfectas, sino, a través de un presente siempre en transformación y proyectado hacia delante, en el porvenir garantizado por la organización industrial y social; pues todo lo que del Cris-

---

acertadamente llamado Mesías o Cristo» (A. Rosmini, *ob. cit.*, pág. 147). Por lo tanto, Dios, que es la humanidad entera, se realizará en un nuevo estado político, social y moral de la humanidad misma. Como sigue comentando Rosmini, «la religión significa, por consiguiente, lo mismo que la *política* en su [de los Sansimonianos] estilo; y como de su política forman parte las ciencias, las bellas artes y la industria, a todas estas cosas se extiende su doctrina, a la cual, dicen ellos, 'se reserva un nombre que todas las doctrinas que han sido guiadoras de pueblos, necesariamente han tomado y dejado, el de religión'» (Rosmini, *id.*, págs. 154-155), precisamente la nueva religión humanizada.

El lector puede ver por sí mismo, a través de los pasajes que siguen del *Nouveau Christianisme* (Diálogo entre un innovador y un conservador), cómo casi todos los motivos del actual «nuevo cristianismo» se encuentran ya en Saint-Simon:

«Conservador: ¿Crees en Dios? — Innovador: Sí, creo en Dios. — C.: ¿Crees que la religión cristiana tiene un origen divino? — I.: Sí, lo creo. — C.: Si la religión cristiana es de origen divino, no es susceptible de perfeccionamiento: sin embargo, Vd. incita, con sus escritos, a los artistas, a los industriales y a los científicos a perfeccionarla. Vd. está en contradicción consigo mismo, porque su opinión y su fe se encuentran en oposición. — I.: La oposición que Vd. cree ver entre mi opinión y mi fe es sólo aparente: es preciso distinguir lo que Dios ha dicho personalmente de lo que el clero ha dicho en su nombre. Lo que Dios ha dicho no es, ciertamente, perfectible; pero lo que el clero ha dicho en nombre de Dios constituye una ciencia susceptible de un perfeccionamiento, como todas las demás ciencias humanas. La teoría de la teología tiene necesidad de ser renovada en ciertas épocas, como la de la física, de la química y de la fisiología [Como si el contenido revelado y el criterio de la teología, que es la Revelación, fueran idénticos a los de la física, etc. Tal afirmación presupone la negación de la Revelación]. — C.: ¿Qué parte de la religión cree Vd. divina? ¿Y qué parte considera humana? — I.: Dios ha dicho: *Los hombres deben comportarse como hermanos entre sí;* este principio sublime encierra todo lo que hay de divino en la religión cristiana. [Basta aceptar esta afirmación para que el Cristianismo quede humanizado y secularizado en formas diversas, pero con éxito idéntico. En realidad, reducir la religión cristiana a este solo principio, que a fin de cuentas es el segundo mandamiento, es excluir

tianismo y del Catolicismo no soporta una relectura según el dictado de la sociedad del bienestar es prejuicio, superstición, ignorancia. Naturalmente, como hemos apuntado, también el comunismo y el marxismo en cada una de sus formas

---

el primero —«amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el máximo y el primer mandamiento»— y hacer del mensaje de Cristo una mera doctrina moral que, trasladada al terreno meramente social, coincide con el humanitarismo socialista y después con la tecnocracia socialista o socializante]... Según este principio que Dios ha dado a los hombres como regla de su conducta, ellos deben organizar la sociedad del modo que puede ser más ventajoso al mayor número [y así el Cristianismo se identifica con la organización de la sociedad a favor de los más]; deben proponerse como fin en todos sus trabajos, en todas sus acciones, mejorar lo más pronto y lo más completamente posible la existencia moral y física de la clase más numerosa —yo digo que en esto, y sólo en esto, está la parte divina de la religión cristiana. — C.: Admito que Dios haya dado a los hombres un solo principio; admito que les haya mandado organizar la sociedad en modo de garantizar a la clase más pobre el mejoramiento más rápido y más completo de su vida física y espiritual; [ya el «conservador» ha cedido, ha pasado al otro campo], pero le hago observar que Dios ha dejado guías a la humanidad. Antes de volver a subir al Cielo, Jesucristo confió a los apóstoles y a sus sucesores la misión de dirigir la conducta de los hombres, indicando las aplicaciones que debían hacer del principio fundamental de la moralidad divina y facilitándoles los medios para sacar las consecuencias más justas. ¿Reconocéis a la Iglesia como una institución divina? [pregunta superflua, interrogación retórica, después de haber cedido más arriba]. — I.: Yo creo que Dios ha fundado Él mismo la Iglesia cristiana; estoy penetrado del máximo respeto y de la más grande administración por la conducta de los Padres de esta Iglesia. Los jefes de la Iglesia primitiva [he aquí cómo despunta el pretexto de la Iglesia primitiva o evangélica e inmediatamente después el del pacifismo] predicaron abiertamente la unión de todos los pueblos, los exhortaron a vivir pacíficamente entre sí; declararon con la máxima energía a los poderosos que su primer deber era adoptar todos los medios disponibles para el más solícito mejoramiento posible de la vida espiritual y física de los pobres. Estos jefes de la Iglesia primitiva hicieron el mejor de todos los libros que jamas se haya publicado, el *Catecismo primitivo*, en el que distinguieron las acciones de los hombres en dos clases, las buenas y las malas, es decir, las conformes con el principio fundamental de la moral divina, y las

deben reducirse a esta perspectiva; de aquí los dos más recientes *slogans* de la sociedad tecnocrática: un «comunismo de rostro humano», sometido a ella dócilmente, sin veleidades revolucionarias, todavía «religiosas» y «dogmáticas», pertur-

contrarias a este principio. [Naturalmente, sin preocuparse del amor de Dios, de la purificación y de la salvación eterna]. — C.: Ilústreme mejor su idea y dígame si considera la Iglesia cristiana infalible. — I.: Siempre que la Iglesia tenga a su cabeza a los hombres más capaces de dirigir las fuerzas de la sociedad hacia el fin divino [la organización de la sociedad, no la salvación eterna], creo que la Iglesia puede, sin peligro, ser reputada infalible [infalible según los hombres, es decir, si es regida por hombres que colaboran al progreso técnico-industrial y al bienestar] y que la sociedad obra sabiamente dejándose guiar por ella. Considero que los Padres de la Iglesia fueron infalibles [*sic*] para la época en que vivieron, mientras que el clero, hoy, me parece entre todos los cuerpos constituidos el que comete los errores más graves, más dañosos a la sociedad; aquel cuya conducta está en más directa oposición con el principio fundamental de la moral divina. [Esto en parte es verdadero históricamente, ¡pero no tiene nada que ver con la infalibilidad de la Iglesia católica!]. — C.: Por consiguiente, ¿se encuentra la religión cristiana, según Vd., en una situación difícil? — I.: Por el contrario: nunca ha habido un número tan grande de buenos cristianos; pero hoy forman parte casi todos de la clase de los laicos. [Los buenos cristianos serían los industriales, los banqueros, los técnicos, etc.]. La religión cristiana ha perdido, después del siglo XV, su unidad de acción. Desde entonces no existe un clero cristiano: todos los eclesiásticos que hoy tratan de injertar sus opiniones, su moral, el culto y los dogmas en el principio moral que los hombres han recibido de Dios, son heréticos, porque sus opiniones, su moral, su culto y sus dogmas se encuentran más o menos en oposición con la palabra divina: el clero más poderoso de todos es también aquel cuya herejía es más grave. [Si se quiere decir que buena parte del clero se ha desinteresado de la condición social de la mayoría de los hombres y que ha habido una colusión entre el alto clero como clase y la clase, primero, de los nobles y, después, burguesa y capitalística, como también una instrumentalización de la religión con fines políticos, Saint-Simon tiene razón de sobra, pero esto no significa que el Cristianismo sólo tenga una «función» social y secular]. — C.: ¿Qué será de la religión cristiana si, como Vd. piensa, los hombres investidos del oficio de enseñarla se han hecho heréticos? — I.: El cristianismo llegará a ser la religión única y universal; asiáticos y africanos se convertirán; los miembros del clero europeo volverán a ser buenos

badoras de la Organización mundial o de todos los mercados, y «elección de civilización» o «de cultura», contrapuesta violentamente a aquellas formas de comunismo que se le oponen, como si el Occidentalismo, después de haber perdido

---

cristianos, abandonarán las varias herejías que hoy profesan. La verdadera doctrina del cristianismo, es decir, la doctrina más general que pueda ser deducida del principio fundamental de la moral divina, será establecida e inmediatamente cesarán las diferencias que existen en las opiniones religiosas. [Tenemos aquí todos los ingredientes del «ecumenismo» secularizado y desacralizado: el cristianismo mundano y social, única «religión» universal, a la que se convertirán incluso los actuales católicos y protestantes, todos heréticos, para formar la «organización mundial» regida por la industria y por los bancos para el mayor bienestar]. La primera doctrina cristiana sólo ha dado a la sociedad una organización parcial y muy incompleta. Los derechos del César han permanecido independientes de los derechos atribuidos por la Iglesia; *Dad al César lo que es del César*: he aquí la famosa máxima que ha separado los dos poderes. El poder temporal ha continuado fundando su potencia en la ley del más fuerte, mientras que la Iglesia ha profesado que la sociedad no debía reconocer como legítimas sino las instituciones que tengan por objeto el mejoramiento de la clase más pobre. —La nueva organización cristiana deducirá tanto las instituciones temporales como las espirituales del principio de que *todos los hombres deben comportarse mutuamente como hermanos*. Ella dirigirá todas las instituciones, de cualquier naturaleza que sean, hacia el crecimiento del bienestar de la clase más pobre. — C.: ¿En qué hechos funda su opinión? ¿Qué le autoriza a creer que un mismo principio moral llegará a ser el único regulador de la sociedad humana? — I.: La moral más general, la moral divina debe llegar a ser la única moral: es la consecuencia de su naturaleza y de su origen. — El pueblo de Dios, el que había recibido revelaciones antes de la venida de Jesús, que está más extensamente esparcido sobre la superficie del globo, siempre ha sentido que la doctrina cristiana, fundada por los Padres de la Iglesia, era incompleta; siempre ha proclamado que surgirá una gran época, a la que ha dado el nombre de *mesiánica*, en que la doctrina religiosa se manifestará en toda la vastedad de que es susceptible; que esta doctrina regulará igualmente la acción del poder temporal y la del poder espiritual, y que entonces todo el género humano tendrá una sola religión, una sola organización. [Como se ve, no falta el mito de la «gran espera», el fraude en que siempre ha esperado y espera la impiedad]. En fin, yo concibo claramente la nueva doctrina cristiana y quiero exponerla; después reseñaré todas

al Occidente, tuviese todavía una cultura o civilización a cuya elección pudiera invitar, y no sólo una civilización degradada. Esto no es siquiera «satanismo», como alquien ha escrito, o el hombre que remeda como un simio a Satanás, que trata de remedar a Dios queriendo ser como Él; es el hombre simio de sí mismo, el hombre del nihilismo.

Los secuaces de Saint-Simon asignaban a Cristo —como hoy algunos de los continuadores de aquéllos— un puesto de honor en la nueva Organización mundial: «Moisés prometió a los hombres la fraternidad universal; Jesucristo la preparó; Saint-Simon la realiza». Desde entonces el nombre de Saint-Simon ha sido sustituido por más de un pretendiente: Marx, Lenin, Stalin, Kennedy, etc.; el de Moisés, la antigua Ley, y el de Cristo, la Ley nueva, se mantienen firmes, son insustituibles. Y es esto lo que cuenta para la inteligencia; el tercer nombre es confiado a la propaganda de la estupidez.

2. EL «ATRAVESAMIENTO» DE LA IMPIEDAD RELIGIOSA

Como hemos puesto de relieve, la Iglesia católica, en sus aspectos históricos, no podía dejar de ser herida por dentro

---

las instituciones espirituales y temporales que hay en Inglaterra, en Francia, en Alemania del Norte y en la del Sur, en Italia, en España y en Rusia, en la América septentrional y en la meridional. Compararé las doctrinas de estas instituciones con la que se deduce directamente del principio fudamental de la moral divina, y haré comprender fácilmente a todos los hombres de buena voluntad y de rectas intenciones que, si todas estas instituciones fueran dirigidas hacia el fin del mejoramiento físico y espiritual de la clase más pobre, harían prosperar a todas las clases de la sociedad, a todas las naciones con la máxima rapidez».

El «conservador», naturalmente, se convierte al «nuevo Cristianismo» y acepta que la «nueva fórmula» para presentar la esencia del Cristianismo es el «sistema de organización social» propuesto por Saint-Simon.

y por fuera por la corrupción occidentalística, que persigue el fin preciso de reducirla a su plan, para abolirla. Tal impiedad religiosa, por un lado, ha apremiado a la Iglesia a una revisión interna, a dejar lo viejo y a abandonar ciertos compromisos y otras tantas bendiciones por lo menos inoportunas; por otro, ha intentado por todos los medios y sin reparar en gastos, causarle dificultades, incluso sobre los puntos doctrinales esenciales e irrenunciables. De aquí el problema: revisión y abandono de lo viejo para conseguir una Iglesia presente y operante en el mundo de hoy tal como es y como se va haciendo, pero realizados de modo que, quedando intacto el depósito de las verdades reveladas, puedan purificarla incluso a través del sufrimiento de su trabajo, y a fin de que, así purificada y sufriente incluso a causa de los hijos que se le rebelan y la odian, pueda atravesar toda la impiedad que se le opone y recuperar dentro de sí, también con motivo de tal oposición, un nuevo impulso apostólico y misionero. La renovación de la Iglesia por el renacimiento y el fortalecimiento de la fe mantenida en su integridad ayudará a la Iglesia misma a ser, como en cada momento de la historia y de la vida de cada hombre, «contemporánea» de la nueva cultura creadora, que heredará al Occidente y al Oriente redescubiertos, una vez disuelto el Occidentalismo, el cual, por su parte, y en vista del peligro, trata por todos los medios de extender y perpetuar su corrupción.

Desgraciadamente, se han intentado todas las revoluciones menos una, la interior, la μετάνοια, el «cambio» radical de las propias convicciones, sentimientos y decisiones, consecuencia del estar en condición de «ver» y, por consiguiente, de «reconocer después» (μετα-νοέω), liberación de la estupidez. De nada sirve alterar las cosas sin el renacimiento interior, operación y responsabilidad personales: «no son las

instituciones más o menos transformadas las que salvarán a la Iglesia, sino el *espíritu* que animará sus estructuras». Y el mismo Cardenal Léger precisa que «hay puntos firmes sobre los que la Iglesia tiene necesidad de certezas y de ejemplos, y no de opiniones, como la fidelidad al Vicario de Cristo, la unión de los Obispos y de los Cardenales en torno a la Cátedra de Pedro. El Papa puede ser exhortado, hasta reprendido, como reprendió Santa Catalina a los Papas de Aviñón, a condición de que se lo considere como lo definía aquella grandísima italiana, 'el dulce Cristo en la tierra'». La Iglesia, por consiguiente, tiene necesidad de fe y de oraciones, de recogimiento y de silencio, mucho menos de asambleas a chorro, nada de la προσωποποιία de curas y cardenales que se malgastan en conferencias de prensa y en entrevistas televisivas, en la redacción repetida y perfeccionada de la *magna charta* del progresismo católico mundial.

Es estúpido repetir incluso en este caso la «sugerencia» maliciosa del secularismo impío, que ya no es tiempo de recogimiento, de silencio, de oración contemplativa, actitudes que es mejor «sustituir» por el compromiso social y la protesta contra las guerras y el hambre, cuando no sólo no se requiere y es contraproducente aquella sustitución, sino que se tiene tiempo para todas las diversiones más bobas y vulgares y para los desahogos más aberrantes; es más honesto confesar, dejando de anunciar nuevos y amenazantes mensajes proféticos, que la oración y la contemplación no se comprenden por impiedad, y por eso mismo se odian y se niegan. Hay que tener el valor —y un católico que no es capaz de tenerlo no confía en la oración ni en la gracia— de desagradar a quien sea todas las veces que sea necesario, de no sustituir por una prudencia demasiado humana el gran fuego del amor de Dios y de saber orar para que esta llama, si falta, se reencienda por maduración de gracia, única

fuente de maduración cristiana. Inútil fabricarse ilusiones o pretextos no piadosos, como el de vencer la indiferencia o el odio hacia la Palabra de Cristo con el compromiso terreno en todos los frentes, si falta el frente de la fe y de su contenido intangible de verdad: se trata de un paso más hacia la otra orilla, hacia la de quienes quieren «crucificar» a Cristo «otra vez y no dejarle ningún lugar donde posar la cabeza» [7]; de abandonar, continúa la Santa, toda esperanza de salvación, toda esperanza de atravesar el compromiso mundano con la fidelidad a la fe, el valor de testimoniarla en toda su pureza, incluso con la santidad de la vida. Y entonces, ¿qué llama purificadora es la fe si se la diluye o apaga en las mismas aguas contaminadas que han de ser regeneradas?

Mas, para tener tanta fuerza, es necesaria la gracia, ciertamente; pero la gracia desciende a través de la oración y el recogimiento, el «silencio» válido para «provocar» a Dios si es «grito» prepotente del amor por Dios mismo y que, como tal, se transforma para el católico en oración por la Iglesia. Y no se diga —repitiendo la estupidez de «dados los tiempos y las transformaciones», como si la esencia del Mensaje de Cristo fuera reducible a este o aquel contexto social, a esta o aquella situación en vía de no se sabe qué «avance»— que hoy la oración y la contemplación no se actúan en el vínculo de amor entre Dios y el alma singular: como cristiana es siempre comunitaria, ya que este vínculo es la vocación «originaria» y, como tal, eterna y no sólo primitiva del cristiano; ni se apele a documentos conciliares o postconciliares «reducidos» o «sustituidos» a propósito para la propia comodidad, los cuáles dicen inequívocamente, no obstante las confusiones de ciertos escribas, que «el aspecto más sublime

---

[7] Santa Teresa de Ávila, *Camino de perfección*, l. I, c. II.

de la dignidad humana consiste en su vocación a la comunión con Dios» [8]: comunión es oración contemplativa, penetración de la Palabra de Dios por interior iluminación del Espíritu Santo, que «penetra todas las cosas, incluso las profundidades de Dios» [9]. Y cuando el amor arde en la contemplación, el alma, sigue diciendo Santa Teresa, se inflama en las obras para el servicio de Dios y del prójimo, atraviesa todo el mundo de la impiedad —«quien está en alto descubre muchas cosas»— y, transformada por la Gracia, transforma toda cosa, grande aun en las acciones más vulgares, en cada palabra: su misma presencia es una revelación de Dios.

«Veritatem autem facientes in charitate, crescamus in illo per omnia, qui est caput Christus; ex quo totum corpus compactum; et connexum per omnem iuncturam subministrationis secundum operationem in mensuram uniuscuiusque membri, augmentum corporis facit in aedificationem sui in charitate» [10]. El cristiano «crece» en toda virtud teniendo constantemente unida, en el pensamiento y en la acción, la verdad con la caridad, y crece en gracia hasta la correspondencia que él y cada miembro deben tener con Cristo, que a todos los miembros reúne, dispone, ordena y liga entre sí y consigo mismo por medio de la fe, de los sacramentos, de los dones del Espíritu Santo, de las vocaciones y de cuantas funciones hay en la Iglesia; vínculos de unión que son canales de comunicación de los miembros con Cristo y entre sí, los cuales recíprocamente se ayudan: el «cuerpo» todo recibe su completamiento y su construcción mediante la caridad, que edifica: ensanchar el espacio de la verdad en la caridad. De aquí la exhortación y la amonestación de no caminar, como las naciones no cristianas, «in vanitate sensus sui,

---

8 *Gaudium et spes*, núm. 19.
9 San Pablo, *I Cor.*, c. 4, 10.
10 San Pablo, *Ef.*, c. 4, 15-16.

tenebris obscuratum habentes intellectum, alienati a vita Dei per ignorantiam, quae est in illis, propter caecitatem cordis ipsorum, qui desperantes, semetipsos tradiderunt impudicitiae, in operationem immunditiae omnis, in avaritiam» [11]. No «clausura» hacia los «oscurecidos en el intelecto», sino enseñanza para no hacer como ellos y para hacer «la verdad en la caridad», un ecumenismo auténtico; y hoy sólo la Iglesia católica hace ecumenismo incluso hacia las otras religiones; pero entenderlo como «acomodación» o «tolerancia», en la línea del quieto vivir y del pacifismo, es su reducción a uno de los mitos de la impiedad, sustitutivo de la verdadera caridad unida a la verdad, el camino real «abierto» al futuro de la Iglesia.

Mas precisamente en esta impostación del problema gravita el peso de las dificultades que comporta: integridad del patrimonio de la fe y, contemporáneamente, su traducción a un lenguaje que no lo altere, o revivificación del lenguaje fijado y que forma cuerpo con el dogma, limitando la innovación a nuevos modos explicativos para una renovada comprensión suya; difusión del bienestar, a fin de que todos los pueblos participen de él sin discriminación y sin sujeción a nuevos colonialismos, pero rescatando al mismo tiempo el bienestar en una concepción que no lo haga fin de sí mismo y, por tanto, purificándolo a través de la recuperación de todos los valores, de modo que aquellos pueblos sean y se sientan católicos, no porque la Iglesia se haga propugnadora del bienestar poniéndose tal acción como fin, sino porque es la Iglesia de Cristo, que es la salvación, la vía que «no conduce a especular» o a la organización del mundo como fin de sí misma; y, en cuanto tal, implícitamente sostenedora

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECAS
DONACION
DE ESPAÑA

11 *Ef.*, c. 4, 17-19. «Avaritia», teniendo presente el texto griego (πλεονεξία), ha de entenderse como avidez, concupiscencia.

de la dignidad del hombre también en el plano económico, político y social. Naturalmente, el Occidentalismo continuará oponiéndose a semejante solución, que implica su muerte. Cerca de cinco mil millones de almas del «Tercer mundo» se prevén para antes de fin de siglo, contra los setecientos millones aproximados del Occidente: pero si el núcleo de creyentes —no importa su importancia numérica, sino más bien la intensidad de fe y el impulso apostólico— sabe mantener íntegro y firme el Mensaje, será la levadura que hará crecer la nueva civilización heredera del Occidente reencontrado, el remedio «inteligente» que no se ilusiona en reparar los males y en sanar las contradicciones con medios técnicos o en sustituir la fe en Dios por la fe en la civilización.

El Occidentalismo, en sus dos formas, neocapitalista y comunista, en avanzada vía de convergencia hacia una Sociedad universal tecnológica, provoca y alimenta la secularización de todas las grandes religiones y, con la impiedad, la pérdida de todos los valores o su reducción a los vitales, que pueden bastar para la felicidad en la tierra. Pero el esfuerzo común a la Iglesia católica y a las otras puede ser providencial: por un lado, purifica a la primera, poniendo manifiesto cuanto de occidentalístico cobijaba, y la obliga a una sufrida renovación interior; por otro, debilita y desbroza en las otras religiones la fuerza de resistencia de todos aquellos aportes históricos y culturales de diversa naturaleza que han constituido el obstáculo a la comprensión del mensaje católico. De ese modo, y ya desde ahora en lo posible, el Catolicismo podrá encontrarse con aquellos «elementos de verdad y de gracia», con aquellas «semillas del Verbo» y aquellos valores ético-espirituales presentes en las religiones no cristianas, ya que el «Dios vivo, que hizo el cielo y la Tierra y el mar y todo lo que hay en ellos, en las edades pasadas permitió que todas las gentes anduvieran sus caminos», pero «no se dejó

a sí mismo sin testimonio» y ha llamado a todos a buscarlo y a encontrarlo, «aun cuando él no esté lejos de cada uno de nosotros»[12]. Pero el encuentro con las «semillas del Verbo», con «las riquezas dadas por Dios a las gentes», tiene un fin inequívoco, el mismo de la evangelización, que no es el concordismo o el sincretismo o el oportunismo, fenómenos de corrupción, sino el de «conocerte a Ti, único y verdadero Dios, y a Aquel que has enviado, Jesucristo»[13]. Este nuevo y grandioso cometido que la Providencia parece indicar a la Iglesia, como una etapa nueva de su largo camino terreno, hace todavía más urgente el mantenimiento a cualquier costa de la integridad de la fe; el empeño de vivificarla para que sea fecunda en gracia y en obras que testimonien fraternidad y ayuda recíproca entre personas, comunidades y pueblos; la oración para que sea alegría de cada creyente el estrecharse con la Iglesia docente y militante, ejército de Cristo, sufrir sus errores históricos, que luego son los errores de cada fiel y que cada uno tiene la obligación de atravesar por la purificación de sus impiedades.

Y el problema ya planteado se vuelve a proponer: atravesar el «sistema de la estupidez» y el nihilismo que tal sistema comporta como consecuencia del método de la reducción y de la egoidad por odio, sustitutivos del principio dialéctico y de la alteridad por amor, con toda la inteligencia del ser de que cada hombre es capaz sin milenarismos siempre llenos de nada *(niente)*; hasta disolver la corrupción occidentalista para arrancar al hombre y a los valores humanos del «aislamiento» a que el Occidentalismo, persiguiéndolos y ridiculizándolos, los ha condenado y restituirlo al pensamiento, a los sentimientos, a la fantasía y a la libertad.

---

12 *Hechos*, 14, 14-16; 17, 26-27.
13 *Juan*, 3, 16.

No se trata de destruir en bloque el «sistema», operación fácil y cómoda tanto si se hace en nombre de lo que del pasado ha muerto como en el de un porvenir que «cínicamente» se propone comenzar desde cero; se trata de la asunción de todo el peso del «sistema» para hacer humanamente válidas sus mismas conquistas; y no hay otra vía que la redescubierta del ser, es decir, el hacernos nosotros presentes a su «parusía», nuestro «retorno» a la inteligencia, cuyo signo es el límite. De aquí toda la *pietas* necesaria, no hacia aquella masa de «opiniones ab-errantes» que desde hace casi tres siglos se sirven del progreso, cualquiera que sea, para marginar todos los valores tradicionales con el pretexto de que han muerto, sino hacia este progreso que, en cuanto tal, no tiene ninguna responsabilidad en la determinación de los caracteres de la sociedad que gradualmente ha conducido a la actual tecnológica y tecnocrática; hacia las víctimas de tal sociedad —y son innumerables— a fin de que los hombres, en los límites de su naturaleza, capaz siempre del mal, puedan tener la verdadera paz en lugar del falso pacifismo, una sociedad humana en lugar del vacío humanitarismo. Pero esto es posible en una «nueva síntesis» de los valores, de donde una cultura nueva, en una nueva armonía de todas las «virtudes», desde las vitales a las ascéticas y místicas sin reducciones, sustituciones ni disociaciones, más allá de todas las «falsas conciencias» de «derecha» o de «izquierda», siempre prontas a «conciliarse» a escondidas con tal de permanecer falsas. No se trata de una cuestión de poder, de dominio, de mando, que en el fondo es siempre una cuestión mezquina, sino el gran problema de ser; sin la inteligencia y el reconocimiento del «*ser* todos hombres», cada uno con su ser que debe realizar íntegramente, no hay ni personas ni comunidad, sino máscaras crueles y feroces, que odian por nada *(niente)*. La disolución del Occidentalismo es una

empresa de la humanidad, pero las semillas son católicas; y de ellas bastan sólo doce: de la calidad de «aquéllas», aunque otro Matías deba sustituir a otro Judas Iscariote.

ÍNDICE GENERAL

BIBLIOTECA HISPÁNICA DE FILOSOFÍA

Dirigida por ÁNGEL GONZÁLEZ ÁLVAREZ

1. Jacques Leclercq: *Las grandes líneas de la filosofía moral.* Tercera edición. 432 págs.
2. Mariano Yela: *Psicología de las aptitudes (El análisis factorial y las funciones del alma).* Agotado.
3. Louis de Raeymaeker: *Filosofía del ser (Ensayo de síntesis metafísica).* Segunda edición revisada. Reimpresión. 410 págs.
4. Louis de Raeymaeker: *Introducción a la filosofía.* Segunda edición. Reimpresión. 362 págs.
5. Fernand van Steenberghen: *Epistemología.* Segunda edición. 338 páginas.
6. Fernand Renoirte: *Elementos de crítica de las ciencias y cosmología.* Reimpresión. 274 págs.
7. Ángel González Álvarez: *Manual de Historia de la Filosofía.* Tercera edición. Reimpresión. 620 págs. 16 láminas.
8. Fernand van Steenberghen: *Ontología.* Segunda edición corregida. 320 págs.
9. Alois Dempf: *Metafísica de la Edad Media.* Agotado.
10. Joseph Maréchal, S. J.: *El punto de partida de la metafísica (Lecciones sobre el desarrollo histórico y teórico del problema del conocimiento).* 5 vols. Agotado.
11. Wilhelm Capelle: *Historia de la filosofía griega.* Reimpresión. 588 páginas.
12. Étienne Gilson: *La filosofía en la Edad Media (Desde los orígenes patrísticos hasta el fin del siglo XIV).* Segunda edición. Reimpresión. 732 págs.
13. Alois Dempf: *La concepción del mundo en la Edad Media.* Agotado.
14. Alois Dempf: *Ética de la Edad Media.* 208 págs.
15. José M.ª Rubert y Candau: *El sentido último de la vida.* Premio «Raimundo Lulio» del C. S. I. C. 270 págs.
16. Philipp Lersch: *El hombre en la actualidad.* Segunda edición. Reimpresión. 186 págs.
17. Edgar de Bruyne: *Estudios de estética medieval.* 3 vols. 387, 435 y 426 págs.

BIBLIOTECA CENTRAL
166018
BOGOTA, COLOMBIA

18. Luis Rey Altuna: *La inmortalidad del alma a la luz de los filósofos*. 506 págs.
19. José Camón Aznar: *El ser en el espíritu*. 318 págs.
20. Theodor Steinbüchel: *Los fundamentos filosóficos de la moral católica*. Agotado.
21. Luis Cencillo: *Experiencia profunda del ser (Bases para una ontología de la relevancia)*. 366 págs.
22. José de Ercilla, S. J.: *De la imagen a la idea (Estudio crítico del pensamiento tomista)*. Agotado.
23. Jean Roger Rivière: *El pensamiento filosófico de Asia*. Agotado.
24. Francisco Suárez: *Disputaciones metafísicas*. Edición bilingüe. 7 vols. 814, 798, 808, 740, 756, 840 y 692 págs.
25. Fernando Montero Moliner: *Parménides*. Agotado.
26. María Ángeles Galino: *Historia de la educación (Edades Antigua y Media)*. Segunda edición. Reimpresión. 596 págs.
27. Manuel Gonzalo Casas: *Introducción a la filosofía*. Cuarta edición. 414 págs.
28. Claude Tresmontant: *Estudios de metafísica bíblica*. Agotado.
29. Raimundo Paniker: *Ontonomía de la ciencia (Sobre el sentido de la ciencia y sus relaciones con la filosofía)*. 372 págs.
30. Ángel González Álvarez: *Tratado de metafísica*.
    Vol. I: *Ontología*. Segunda edición. 466 págs.
    Vol. II: *Teología natural*. Segunda edición corregida. 550 págs.
31. Émile Simard: *Naturaleza y alcance del método científico*. Agotado.
32. Joseph Bernhart: *De profundis*. 156 págs.
33. Leopoldo-Eulogio Palacios: *Filosofía del saber*. Segunda edición revisada y ampliada, en prensa.
34. Jesús-Antonio Collado: *Kierkegaard y Unamuno (La existencia religiosa)*. 572 págs.
35. André Marc, S. J.: *El ser y el espíritu*. 278 págs.
36. Nimio de Anquín: *Ente y ser (Perspectivas para una filosofía del ser naci-ente)*. 220 págs.
37. Miguel F. Sciacca: *Metafísica, gnoseología y moral (Ensayo sobre el pensamiento de A. Rosmini)*. 274 págs.
38. Leo Gabriel: *Hombre y mundo en la encrucijada*. 178 págs.
39. Ángel Amor Ruibal: *Cuatro manuscritos inéditos (Los principios de donde recibe el ente la existencia. Naturaleza y sobrenaturaleza. Existencia de Dios. Existencia de Dios según mi exposición)*. Edición y estudio preliminar de Saturnino Casas Blanco. 534 págs.

40. André Marc, S. J.: *Dialéctica de la afirmación (Ensayo de metafísica reflexiva).* 2 vols. 428 y 342 págs.
41. Jesús García López: *El valor de la verdad y otros estudios.* 312 páginas.
42. Sergio Rábade Romeo: *Verdad, conocimiento y ser.* Agotado.
43. Raimundo Paniker: *Religión y religiones.* Prólogo del Cardenal König. 218 págs.
44. José M. de Alejandro, S. J.: *Gnoseología de la certeza.* 220 págs.
45. André Marc, S. J.: *Psicología reflexiva.* Con una carta-prólogo de Monsieur René Le Senne. 2 vols. 462 y 511 págs.
46. Hermann Noack: *La filosofía europea occidental.* 478 págs.
47. Joseph de Finance, S. J.: *Ensayo sobre el obrar humano.* 474 págs.
48. A.-D. Sertillanges: *El cristianismo y las filosofías.* 2 vols. 627 y 542 págs.
49. Alberto Caturelli: *La filosofía.* Prólogo de Manuel Gonzalo Casas. 578 págs.
50. K.-H. Volkmann-Schluck: *Introducción al pensamiento filosófico.* 200 págs.
51. Karl Jaspers: *Psicología de las concepciones del mundo.* 638 págs.
52. Heinrich Beck: *El Dios de los sabios y de los pensadores (El problema filosófico de Dios).* 166 págs.
53. Juan Zaragüeta: *Curso de filosofía.*
    Vol. I: *Lógica.* 442 págs.
    Vol. II: *Cosmología y Antropología.* 362 págs.
    Vol. III: *Ontología y Ética.* 412 págs.
54. Karl Jaspers: *La fe filosófica ante la revelación.* 634 págs.
55. I. M. Bocheński: *Historia de la lógica formal.* Prólogo de Millán Bravo Lozano. 596 págs. 4 láminas.
56. Alfred North Whitehead: *El concepto de naturaleza.* 228 págs.
57. J. N. Findlay: *La disciplina de la caverna.* 264 págs.
58. J. N. Findlay: *La transcendencia de la caverna.* 262 págs.
59. René Schérer: *La fenomenología de las «Investigaciones lógicas» de Husserl.* 348 págs.
60. Teodoro de Andrés, S. J.: *El nominalismo de Guillermo de Ockham como filosofía del lenguaje.* 302 págs.
61. Sergio Rábade Romeo: *Kant. Problemas gnoseológicos de la «Crítica de la razón pura».* 190 págs.
62. Albert Menne: *Introducción a la lógica.* Prólogo crítico y traducción de Leopoldo-Eulogio Palacios. 216 págs.

63. G. S. Kirk y J. E. Raven: *Los filósofos presocráticos (Historia crítica con selección de textos).* 686 págs.
64. José Vives, S. J.: *Génesis y evolución de la ética platónica.* 330 páginas.
65. *Metafísica de Aristóteles.* Edición trilingüe, por Valentín García Yebra. Premio «Ibáñez Martín», concedido por vez primera a esta obra. 2 vols., XLVI + 532 y 488 págs.
66. Roger Verneaux: *Lecciones sobre el ateísmo contemporáneo.* 148 páginas.
67. Olof Gigon: *Los orígenes de la filosofía griega (De Hesíodo a Perménides).* 332 págs.
68. Arturo García Astrada: *Tiempo y eternidad.* Prólogo de Manuel Gonzalo Casas. 122 págs.
69. H. J. Barraud: *Ciencia y filosofía (Ensayo).* 468 págs.
70. Leo Gabriel: *Lógica integral (La verdad del todo).* 624 págs.
71. Jacques Merleau-Ponty: *Cosmología del siglo XX (Estudio epistemológico e histórico de las teorías de la cosmología contemporánea).* 660 págs.
72. Joseph de Finance: *Conocimiento del ser (Tratado de ontología).* 512 págs.
73. Jorge L. García Venturini: *Filosofía de la historia (Enjuiciamiento y nuevas claves).* 268 págs.
74. René Bissières y Jacques Vacherot: *¿La ciencia, única esperanza? ¿Marx, Teilhard?* 376 págs.
75. Eleuterio Elorduy, S. J.: *El estoicismo.* 2 vols. 392 y 462 págs.
76. Gerardo Remolina: *Karl Jaspers en el diálogo de la fe.* 330 págs.
77. Karl Jaspers: *Conferencias y ensayos sobre historia de la filosofía.* 460 págs.
78. René Le Senne: *Tratado de moral general.* 726 págs.
79. Miguel F. Sciacca: *El oscurecimiento de la inteligencia.* 210 págs.